

CUADERNOS PARA EL DOCENTE

Una ventana abierta. Antología para maestros que ven, miran o espían



Ministerio de
Educación

Presidencia de la Nación

Presidenta de la Nación

Dra. Cristina Fernández

Ministro de Educación

Prof. Alberto Estanislao Sileoni

Secretaria de Educación

Prof. María Inés Abrile de Vollmer

Subsecretaria de Equidad y Calidad Educativa

Lic. Mara Brawer

Subsecretario de Coordinación Administrativa

Arq. Daniel Iglesias

Directora Nacional de Gestión Educativa

Prof. Marisa del Carmen Díaz

Directora General

Unidad de Financiamiento Internacional

A. G. María Inés Martínez

Ministerio de Educación

Una ventana abierta: antología para maestros que ven, miran o espían. - a ed. - Buenos Aires: Ministerio de Educación de la Nación, 2007.

200 p.; 24x17 cm.

ISBN 978-950-00-0645-3

1. Formación Docente. I. Título
CDD 371.1

Plan Nacional de Lectura

Gustavo Bombini, *coordinador*

Grisel Pires dos Barros y Pablo Sigal, *selección y edición*

Área de producción editorial

Gonzalo Blanco, *coordinación editorial*

MS comunicaciones eficientes, *corrección*

Lara Melamet, *diseño y diagramación*

PROMER - Proyecto de Mejoramiento de la Educación Rural

Préstamo BIRF 7353-AR

Leonardo D. Palladino, *coordinador general*

Martín Sabbatella, *responsable de adquisiciones y contrataciones*

María Cavanagh, *especialista delegada*

© Ministerio de Educación

Pizzurno 935, Ciudad Autónoma de Buenos Aires

Hecho el depósito que marca la ley 11.723.

Impreso en la Argentina

ISBN 978-950-00-0645-3

Agradecemos especialmente a las editoriales que han autorizado en forma gratuita la reproducción de los textos incluidos en esta obra.

Estimados docentes:

Durante los últimos años este Ministerio ha desarrollado diversas acciones tendientes a garantizar la mejor educación a los niños y jóvenes que viven en las zonas más aisladas de nuestro país. En este sentido, nuestra gestión se ha propuesto el desafío de asegurar que todos los niños y jóvenes de zonas rurales accedan a la educación y completen la escolaridad obligatoria.

La Ley de Educación Nacional aprobada por el Congreso de la Nación el 14 de diciembre de 2006 propició nuevos desafíos para educar en la ruralidad, al constituir la educación rural como modalidad del sistema educativo y fijar la necesidad de determinar propuestas específicas adecuadas a los requerimientos y características de la población que habita en zonas rurales para garantizar el cumplimiento de la obligatoriedad escolar.

Conscientes de la necesidad de reconocer la singularidad de esta modalidad de educación, hemos desarrollado propuestas pedagógicas que contemplan distintas posibilidades para que docentes de una misma zona trabajen de manera colaborativa en el marco de las salas multiedad y el plurigrado, potenciando la riqueza que ofrece a la tarea de enseñanza proponer situaciones de aprendizaje para alumnos de diferentes edades y años de escolaridad, en simultáneo y en un mismo espacio.

Es mi expectativa que el conjunto de propuestas desarrolladas aquí contribuya a enriquecer la tarea de enseñanza que desarrollan docentes de las escuelas rurales de todo el país, a fin de afianzar la construcción de una educación de calidad con igualdad de oportunidades para todos nuestros niños y jóvenes.

Alberto Sileoni
Ministro de Educación

Estimado colega:

El material que aquí presentamos constituye una antología de textos literarios que forma parte de la propuesta del cuaderno *Cultura escrita y escuela rural. Aportes para leer y escribir en el plurigrado*, destinado a los docentes de escuelas primarias de ámbitos rurales. Se trata de una antología vinculada especialmente al primer capítulo de ese material, donde proponemos a los docentes reflexionar sobre su relación con la lectura, retomando así el análisis sobre una faceta a veces minimizada frente las problemáticas que plantea el aula plurigrado.

Esta compilación de textos fue pensada para ser utilizada en diferentes situaciones de lectura y escritura, así como en espacios de capacitación que constituyan ocasión de encuentro entre docentes que comparten los desafíos y singularidades que plantea la escolarización en contextos rurales.

La intención es invitarlos a experimentar lecturas diversas, personales y compartidas, y a reflexionar sobre las propias prácticas lectoras, para así fortalecer y potenciar las situaciones de enseñanza-aprendizaje en las escuelas rurales y sus comunidades.

De este modo, la antología ofrece un abanico de lecturas ancladas en distintos momentos y geografías, vinculadas a diversas estéticas y autores. Se reúnen así en un mismo volumen, clásicos insoslayables con producciones recientes de la literatura nacional, acercando a las escuelas rurales materiales que raramente han circulado en ellas.

Estos textos se presentan con un particular ordenamiento que busca trazar puentes diversos entre los distintos poemas y relatos. Asimismo, el material incluye una presentación sucinta de cada uno de los autores para que, a partir del hallazgo de escritos que atraigan especialmente su interés, puedan continuar la lectura más allá de los casos presentados.

Esperamos entonces que los textos que aquí se proponen contribuyan a enriquecer el abanico de lecturas y constituyan una oportunidad para reflexionar sobre la propia experiencia como lectores, de modo de fortalecer la tarea pedagógica y ampliar el horizonte cultural en las escuelas rurales de todo el país.

Laura Pitman

Directora Nacional de Gestión
Curricular y Formación Docente

Gustavo Bombini

Coordinador del Plan
Nacional de Lectura

ÍNDICE

▶ A manera de introducción	11
▶ Antología	13
El niño que antes fui llora en la estrada, <i>Fernando Pessoa</i>	14
En el bosque, <i>Ryonosuke Akutagawa</i>	16
Argumentos anotados, <i>Nathaniel Hawthorne</i>	25
La cita, <i>Estanislao del Campo</i>	26
Ante la ley, <i>Franz Kafka</i>	27
Leer y escribir (selección), <i>Ariel Bermani</i>	29
La tortura por la esperanza, <i>Auguste Villiers de l'Isle Adam</i>	32
Dios te salve, <i>Almafuerte</i>	37
Una conflagración imperfecta, <i>Ambrose Bierce</i>	39
Una modesta proposición para prevenir que los niños de los pobres de Irlanda sean una carga para sus padres o el país, y para hacerlos útiles al público, <i>Jonathan Swift</i>	42
El cuentista, <i>Saki</i>	50
La ventana abierta, <i>Saki</i>	55
Las ventanas, <i>Charles Baudelaire</i>	58
XX, <i>Alberto Caeiro</i>	59
XXXIX, <i>Alberto Caeiro</i>	60
Nada queda de nada. Nada somos, <i>Ricardo Reis</i>	61
El Yasi-Yateré, <i>Juan B. Ambrosetti</i>	61
Tiempos difíciles (selección), <i>Charles Dickens</i>	63
Un bello film, <i>Guillaume Apollinaire</i>	70
El marinero de Amsterdam, <i>Guillaume Apollinaire</i>	73
Werther (fragmento), <i>Johann Wolfgang von Goethe</i>	77
Construcción, <i>Chico Buarque</i>	78
La inmiscusión terrupta, <i>Julío Cortázar</i>	80
Poema 1467, <i>Emily Dickinson</i>	81
Poema 1472, <i>Emily Dickinson</i>	81
Código Morse, <i>Alberto Muñoz</i>	82
Poema 135, <i>Emily Dickinson</i>	83
Poema 749, <i>Emily Dickinson</i>	84

Desayuno, <i>Jacques Prévert</i>	84
Mi noche triste, <i>Pascual Contursi</i>	86
Luna, <i>Ricardo Güiraldes</i>	87
Del 1 al 25, <i>Leo Maslíah</i>	89
Escribo oraciones de cinco palabras, <i>Leo Maslíah</i>	90
El manual del perfecto cuentista, <i>Horacio Quiroga</i>	91
El corazón delator, <i>Edgar Allan Poe</i>	95
en la orilla de la Isla..., <i>Edgardo Pígoli</i>	100
Vuelo. 1917, <i>Joseph Conrad</i>	101
Felicidad, <i>Katherine Mansfield</i>	104
A un hombre casado y pobre, <i>Francisco de Quevedo</i>	117
¿Él?, <i>Guy de Maupassant</i>	118
Mujeres desesperadas, <i>Samantha Schweblin</i>	124
Un reportaje sensacional, <i>Mark Twain</i>	129
Árboles, <i>Franz Kafka</i>	133
Exilio, <i>Héctor Germán Oesterheld</i>	133
Iluminaciones (selección), <i>Arthur Rimbaud</i>	134
6:30, <i>María Medrano</i>	136
El deseo de ser indio, <i>Franz Kafka</i>	138
La miel silvestre, <i>Horacio Quiroga</i>	139
Un expreso del futuro, <i>Michel Verne</i>	143
Hamlet. Acto III, Escena I (fragmento), <i>William Shakespeare</i>	147
Sobre costo y calidad de la imagen de la guadaña, <i>Sergio Raimondi</i>	149
Sileno en la Estación del Ferrocarril, <i>Sergio Raimondi</i>	150
Sueño y reparación, <i>Sergio Raimondi</i>	150
La colección, <i>Antón Chéjov</i>	152
Las islas voladoras, <i>Antón Chéjov</i>	153
El hombre que calculaba (fragmento), <i>Malba Tahan</i>	160
Leyenda del astrólogo árabe, <i>Washington Irving</i>	162
Inventó el teléfono, <i>Edgardo Pígoli</i>	178
Guía del matrimonio, <i>Oscar Wilde</i>	178
Huevos, <i>Verónica Viola Fisher</i>	180
Notas para un agitador, <i>Verónica Viola Fisher</i>	181

Cenizas, <i>Alejandra Pizarnik</i>	182
Ficción pampa (selección), <i>Gabriel Yeannoteguy</i>	183
Guerra, <i>Martín Rodríguez</i>	185
N.N. Tuvo a n.n., soltó, <i>Martín Rodríguez</i>	185
No hay señal, corte, <i>Martín Rodríguez</i>	186
Peatones, <i>Franz Kafka</i>	187
Un mensaje imperial, <i>Franz Kafka</i>	188
Vestidos, <i>Franz Kafka</i>	189
Un hemisferio en la cabellera, <i>Charles Baudelaire</i>	190

› **Los autores** 191

A manera de introducción

Una ventana abierta es una antología de literatura diversa: conviven en ella textos de muy distintas estéticas, autores, geografías y épocas. Por ello, como una guía para exploradores, incluimos al final de este libro algunos datos sobre los escritores y la literatura que pueblan estas páginas.

Una ventana abierta es además la antología que acompaña a *Cultura escrita y escuela rural. Aportes para leer y escribir en el plurigrado*. En el primer capítulo de ese libro proponíamos a los maestros desandar sus trayectorias y redescubrirse como lectores que, en tanto tales, invitaran a sus alumnos a participar de una comunidad de lecturas.

Una ventana abierta es ante todo una tentación para los ojos. Invita a la vista a atravesar muros en distintas direcciones. Incita a observar el marco; a transponerlo. A recortar fragmentos y adivinar continuidades. Convoca al encuentro entre miradas y a las ojeadas furtivas. Invita a colarse o a la fuga. Impulsa al deseo. Incita.

Y así está pensada esta antología, como la oportunidad de dejar correr nuestra mirada por distintos rumbos, de texto en texto, de vez en vez; extraviarla, reencontrarla, hacerle sitio. En esta ventana, decíamos, se encuentran escritores y escritos de distintas épocas, procedencias geográficas y géneros. De uno en otro van tendiéndose los hilos de un recorrido posible, un abanico de sentidos a la espera de las lecturas que vendrán.

Una ventana abierta es apenas un nodo de una red creciente. La oportunidad de recordar otras palabras leídas u oídas; el presentimiento, en las que leemos, de las que vendrán; y la posibilidad de salir a buscarlas y seguir sus huellas...

Antología



El niño que antes fui llora en la estrada

Fernando Pessoa

I

El niño que antes fui llora en la estrada
Porque allí quien fui luego le dejó;
Pero hoy, al ver que lo que soy no es nada,
Quiero buscarlo donde se quedó.

Ah, ¿cómo he de encontrarlo? Quien erró
La venida la vuelta tiene errada.
De dónde vine a dónde ignoro yo.
De no saberlo, está mi alma parada.

Si al menos deparase este lugar
Un alto monte desde el que pudiera
Lo que olvidé, mirando, recordar

En la ausencia, de mí al menos supiera
Y, al ver de lejos al que fui, encontrar
Un poco en mí de cuando así yo era.

II

Para quienes mañana no veremos
Cada día cambiamos. Sin cesar
A un alguien nuestro y sucesivo vemos
Por una escalinata amplia bajar.

Son muchos que se ignoran los que vienen.
Míos y fuera yo los veo ahora.
¡Ah, qué horrorosa semejanza tienen!
Son un múltiplo mismo que se ignora.

Miro. No soy ninguno, en todos siendo.
La multitud aumenta, ajena a verme,
Y no advierto de dónde va creciendo.

Los siento a todos dentro en mí moverme
Y voy, inmensurable, descendiendo
Hasta pasar por todos y perderme.

III

¡Oh Dios! ¿Quién soy que me es desconocido
Lo que siento que soy? Quien quiero serme
Mora donde mi ser, lejos, olvido;
Parte, remoto, para no tenerme.

Fernando Pessoa, *Noventa poemas últimos*, trad. Ángel Crespo, Madrid, Hiperión, 1993.

En el bosque

Ryunosuke Akutagawa

Declaración de un leñador interrogado por el oficial del kebiishi

Sí señor, así es; yo encontré el cadáver. Fue esta mañana; como siempre salí a cortar leña y descubrí al muerto que estaba en el bosque que da a la parte de atrás de la montaña. ¿Usted dice el lugar exacto? Bien; más o menos a unos ciento cincuenta metros de la carretera a Yamashina. Es un lugar poblado de bambúes y algunos pocos cedros entre ellos; solitario.

El cuerpo yacía de cara al cielo; tenía puesto un kimono de seda de color violeta y llevaba un gorro al estilo de Kyoto. Tenía una herida que parecía de *katana* en la zona del corazón, y las hojas de bambú a su alrededor estaban manchadas de sangre. No, en ese momento no perdía más sangre. Me parece que la sangre de la herida estaba seca; un tábano estaba atrapado en ella; ni siquiera se enteró de mi presencia.

¿Si pude ver una *katana* o algo similar? No, nada por el estilo, señor; no vi nada. Solamente puedo decir que encontré una cuerda al pie de un cedro que había cerca del cadáver. Y..., ah, claro; también había un peine junto a la cuerda. No vi más que eso. Creo que el hombre debe haber luchado antes de ser asesinado, porque las malezas y las hojas que lo rodeaban estaban bastante aplastadas.

¿Pudo ver algún caballo cerca de allí?

No señor. Es un lugar inasequible para este tipo de animales; lo separa de la carretera un bosque de bambúes.

Declaración de un sacerdote budista interrogado por el oficial del kebiishi

Como usted dice. Ayer me encontré con el desdichado individuo. Ayer..., más o menos al mediodía. ¿Lugar? La carretera que va de Sekiyama a Yamashina.

El hombre iba a pie en dirección a Sekiyama y no estaba solo; lo acompañaba una mujer que montaba a caballo. La mujer tenía la cara tapada por un velo; no se la pude ver. Sí vi que su kimono era de un color violado. El caballo era de finas crines, un alazán. ¿La altura de la mujer? Y... podría ser aproximadamente de un metro cuarenta. Comprenderá que como sacerdote no suelo prestar atención a esos pormenores. El hombre iba armado, sí. Llevaba

una *katana* y un arco con flechas. En eso observé que en el carcaj negro llevaba, por lo menos, unas veinte flechas.

Cómo sospechar que a ese hombre le acechaba semejante destino. Ciertamente la vida del hombre es equiparable al rocío del amanecer, o mejor: a un brillo efímero. ¡No encuentro palabras para expresar mi sentir. Deploro tanto la suerte de ese hombre!

Declaración del policia interrogado por el oficial del kebiishi

¿Qué quién es el hombre que arresté? Es ni más ni menos que el conocido bandido Tajomaru. Procedí en momentos en que él había sido derribado por el caballo y gemía en el pavimento del puente de Awataguchi. ¿Cuándo? En las primeras horas de ayer, por la noche. Recuerdo que también llevaba ese kimono azul y esa larga *katana* en una frustrada ocasión en que casi lo arresto. Aunque esta vez llevaba también arco y flechas. ¡Ah!... ¿Así que el arco y las flechas son idénticos a los del muerto? Sin duda, entonces Tajomaru es el asesino. El arco en su funda de cuero, el carcaj negro y las flechas de pluma de halcón —diecisiete—, a ciencia cierta eran del samurai. Sí; era un alazán de finas crines. Pacía en las cercanías del puente con las riendas desatadas. Debe ser una burla del destino que Tajomaru fuera lanzado al suelo por el mismo caballo que usurpó.

Este Tajomaru es conocido también como seductor; el más afamado entre los bandoleros que asolan la capital. Hace un año, una mujer piadosa y su criada fueron halladas muertas en un monte, detrás del Píndola* del Templo Toribe, y se rumoreaba que este bandido había sido el autor de esa masacre. Si como parece Tajomaru es el asesino del samurai, ¿cuál habrá sido la suerte de la dueña del alazán? Si se me autoriza una sugerencia, propongo investigar a fondo el destino de la mujer.

Declaración de una anciana interrogada por el oficial del kebiishi

Así es señor; el cadáver es el de mi yerno, el esposo de mi hija. El no era de la ciudad; fue samurai en la ciudad de Kokufu en la provincia de Wakasa. Se

* Discipulo de Buddha llamado *Píndolabharadwaja*.

llamaba Takejiro Kanazawa y tenía apenas veintiséis años. No, señor; no puedo ni pensar que esto haya sido obra de una venganza; él era una persona de bien.

¿Sobre mi hija me pregunta? Se llama Masago y tiene diecinueve años cumplidos. Si bien es vehemente, no creo que haya tratado a otro hombre además de Takejiro. Es de tez cetrina y su cara es pequeña, ovalada y luce un gracioso lunar cercano al ojo izquierdo.

Takejiro y mi hija fueron ayer hacia Wakasa. ¡Quién hubiera podido advertir esta tragedia!

¡Qué será ahora de la vida de mi hija! Estoy resignada por la muerte de mi yerno pero muy ansiosa por saber qué le ha pasado a mi pobre hija.

Les pido encarecidamente, señores, no dejen piedra sin levantar hasta encontrarla.

¡Oodio a ese asesino, Tajomaru o como se llame...! Ese asesino que... no solo a mi yerno, sino también a mi hija... (Su llanto es tal, que no se entiende lo que dice.)

Confesión de Tajomaru

Es cierto señor comisario; es cierto que asesiné a ese hombre, pero no a la mujer.

¿Que dónde sucedió? No sé nada, nada. ¡Eh! ¿Quiéren dejarme en paz?; aunque me torturen no podrán exigirme que diga lo que no sé. Además, teniendo en cuenta que no habré de salvarme, no hay razón para ocultarles nada.

Todo sucedió así:

Ayer, un poco después de medio día, me topé con esa pareja. Una suave brisa hizo que se levantara el velo de seda que ocultaba la cara de la mujer, y la vi por un instante. Digo por un instante, porque sin más volvió a tapársela. Como la sagrada *Bodhisattva*; tal vez por esa coincidencia me pareció tan bella. Fue en ese momento que resolví hacerla mía. Decidí seducirla, aunque eso implicara matar al hombre que la acompañaba.

¿Cómo? Vea: para mí, matar a un hombre no tiene la mayor importancia como usted piensa.

El asunto es que para tener a la mujer era necesario eliminar al hombre. Pero vea, señor, que yo mato con *katana* y ustedes también matan, pero con el poder, con el dinero, incluso con el excusa de hacer un favor. Es verdad que

no vierten sangre y sus víctimas siguen con vida, pero no dejan de ser muertos, sombras de vivos. Si evaluamos los alcances del delito es muy difícil determinar quién es más criminal, ustedes o yo. (Sonríe con sorna.)

Claro que era mejor obrar soslayando la muerte del hombre. Y elegí eso. Pero se me hacía imposible concretar mi propósito en la carretera que va a Yamashina. Fue entonces que inventé una historia para poder llevar a la pareja a la montaña.

No resultó dificultoso. Caminé a la par de ellos y les dije que había descubierto en la montaña una vieja tumba en la que había una cantidad importante de sables y espejos antiguos que me había llevado después al bosque de bambúes, y que si estaban interesados podría vendérselos a un precio asequible. No bien oyó esto, el hombre empezó a interesarse y...

¿No les parece que es brutal la codicia del hombre? En menos de media hora los tres caminábamos hacia la montaña.

Al llegar al bosque de bambúes hice un alto; les informé que un poco más adentro tenía escondido el tesoro, y si querían verlo. El hombre, por demás codicioso, no se opuso; pero la mujer dijo que esperaría y ni siquiera desmontó de su caballo. Era comprensible su aprensión ante la vista de un bosque tan tupido. Y eso era exactamente lo que yo esperaba. Me apresuré a introducirme con el hombre sin presionar para que ella nos acompañara.

La entrada del bosque está cerrada por bambúes, pero un poco más lejos existe un lugar despejado con algunos cedros. No era posible encontrar un sitio más acorde a mi propósito. Abriéndome paso a través de los bambúes, embauqué al hombre diciéndole que las piezas estaban escondidas al pie de un cedro. El fue directo hacia unos cedros que se vislumbraban por entre los bambúes. Un poco más, y llegamos al lugar que me había propuesto.

Lo ataqué y lo derribé por sorpresa en un segundo. Aunque el hombre llevaba su *katana* y era un hombre fuerte, nada pudo hacer para soslayarlo al no estar prevenido y ser agredido por la espalda. Lo até sin perder tiempo al tronco de un cedro. ¿Que de dónde saqué las cuerdas? Por mi oficio de ladrón las llevo conmigo por si me veo en necesidad de escalar algún muro. Por supuesto no es una dificultad evitar que el otro grite si se le introducen en la boca hojas de bambú.

Terminada esta ingrata tarea me fui en busca de la mujer y le sugerí que se reuniera con su marido ya que este se había sentido mal repentinamente.

Como era de esperar, el plan tuvo éxito. La mujer, que se había sacado el *ichimegasa* se dejó conducir ingenuamente hasta el lugar; pero cuando al llegar descubrió la condición de su esposo extrajo un puñal no sé cuándo ni cómo y me enfrentó. Jamás conocí una mujer tan vehemente. De no haber estado en guardia hubiera sido un hecho que en su arremetida acabara ensartándome la daga en el vientre, o peor todavía, matándome. Pero como usted sabe yo soy Tajomaru. Alcancé a desarmarla sin tener que hacer uso de mi arma, y aunque aguerrida, nada pudo hacer una vez despojada de ella. Así entonces pude dar satisfacción a mis deseos lujuriosos.

Como le dije, no era necesario matar al hombre después de haber tomado a la mujer. Ya estaba pronto a huir cuando aconteció lo inesperado. Ella se agarró de mis brazos con desesperación, y dramáticamente, con palabras entrecortadas me gritó que uno de nosotros, su marido o yo debía morir; de no ser así, ella misma se daría muerte antes de sufrir el dolor y la vergüenza de saber con vida a los dos hombres que la habían poseído. Dijo todavía más; que pertenecería a aquel que subsistiera. Fue oír estas palabras y el deseo de matar al hombre me alucinó. (Umbría excitación.)

Pareceré verdaderamente inhumano al narrarlo con esta naturalidad. Pero no es así; usted no vio la expresión de la mujer en ese momento ni soportó su mirada ardiente como yo lo hice. La fuerza de esos ojos me conjuraron a casarme con ella; sí, hacerla mi esposa como fuere. Ese pensamiento único absorbía mi razón.

Tal designio no respondía al solo interés lascivo como usted puede conjeturar. Todo lo contrario; si en ese momento solo hubiera sentido el llamado de la carne habría escapado sin remordimiento e incluso, de ser necesario, podría haberle pegado a la mujer. Y de haber sido de esta forma, ninguna necesidad tendría de haber empapado mi *katana* con la sangre de ese hombre.

Pero el hermoso rostro de aquella mujer alumbrando la penumbra del bosque me convenció de no abandonar el lugar sin haber acabado con él.

Pero no tenía la intención de asesinarlo cobardemente; lo desaté y lo desafié. (La cuerda que encontraron junto al tronco es la que sirvió para ese fin y luego quedó allí por olvido.) Muerto de rabia, el hombre desenvainó su *katana*. Iracundo, sin decir palabra se vino encima de mí.

Lo que pasó luego está claro. Mi *katana* ensartó su torso a los veintitrés asaltos. Escuchen esto: iveintitrés asaltos! No dejo de asombrarme. Nadie hasta

esta vez me había resistido más de veinte. (Sonríe divertido.)

Muerto el hombre, con la *katana* todavía empapada en su sangre me volví hacia donde había estado la mujer.

Pero –me quedé alelado–, había desaparecido. Infructuosamente la busqué en el bosque, pero ni el menor rastro de ella. Escuché con atención: solo se oyó un estertor que provenía del hombre; nada más.

Se me ocurrió pensar entonces que ella habría podido ir a buscar ayuda. Y entendiendo que era cosa de vida o muerte le saqué al hombre la espada, el arco y las flechas, y salí disparado hacia la ruta.

Allí pastaba el caballo de la mujer. De lo que siguió después no contaré nada; todo lo que diré es que antes de entrar en la capital me deshice de la *katana* del muerto.

Esta es mi confesión. Nunca dudé de que mi cabeza colgaría de un árbol más tarde o más temprano; impónganme la pena capital. (Afectación de desdén.)

Confesión de la mujer que llegara al templo Shimizu

El hombre que digo, el que vestía un kimono de seda azul, después de mancillarme miró con sarcasmo a mi esposo que seguía atado al tronco de un cedro. ¡Cómo se habrá sentido él; qué humillación! En su esfuerzo por liberarse, cada vez se hundía más la sogá en el cuerpo.

Desesperada fui hacia él. No; en realidad intenté ir pero el bandido me derribó.

Fue cuando vi ese brillo extraño en los ojos de mi marido; una expresión que no se puede describir... Recordarlo, aún ahora me hace estremecer. Es que él, imposibilitado de hablar pretendía comunicarse de ese modo. Sus ojos no mostraban ni angustia ni ira; irradiaban un brillo gélido que traslucía su desprecio hacia mí. Más herida por esa mirada que por el golpe del ladrón, gímoteando, me desmayé.

Creo que pasó un largo rato antes de volver en sí. Vi que el hombre del kimono azul ya no estaba. Solamente mi marido yacía ahí, atado todavía al árbol. Me levanté pisoteando las hojas de bambú y lo miré. Pero su expresión no había cambiado; me clavaba los ojos con la misma frialdad de antes, reafirmando su repulsa, y en lo más íntimo, también su odio. Vergüenza, resentimiento, congoja... ; no sé bien lo que sentí entonces. Confusa, me acerqué a él.

Takejiro —logré decirle—; después de esto no podría seguir viviendo contigo. He resuelto acabar con mi vida, pero... pero es necesario que también mueras. Has visto lo que me ha hecho; no puedo dejarte vivir.

Hice un esfuerzo enorme para decirlo. Pero él seguía impertérrito, mirándome. Oí la violencia del latido de mi corazón. Busqué ansiosamente en la espalda de mi marido su arma. No estaba; evidentemente el bandido se la había robado. Fue una fortuna que cerca de allí encontrara mi puñal. Con el arma en alto volví a decirle:

Ahora entrégame tu vida. Yo te seguiré sin demora.

Con la boca embutida de hojas nada podía decirme; apenas movió los labios. Sin embargo, con solo mirarle supe de su determinación. Con hondo desprecio me decía: “Mátame”. Enajenada, penetré su pecho con la daga a través del kimono color violado. Después de eso volví a desvanecerme. Cuando me recobré él había sucumbido. Un rayo del sol del ocaso, que se filtraba débilmente a través del follaje mostraba su cara sin color. Llorando deshice las ataduras de aquel cuerpo. Después... No tengo energía para relatar lo me sucedió después. Hice lo posible para terminar con mi vida; clavé el puñal en mi garganta, me tiré al lago cercano a la montaña, pero fue inútil. Aquí estoy, frustrada en mis tentativas, cargando con el peso abrumador de mi deshonor a cuestas. (Sonríe amargamente.)

Es de suponer que hasta la misma *Bodhisattva* niegue su clemencia a una miserable mujer como yo...

En fin; yo, la asesina de mi esposo, la que fue mancillada por un bandido, ¿qué puedo hacer? ¿Qué es lo que yo... yo...? (Se deshace en sollozos.)

Versión del muerto a través de la médium

Después de violar a mi mujer el bandido se sentó junto a ella, y ofreciéndole consuelo comenzó a hablarle. Naturalmente yo no podía decir ni hacer nada; estaba sujeto al tronco del cedro y con una mordaza de hojarasca. Pese a ello insistía con la mirada para transmitirle una y otra vez: “No des oídos a lo que dice ese canalla; todo lo que dice es falso”. Pero mi mujer, acucillada sobre las hojas de bambú se miraba las rodillas con obcecación. Fue esa actitud la que me hizo suponer que estaba atenta a las palabras del hombre. Los celos me martirizaban.

Hábil en la conversación, el bandido le hablaba de una cosa y otra hasta que llegó a lo que quería, proponerle con total desvergüenza: “Ya que fuiste ultrajada en tu honor no es posible que continúes junto a tu marido. Como eso es seguro puesto que no podrían llegar a ser felices, ¿no sería mejor que fueras mi mujer? La violencia contra ti fue solamente una consecuencia del amor que me inspiraste”.

Mi mujer, embelesada, le oyó y levantó la frente. Nunca la había visto tan hermosa como en ese momento. Pero ¿qué creen que respondió ante su propio esposo, víctima como ella de ese malhechor? Ahora estoy errabundo en el espacio, pero así todo jamás podré evadirme de la indignación y los celos que me despertaron sus palabras: “Bien, llévame contigo adonde quieras”. (Silencio extendido.)

Y no fue esta la única falta de mi mujer; de haber sido solo eso no padecería tan obstinadamente en esta lóbrega eternidad. Cuando al igual que en una pesadilla se decidía a irse del brazo de aquel hombre, palideció súbitamente y señalándome le dijo: “Mátalo. No me uniré a ti en tanto él esté con vida”. E insistió varias veces como desquiciada: “Te digo que le mates; mátalo!”. Todavía hoy sus palabras me llevan en torbellino hacia las fauces del negro abismo.

¿Habrán escuchado alguna vez palabras tan crueles de labios de un mortal? ¿Habrán podido salir tan inhumanas voces de alguna boca humana? Alguna vez, tal... (De pronto ríe con desprecio.)

Hasta el mismo malviviente se quedó alelado al oírlos: “¡Mátale!”. Ella persistía en gritarle y se aferraba con fuerza al brazo del delincuente. Este la miró sin creerlo y no contestó... Instintivamente la tiró al suelo de un puntapié. (Otra vez la risa despectiva.)

Después, cruzándose de brazos como sin urgencia, dijo: “¿Y qué piensas hacer con esta mujer? ¿La matas o la aceptas como es? Hazme una seña con la cabeza, ¿la matas?”. Solamente en honor a estas palabras perdonaría al individuo. (Extremo silencio.)

Mientras yo dudaba en responder a esto, mi mujer dio un alarido y echó a correr bosque adentro. El bandido salió detrás de ella pero no logró alcanzar ni la seda de su kimono.

Ausente ya mi mujer, el hombre se adueñó de mi *katana*, mi arco y mis flechas. Luego cortó en un solo sitio la sogá que me aprisionaba. Recuerdo que

al irse murmuró: “Ahora se juega mi destino”. A esto siguió un silencio total. No es cierto; alguien sollozaba. Mientras terminaba de quitarme las sogas escuché con atención, y así supe que se trataba de mi propio sollozo. (Vuelve el silencio.)

Casi sin saber cómo, separé del árbol mi cuerpo entumecido. Frente a mí fulguraba la pequeña daga que había dejado caer mi mujer. Yo mismo la hundí en mi pecho. Un chorro de sangre subió a mi garganta pero no sentí dolor alguno. Así como mi cuerpo iba enfriándose, todo en torno a mí iba volviéndose más callado y solemne. Ni el trinar de un pájaro podía llegar en el aire de aquel lugar de muerte en la cañada de la montaña. Solo una agónica claridad se extendía sobre las hojas, y solo hasta que los cedros y los bambúes dejaron de ser tales. En ese momento alguien se acercó a mí con pasos precavidos. La oscuridad me impidió reconocer quién era. Alguien... alguien sin cuerpo ni rostro, una mano sin nombre extrajo suavemente el arma incrustada en mi pecho, a la vez que otro caudal de sangre me llenaba la boca. Así me hundí de nuevo en el oscuro cosmos, por última vez y para siempre.

Ryunosuke Akutagawa, *Rashomon y otros cuentos*, Buenos Aires, Quadrata, 2005.

Argumentos anotados

Nathaniel Hawthorne

Un hombre, en la vigilia, piensa bien de otro y confía en él, plenamente, pero lo inquietan sueños en que ese amigo obra como enemigo mortal. Se revela, al fin, que el carácter soñado era el verdadero. La explicación sería la percepción instintiva de la verdad.

En medio de una multitud imaginar a un hombre cuyo destino y cuya vida están en poder de otro, como si los dos estuvieran en un desierto.

Un hombre de fuerte voluntad ordena a otro, moralmente sujeto a él, la ejecución de un acto. El que ordena muere y el otro, hasta el fin de sus días, sigue ejecutando aquel acto.

Un hombre rico deja en su testamento su casa a una pareja pobre. Esta se muda ahí; encuentran un sirviente sombrío que el testamento les prohíbe expulsar. El sirviente los atormenta: se descubre, al fin, que es el hombre que les ha legado la casa.

Dos personas esperan en la calle un acontecimiento y la aparición de los principales actores. El acontecimiento ya está ocurriendo y ellos son los actores.

Que un hombre escriba un cuento y compruebe que este se desarrolla contra sus intenciones; que los personajes no obren como él quería; que ocurran hechos no previstos por él y que se acerque a una catástrofe, que él trate, en vano, de eludir. Este cuento podría prefigurar su propio destino y uno de los personajes sería él.

Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares (comps.), *Cuentos breves y extraordinarios*, Buenos Aires, Raigal, 1955.

La cita

Estanislao del Campo

Era noche, cándidas, flotantes,
las nubes discurrían por los cielos
salpicados de estrellas, como velos
bordados de topacios y diamantes.

Los rayos de la luna, fulgurantes,
plateaban las lagunas y arroyuelos
que entre pliegues de verdes terciopelos
movían sus caudales murmurantes.

Crucé el jardín con paso cauteloso
hollando margaritas, que un quejido
exhalaban, heridas en su tallo.

Distinguí su vestido vagaroso,
me acerqué, me abrazó, lanzó un gemido
porque al besarla yo le pisé un callo.

AA.VV., *Cuentos irrespetuosos*, La Nación, sin fecha. Colección Libros Ilustrados, auspiciada por el MECyT. Selección y edición de Oche Califa.

Ante la ley

Franz Kafka

Ante la Ley hay un guardián. Un campesino se presenta frente a este guardián, y solicita entrar en la Ley. Pero el guardián contesta que por ahora no puede dejarlo entrar. El hombre piensa, y le pregunta si más tarde lo dejarán entrar.

–Es posible –responde el portero, pero no ahora.

La puerta que da a la Ley sigue abierta, como de costumbre; cuando el guardián se hace a un lado, el hombre se inclina para espíar. El guardián lo ve, se ríe y le dice:

–Si tanto lo deseas, prueba a entrar a pesar de mi prohibición. Pero fíjate que soy poderoso, y sólo soy el último de los guardianes. Entre un salón y otro también hay guardianes, cada uno más poderoso que el anterior. Ya el tercero de los guardianes es tan terrible que no puedo soportar mirarlo.

El campesino no había previsto estas dificultades; piensa que la Ley debería ser siempre accesible para todos, pero al fijarse en el guardián, con su abrigo de pieles, su nariz grande y aguileña, su barba larga de tártaro, rala y negra, decide que le conviene más esperar. El guardián le da un banquito, y le permite sentarse a un costado de la puerta. Aguarda allí días y años. Trata de entrar infinitas veces y fatiga al guardián con sus ruegos. El guardián suele conversar con él brevemente, le pregunta sobre su país, y sobre muchas otras cosas; pero son preguntas indiferentes, como las de los grandes señores, y finalmente siempre le repite que todavía no puede dejarlo entrar. El hombre, se ha provisto de muchas cosas para el viaje, y sacrifica todo, por valioso que sea, para sobornar al guardián. Este de hecho lo acepta todo, pero le dice:

–Lo tomo para que no creas que has omitido algún esfuerzo.

En esos largos años, el hombre observa casi todo el tiempo al guardián: se olvida de los demás y le parece que este es el único obstáculo que lo separa de la Ley. Maldice su mala suerte, durante los primeros años temerariamente y en voz alta; más tarde, a medida que envejece, sólo murmura para sí. Retorna a la infancia, y como en su larga contemplación del guardián ha llegado a conocer hasta las pulgas de su cuello de piel, también les suplica a las pulgas que lo ayuden convenciendo al guardián. Finalmente, su vista se va debilitando, y ya no sabe si realmente hay menos luz, o si sólo lo están enga-

ñando sus ojos. En medio de la oscuridad distingue un resplandor, que surge inextinguible de la puerta de la Ley. Ya le queda poco de vida, y en su mente todas las experiencias de esos largos años confluyen en una sola pregunta que hasta ahora no ha formulado. Le hace señas al guardián para que se acerque, porque la rigidez de la muerte ya endurece su cuerpo. El guardián tiene que agacharse mucho para hablar con él, porque la distancia entre su altura y la del campesino ha aumentado bastante con el tiempo, para desmedro del campesino.

–¿Qué quieres saber ahora? –pregunta el guardián–. Eres insaciable.

–Todos se esfuerzan por llegar a la Ley –dice el hombre–; ¿cómo puede ser entonces que durante tantos años nadie más que yo pretendiera entrar?

El guardián comprende que el hombre está a punto de morir, y para que sus desfallecientes sentidos perciban sus palabras, le dice al oído con voz atornadora:

–Nadie podía pretenderlo, porque esta entrada era solamente para ti. Ahora la cierro.

Franz Kafka, *Erzählungen*, Leipzig, Reclam, 1996 (traducción especial para esta edición).

Leer y escribir (selección)

Ariel Bermani

Seis

No es prudente dejar de lado a otros dos personajes, subalternos en el fluir del relato y en la vida de Bartel, pero que de alguna forma deben aparecer en esta historia. Se trata del encargado de servicios generales y mantenimiento, Osvaldo Frasquelli, y de su único empleado, Walter Rivadaneiras.

Las razones del espanto imponen que los empleados de una biblioteca odien los libros. Y los que manejan un colectivo odien a sus pasajeros y las maestras odien a sus pequeños alumnos. Ni Walter ni Frasquelli constituyen excepciones a esta regla. Tampoco los demás: el jefe, Mónica, Eugenia, Jopia. Afortunadamente, no es el caso de Basilio Bartel.

Frasquelli suele echar a los lectores cuando están ingresando a la primera de las puertas de acceso a la biblioteca. Les pregunta, a los gritos, a dónde van. A buscar un libro, responden. A leer, responden. A devolver un material que acabo de sacar para fotocopiar, responden. Pero el viejo Frasquelli los mira con odio, apretando los puños, y vuelve a gritar: fuera, está cerrado, hoy no vino nadie. Y los empuja. Y escupe a un costado de sus propios pies. Muchos de los incautos usuarios de esa biblioteca pública retroceden, putean con voz inaudible, se van, no vuelven. Pero hay quienes ponen el pecho a la violencia. Quienes piden el libro de quejas o una explicación confiable. Hay quienes se atreven a traspasar esa puerta y las otras, con el viejo gritándoles en la nuca, y se enfrentan a la última instancia, estiran los dedos para llegar al picaporte final, el escollo que queda por sortear antes de llenarse las manos con el polvo de los libros; pero sienten el tirón en el cuello y el cuerpo cede, caen de espaldas, la cabeza contra el piso. Y la voz, esa voz áspera, implacable, que dice, que aúlla, que grita, que repite: está cerrado, nunca abren. Vayasé.

Siete

Walter es petiso, feo, bigotudo. Es el único empleado de la biblioteca que usa corbata, saco, camisa de seda. Siempre quiso ser policía pero fracasó en las tres o cuatro oportunidades en que intentó ingresar en esa institución. Dicen las malas lenguas —la mala lengua de la mala de Mónica—, que no lo tomaron

porque fue a la admisión borracho, la primera vez; porque trató de manosear a una de las empleadas, la segunda; y porque en el tercero de sus arriesgados intentos lo sacaron entre dos cuando Walter mostró, amenazante, el arma que llevaba oculta entre las ropas para ejercer la presión necesaria. Era un revólver pequeño, sin balas, que sigue usando cuando no queda alternativa, cuando los lectores porfían por entrar y los métodos persuasivos fallan.

Frasquelli le asigna el trabajo duro de la biblioteca: impedir que los lectores más audaces, más fuertes, los que lograron doblegar al viejo jefe de mantenimiento, atraviesen la última puerta. Son siete las puertas que deben pasar para llegar a la sala de lectura. Walter los confunde indicando un falso camino, o los invita a ingresar por una puerta pequeña, disimulada en la pared, luego del tercer pasillo, convenciéndolos de que se trata de un atajo, pero en realidad desembocan en plena calle, una de las calles laterales, peligrosísima, poblada de lectores perdidos, al borde de la desesperación y la miseria, que se empujan los unos a los otros, se roban entre sí las fotocopias de alguno de los libros de la biblioteca y no consiguen ponerse de acuerdo para volver, organizados, y tomar la entrada por asalto. Pero los que logran sobreponerse al disgusto y a los peligros, y regresan a la puerta principal, se encuentran con la furia de Frasquelli, brazos en jarra, y la apatía de Walter, las manos en los bolsillos, que les impiden el paso con el tan conocido juego de los dos policías. Frasquelli grita, Walter se muestra comprensivo. Incluso deja su teléfono celular sobre el escritorio de la entrada. Un falso teléfono, sin línea, que él lleva siempre en su mano derecha pero que nadie, por supuesto, ha visto en funcionamiento. Deja el teléfono, se acerca al lector y le apoya las manos —de uñas negras— en los hombros. No insista, dice, conteniendo la voz, hoy estamos cerrados. Mi jefe se puede enojar si usted no se va. Mire la cara que tiene. Es capaz de matar cuando pone esa cara.

Catorce

En la calle de los lectores perdidos suelen ocurrir innumerables incidentes. Se trata, en casi todos los casos, de enfrentamientos rápidos, de golpes al aire, al cuerpo, patadas que nunca terminan de materializarse; enseguida todo vuelve a su curso habitual: algunos caminan en círculo, las manos en la espalda, como suele hacerlo el jefe; otros comparten una cajita con vino, otros con-

versan sin escucharse, tironean de unos papeles manoseados.

Es necesario aclarar que Frasquelli y Walter son personas fácilmente sobornables. No es imprescindible disponer de dinero para franquear la entrada a la biblioteca, también pueden hacer cambiar de opinión a esos dos, líbero y stopper durísimos, con alguna botella de whisky barato, una pizza grande de muzzarella o, como tan graciosamente lo hizo un lector pícaro, entregando una mujer no del todo vieja, no del todo enferma, no del todo escuálida.

Los que continúan, agónicos, en la calle de los lectores perdidos, son indigentes, pobres diablos que no poseen nada que les sirva como valor de cambio. En otras épocas fueron jóvenes de brillante futuro pero ahora están varados a la intemperie, desactualizados de todas las novedades bibliográficas, sin chances de volver a insertarse en el mercado laboral y en el mercado del amor, pero dejándose ganar, a veces, por el deseo, a pesar de los olores y la mugre que impregnan los cuerpos. Es común encontrar parejas que se cubren con los abrigos, tendidos uno encima del otro, en alguna zona menos concurrida de la calle, haciendo esfuerzos para no ser descubiertos. Y también es común que otros se desnuden sin pudor, a la vista de todos y comiencen la fricción, los juegos eróticos previos al encuentro, exponiéndose a tener que compartir el placer con cualquiera de los lectores perdidos que deambulan y están siempre en la búsqueda de un bálsamo de ternura que quiete tanta pena.

Ariel Bermán, *Leer y escribir*, Buenos Aires, Interzona, 2006.

La tortura por la esperanza

Auguste Villers de l'Isle Adam

Bajo los sótanos de la Oficial de Zaragoza, un atardecer de antaño, el venerable Pedro Arbués de Espila, sexto prior de los Dominicos de Segovia, tercer Inquisidor General de España, seguido de un fraile redentor (verdugo) y precedido de dos familiares del Santo Oficio, éstos dos últimos con antorchas, bajó hasta una mazmorra perdida. La cerradura de una pesada puerta chirrió; entraron en un fétido cabalozo, donde la luz que entraba por el pequeño orificio de la parte superior, permitía ver, entre argollas clavadas en los muros, un potro cubierto de sangre, un anafre, un cántaro. Sobre un lecho de estiercol y sujeto por dos grilletes, con el collar de hierro al cuello, se encontraba sentado, huraño, un hombre cubierto de harapos, de una edad ya indefinida.

Este prisionero no era otro que el rabino Aser Abarbanel, judío aragonés que, acusado de usura y de despiadado desprecio hacia los Pobres, había sido cotidianamente sometido a tortura desde hacía más de un año. Sin embargo, su “obcecación era tan dura como su piel” y se había negado a abjurar.

Orgulloso de una filiación varias veces milenaria, orgulloso de sus antepasados –pues todos los judíos dignos de ese nombre están orgullosos de su sangre–, descendía talmúdicamente de Otoniel y, por consiguiente de Ipsiboé, esposa de este último Juez de Israel, circunstancia que había mantenido en alto su ánimo en medio de incesantes suplicios.

Fue pues con lágrimas en los ojos, pensando que este alma tan firme se excluía de la salvación, como el venerable Pedro Arbués de Espila, acercándose al rabino tembloroso pronunció las siguientes palabras:

–Hijo mío, alegraos pues vuestras pruebas aquí abajo van a llegar a su fin. Si al ver tanta obstinación, he debido permitir, con gran dolor, que se emplease con vos mucho rigor, mi misión de corrección fraterna tiene sus límites. Sois la higuera reacia que, habiendo sido hallada tantas veces sin fruto, corre el riesgo de ser cortada, pero sólo a Dios le corresponde fallar acerca de vuestra alma. ¡Tal vez, la infinita Clemencia brille ante vos en el instante supremo! ¡Así debemos esperarlo! Ha habido casos... ¡Que así sea! Descansad pues en paz esta noche. Mañana participaréis en el *auto de fe*; es decir, seréis conducido al *quemadero*, hoguera premonitoria de la eterna Llama; no quemar, como sabéis, sino a distancia, hijo mío, y la Muerte tarda en llegar al menos dos (a veces, tres) horas

a causa de las vendas mojadas y heladas con las que tenemos cuidado de proteger la frente y el corazón de los que sufren el holocausto. Seréis sólo cuarenta y tres. Pensad, además, que al estar situado en última fila, tendréis el tiempo necesario para invocar a Dios, para ofrecerle ese bautismo de fuego que viene del Espíritu Santo. Esperad pues en la Luz y dormid.

Al concluir este discurso, dom Arbués, que con un gesto había ordenado que desencadenaran al desgraciado, lo abrazó afectuosamente. Luego le llegó el turno al fraile redentor quien, en voz baja, rogó al judío que le perdonara todo lo que le había hecho con el fin de redimirlo; después lo abrazaron los dos familiares, cuyo beso, a través de las cogullas, fue silencioso. Terminada la ceremonia, el prisionero se quedó solo y confuso en la oscuridad.

* * *

El rabino Aser Abarbanel, con la boca seca y el rostro embotado por el sufrimiento, miró, en un primer momento sin atención precisa, la puerta cerrada. “¿Cerrada?” Esta palabra, en lo más profundo de sí mismo despertaba un sueño en sus confusos pensamientos. Y es que había entrevisto, por un instante, el resplandor de las antorchas por la hendidura entre los muros de aquella puerta. Una mórbida idea de esperanza, debido al agobio de su cerebro, conmovió su ser. Y, muy suavemente, deslizando un dedo por la rendija con gran precaución, atrajo la puerta hacia él. ¡Oh, estupor! Por un azar extraordinario, el familiar que la había vuelto a cerrar le había dado la vuelta a la gruesa llave un poco antes de llegar al tope, contra los montantes de piedra. De tal manera que el pestillo oxidado no había entrado en el cierre y la puerta giró de nuevo hacia dentro.

El rabino arriesgó una mirada hacia fuera.

Al favor de una especie de lívida oscuridad, vio en un primer momento, un semicírculo de muros terrosos, agujereados por espirales de escalones; y en la parte superior, frente a él, cinco o seis peldaños de piedra, una especie de pórtico negro que daba acceso a un amplio corredor del que, desde abajo, no era posible entrever nada más que los primeros arcos.

Tendiéndose pues, se arrastró hasta el nivel de aquel umbral. ¡Sí, era un corredor, pero de una longitud desmesurada! Una luz pálida, un resplandor de sueño, lo iluminaba: las lámparas, suspendidas de las bóvedas, azulaban a intervalos el color oscuro del aire; el fondo lejano no era sino oscuridad. No había

ni una sola puerta lateral en aquella extensión. Sólo a un lado, a su izquierda, los tragaluces, con rejas cruzadas, en huecos del muro, dejaban pasar un crepúsculo que debía ser el de la tarde, por las rojas líneas que se entrecruzaban de vez en cuando en el enlosado. ¡Y qué espantoso silencio!... Sin embargo, allá lejos, en lo profundo de aquellas brumas, una salida podía desembocar en la libertad. La vacilante esperanza del judío era tenaz porque era la última.

Sin titubear pues, se aventuró sobre las losas, siguiendo el muro de los tragaluces, esforzándose por confundirse con el tenebroso color de las largas murallas. Avanzaba con lentitud, arrastrándose sobre el pecho, reprimiendo un grito cada vez que una llaga, recientemente reabierta, lo lancinaba.

De repente, el ruido de unas sandalias que se acercaban llegó hasta él en el eco de aquel pasillo de piedra. Un temblor lo sacudió; la ansiedad lo asfixiaba; su vista se nubló. ¡Vamos! ¿se había acabado todo, sin duda? Se acurrucó en un hueco y, medio muerto, esperó.

Era un familiar que se apresuraba. Pasó rápidamente con un arranca-músculos en la mano, la cogulla baja, terrible, y desapareció. El sobrecogimiento del que el rabino acababa de padecer la opresión, pareció haber suspendido sus funciones vitales; permaneció casi una hora sin poder realizar ni un solo movimiento. Temiendo un incremento de tormentos si volvían a cogerlo se le ocurrió la idea de regresar al calabozo. Pero la vieja esperanza le susurraba en el alma aquel divino *Tal vez*, que reconforta en las peores angustias. ¡Se había producido un milagro! ¡No había que dudar! Y volvió a arrastrarse hacia la evasión posible. Extenuado de sufrimiento y de hambre, temblando de angustia, seguía avanzando. Y aquel sepulcral corredor parecía alargarse misteriosamente. Y él, sin dejar de avanzar, miraba la oscuridad, allá a lo lejos, donde *debía* haber una salida salvadora.

¡Oh! ¡oh! he aquí que sonaron pasos de nuevo, pero esta vez más lentos y más pesados. Las formas blancas y negras, de largos sombreros de alas levantadas, de dos inquisidores surgieron en la penumbra, a lo lejos. Hablaban en voz baja y parecían no estar de acuerdo en algún punto importante, pues sus manos se agitaban.

Al verlos, el rabino Aser Abarbanel cerró los ojos; su corazón latía hasta hacerle morir; sus andrajos se humedecieron por un sudor frío de agonía; permaneció estupefacto, inmóvil, tendido a lo largo del muro, bajo el rayo de una lámpara, implorando al Dios de David.

Cuando llegaron frente a él, los dos inquisidores se detuvieron bajo el res-

plandor de la lámpara –sin duda por un azar proveniente de su discusión–. Uno de ellos, escuchando a su interlocutor, se puso a mirar al rabino. Y, bajo aquella mirada en la que, en un primer momento no comprendió la expresión distraída, el desgraciado creía sentir las tenazas incandescentes morder aún su pobre carne; ¡iba pues a convertirse de nuevo en quejido y llaga! Desfalleciente, sin poder respirar, moviendo los párpados, se estremecía bajo el roce de aquella ropa. Pero, cosa a la vez extraña y natural, los ojos del inquisidor eran, evidentemente, los de un hombre profundamente preocupado por lo que va a responder, absorto en la idea de lo que escuchaba, y parecía mirar al judío, sin verlo.

Efectivamente, al cabo de unos minutos, los dos siniestros discutidores continuaron su camino, a paso lento, hablando en voz baja, hacia la encrucijada de donde había salido el cautivo; *¡no lo habían visto!*... Hasta el punto de que, en la horrible confusión de sus sensaciones, éste tuvo el cerebro atravesado por esta idea: “¿No me ven porque ya estoy muerto?” Una horrorosa impresión lo sacó de su letargo: mirando el muro, justo frente a su cara, creyó ver, frente a los suyos, dos feroces ojos que lo observaban... Echó la cabeza hacia atrás con una inquietud violenta y brusca, con los cabellos erizados... pero no. Su mano acababa de darse cuenta al palpar las piedras: era el *reflejo* de los ojos del inquisidor que aún tenía en las pupilas, y que había refractado sobre dos manchas del muro.

¡En marcha! ¡había que apresurarse hacia aquel objetivo que él imaginaba (enfermizamente, sin duda) como la liberación! Hacia aquella oscuridad de la que no distaba más que una treintena de pasos, más o menos. Prosiguió pues su vía dolorosa, más rápido, apoyándose en las rodillas, en las manos, en el vientre; y pronto entró en la parte oscura de aquel horroroso corredor.

De repente, el desgraciado notó frío *sobre* las manos que apoyaba en las losas: aquel frío procedía de un violento soplo de aire, que se deslizaba por debajo de una puerta a la que daban los dos muros. ¡Ah, Dios! ¡si aquella puerta se abriera hacia fuera! Todo el ser del lamentable evadido tuvo como un vértigo de esperanza. La examinó de arriba abajo, sin poder distinguirla bien a causa de la oscuridad que la envolvía. Palpaba: ni cerrojos, ni cerradura... ¡Un picaporte!... Se incorporó: el picaporte cedió bajo su pulgar; la silenciosa puerta giró ante él.

–¡Aleluya!... –susurró el rabino en un inmenso suspiro de acción de gracias, de pie sobre el umbral, al ver lo que había ante él.

¡La puerta se abría sobre los jardines, bajo una noche estrellada, sobre la primavera, la libertad, la vida! Todo daba a la campiña cercana, prolongándose hacia las sierras cuyas sinuosas líneas azules se perfilaban en el horizonte; ¡allí estaba la salvación! ¡Oh! ¡escapar! Correría toda la noche bajo aquellos bosques de limoneros cuyo aroma le llegaba. Una vez en las montañas estaría a salvo. Respiraba el buen aire sagrado; el viento lo reanimaba, sus pulmones resucitaban. En su corazón dilatado escuchaba el *Veni foras* de Lázaro. Y, para bendecir de nuevo al Dios que le concedía aquella misericordia, tendió los brazos hacia Él, levantando los ojos hacia el firmamento. Fue un éxtasis.

Entonces creyó ver la sombra de sus brazos retornar sobre sí mismo; creyó sentir que aquellos brazos de sombra lo rodeaban, lo envolvían y que era tiernamente oprimido sobre un pecho. Una alta figura estaba, en efecto, junto a la suya. Confiado, bajó la mirada hacia aquella figura y se quedó jadeante, enloquecido, con la mirada perdida, tembloroso, hinchando las mejillas y babeando de espanto.

¡Horror! ¡se encontraba en los brazos del Inquisidor General en persona, del venerable Pedro Arbués de Espila que lo contemplaba con los ojos arrasados en lágrimas y con la expresión del buen pastor que encuentra a su oveja perdida!...

El sombrío sacerdote apretaba contra su corazón, con un impulso de caridad tan fervorosa al infortunado judío que las puntas del cilicio monacal arañaron el pecho del dominico por debajo de su sotana. Y mientras que el rabino Aser Abarbanel, con los ojos vueltos bajo los párpados, jadeaba de angustia entre los brazos del ascético dom Arbués y comprendía confusamente que *todas las fases de la fatal velada no eran sin un suplicio previsto, el de la Esperanza*, el Inquisidor general, con un acento de reproche conmovedor y con la mirada consternada, le susurraba al oído con un aliento ardiente y alterado por los ayunos:

–¡Ah, pues, hijo mío! ¡Quería dejarnos en vísperas, tal vez, de la salvación!

Dios te salve

Almafuerte

I

Cuando se haga en ti la sombra;
cuando apagues tus estrellas;
cuando abismes en el fango más hediondo, más infecto,
más maligno, más innoble, más macabro, –más de muerte,
más de bestia, más de cárcel–,
tu divina majestad:
no has caído todavía,
no has rodado a lo más hondo...
Si en la cueva de tu pecho más ignara, más remota,
más secreta, más arcana, más oscura, más vacía,
más ruin, más secundaria,
canta salmos la Tristeza,
muerte angustias el Despecho,
vibra un punto, gime un ángel, pía un nido de sonrojos,
se hace un nudo de ansiedad.

II

Los que nacen tenebrosos;
los que son y serán larvas;
los estorbos, los peligros, los contagios, los Satanes,
los malditos, los que nunca, –nunca en seco, nunca siempre,
nunca mismo, nunca nunca–,
se podrán regenerar,
no se auscultan en sus noches,
no se lloran a sí propios...
se producen imperantes, satisfechos, como normas,
como moldes, como pernos, como pesas controlarias,
como básicos puntales,
y no sienten el deseo

de lo Sano y de lo Puro
ni siquiera un vil momento, ni siquiera un vil instante
de su arcano cerebral.

III

Al que tasca sus tinieblas;
al que ambula taciturno;
al que aguanta en sus dos lomos —como el peso indeclinable,
como el peso punitorio de cien urbes, de cien siglos;
de cien razas delincuentes—,
su tenaz obcecación;
al que sufre noche y día,
y en la noche hasta durmiendo,
como el roce de un cilicio, como un hueso en la garganta,
como un clavo en el cerebro, como un ruido en los oídos,
como un callo apostemado
la noción de sus miserias,
la gran cruz de su pasión:
yo le agacho mi cabeza; yo le doblo mis rodillas;
yo le beso las dos plantas; yo le digo: Dios te salve...
¡Cristo negro, santo hediondo, Job por dentro,
vaso infame del Dolor!

Juan Carlos Martini Real (comp.), *Los mejores poemas de la poesía argentina*, Buenos Aires, Corregidor, 1976.

Una conflagración imperfecta

Ambrose Bierce

Una mañana de junio de 1872, temprano, asesiné a mi padre, acto que me impresionó vivamente en esa época. Esto ocurrió antes de mi casamiento, cuando vivía con mis padres en Wisconsin. Mi padre y yo estábamos en la biblioteca de nuestra casa, dividiendo el producto de un robo que habíamos cometido esa noche. Consistía, en su mayor parte, en enseres domésticos, y la tarea de una división equitativa era dificultosa. Nos pusimos de acuerdo sobre las servilletas, toallas y cosas parecidas, y la platería se repartió casi perfectamente, pero ustedes pueden imaginar que cuando se trata de dividir una única caja de música en dos, sin que sobre nada, comienzan las dificultades. Fue esa caja musical la que trajo el desastre y la desgracia a nuestra familia. Si la hubiéramos dejado, mi padre podría estar vivo ahora.

Era una exquisita y hermosa obra de artesanía, incrustada de costosas maderas, curiosamente tallada. No solo podía tocar gran variedad de temas sino que también silbaba como una codorniz, ladraba como un perro, cantaba como el gallo todas las mañanas, se le diera cuerda o no, y recitaba los Diez Mandamientos. Fue esta última maravilla la que ganó el corazón de mi padre y lo llevó a cometer el único acto deshonesto de su vida, aunque posiblemente hubiera cometido otros si le hubiera perdonado ese: trató de ocultarme la caja aunque yo sabía muy bien que en lo que le concernía, el robo había sido llevado a cabo principalmente para conseguirla.

Mi padre tenía la caja de música escondida bajo la capa; habíamos usado capas como disfraz. Me había asegurado solemnemente que no la había tomado. Yo sabía que sí, y sabía algo que, evidentemente, él ignoraba: o sea, que la caja cantarí con la luz del día y lo traicionaría si me era posible prolongar la división de bienes hasta esa hora. Todo ocurrió como yo lo deseaba: cuando la luz de gas empezó a palidecer en la biblioteca y la forma de las ventanas se vio oscuramente tras las cortinas, un largo cocorocó salió de abajo de la capa del caballero, seguido de algunos compases del aria de *Tannhäuser* y finalizando con un sonoro clic. Sobre la mesa, entre nosotros, había una pequeña hacha de mano que habíamos usado para penetrar en la infortunada casa; la tomé. El anciano, viendo que ya de nada servía esconderla por más tiempo, sacó la caja de música de entre su capa y la puso sobre la mesa.

—Córtala en dos si así la prefieres —dijo—. He tratado de salvarla de la destrucción.

Era un apasionado amante de la música y tocaba la armónica con expresión y sentimiento.

Dije:

—No discuto la pureza de sus motivos: sería presunción de mi parte querer juzgar a mi padre. Pero los negocios son los negocios; voy a efectuar la disolución de nuestra sociedad a menos que usted consienta en usar en futuros robos un cascabel.

—No —dijo después de reflexionar un momento— no, no podría hacerlo, parecería una confesión de deshonestidad. La gente diría que desconfías de mí.

No pude dejar de admirar su temple y su sensibilidad; por un momento me sentí orgulloso de él y dispuesto a disimular su falta, pero un vistazo a la enojada caja de música me decidió, y, como ya lo dije, saqué al anciano de este valle de lágrimas. Una vez hecho, sentí una pizca de desasosiego. No solo era mi padre —el autor de mis días— sino que sin dudas el cadáver sería descubierto. Era ya pleno día y en cualquier momento mi madre podía entrar a la biblioteca. Bajo tales circunstancias consideré que lo prudente era suprimirla también, cosa que hice. Pagué luego a todos los sirvientes y los despedí.

Esa tarde fui a ver al Jefe de Policía, le conté lo que había hecho y le pedí consejo. Me hubiera resultado muy penoso que los acontecimientos tomaran estado público. Mi conducta hubiera sido unánimemente condenada y los periódicos la usarían en mi contra si alguna vez obtenía un cargo de gobierno. El Jefe comprendió la fuerza de estos razonamientos; él era también un asesino de amplia experiencia. Después de consultar con el Juez que presidía la Corte de Jurisdicción Variable, me aconsejó esconder los cadáveres en uno de los librerías, tomar un fuerte seguro sobre la casa y quemarla. Cosa que procedí a hacer.

En la biblioteca había un librero que mi padre comprara recientemente a un inventor chiflado y que no había llenado de libros. El mueble tenía la forma y el tamaño parecidos a esos antiguos roperos que se ven en los dormitorios que no tienen clósets, pero se abría de arriba abajo como un camisón de señora. Tenía puertas de vidrio. Había amortajado a mis padres y ya estaban bastante rígidos como para mantenerse erectos de modo que los puse en el librero, del que ya había sacado los estantes. Cerré la puerta con llave y pinché unas cortinitas en las puertas de vidrio. El inspector de la compañía de

seguros pasó media docena de veces frente al mueble sin sospechar nada.

Esa noche, después de obtener mi póliza, prendí fuego a la casa. A través de los bosques me dirigí a la ciudad, que distaba dos millas, en donde me las arreglé para encontrarme en el momento en que la excitación causada por el fuego estaba en su punto más alto. Con gritos de aprehensión por la suerte de mis padres me uní a la multitud y llegué con ellos al lugar del incendio, unas dos horas después de haberlo provocado. La ciudad entera estaba allí cuando llegué precipitadamente. La casa estaba completamente consumida, pero en el extremo del lecho de encendidas ascuas, enhiesto e incólume, se veía el librero. El fuego había quemado las cortinas, pero dejó a la vista las puertas de vidrio, a través de las cuales la fiera luz roja iluminaba el interior. Allí estaba mi querido padre “igualito a cuando vivía”, y al lado su compañera de pesares y alegrías. No tenían ni un pelo chamuscado y las vestimentas estaban intactas. Conspicuas eran las heridas de sus cabezas y gargantas, que en la prosecución de mis designios me había visto obligado a infligirles. La gente guardaba silencio como en presencia de un milagro. El espanto y el terror habían atado todas las lenguas. Yo mismo me sentía muy afectado.

Unos tres años después, cuando los acontecimientos aquí relatados habíanse borrado casi de mi memoria, fui a Nueva York para ayudar a pasar algunos bonos estadounidenses falsos. Cierta día, mirando distraídamente una mueblería, vi una réplica exacta de mi librero.

—Lo compré por una bicoca a un inventor que abandonó el oficio —me explicó el vendedor—. Decía que era a prueba de fuego porque los poros de la madera fueron rellenados a presión hidráulica con alumbre y el vidrio está hecho de asbesto. No creo que sea realmente a prueba de fuego... se lo puedo dar al precio de un librero común.

—No —le dije—, si usted no puede garantizar que es a prueba de fuego, no lo llevaré.

Y le di los buenos días.

No lo hubiera llevado a ningún precio, me despertaba recuerdos sumamente desagradables.

Una modesta proposición para prevenir que los niños de los pobres de Irlanda sean una carga para sus padres o el país, y para hacerlos útiles al público

Jonathan Swift

Es un asunto melancólico para quienes pasean por esta gran ciudad o viajan por el campo, ver las calles, los caminos y las puertas de las cabañas atestados de mendigos del sexo femenino, seguidos de tres, cuatro o seis niños, todos en harapos e importunando a cada viajero por una limosna. Esas madres, en vez de hallarse en condiciones de trabajar por su honesto sustento, se ven obligadas a perder todo su tiempo en la vagancia, mendigando para sus infantes desvalidos que, apenas crecen, se hacen ladrones por falta de trabajo, o abandonan su querido país natal para luchar por el Pretendiente en España, o se venden en la Barbada.

Creo que todos los partidos están de acuerdo con que este número prodigioso de niños en los brazos, o sobre las espaldas, o a los talones de sus madres, y frecuentemente de sus padres, resulta en el deplorable estado actual del Reino un perjuicio adicional muy grande; y por lo tanto, quienquiera que encontrase un método razonable, económico y fácil para hacer de esos niños miembros cabales y útiles del Estado, merecería tanto agradecimiento del público como para tener instalada su estatua como salvador de la Nación.

Pero mi intención está muy lejos de limitarse a proveer solamente por los hijos de los mendigos declarados: es de alcance mucho mayor y tiene en cuenta el número total de niños de cierta edad nacidos de padres que de hecho son tan poco capaces de mantenerlos como los que solicitan nuestra caridad en las calles.

En lo que a mí se refiere, habiendo volcado mis pensamientos durante muchos años sobre este importante asunto y sopesado maduramente los diversos planes de otros proyectistas, siempre los he encontrado groseramente equivocados en su cálculo. Es cierto que un niño recién nacido puede ser mantenido durante un año solar por la leche materna y poco otro alimento, a lo sumo por un valor no mayor de dos chelines o su equivalente en mendrugos, que la madre puede conseguir ciertamente mediante su legítima ocupación de mendigar. Y es exactamente al año de edad que yo propongo que nos ocupemos de ellos de manera tal que en lugar de constituir una carga para sus padres o la parroquia, contribuirán, por el contrario, a la alimentación, y en parte a la vestimenta de muchos miles.

Existe, además, otra gran ventaja en mi plan: que evitaré esos abortos voluntarios y esa práctica horrenda, ¡icielos!, demasiado frecuente entre nosotros, de las mujeres que asesinan a sus hijos bastardos, sacrificando a los pobres inocentes bebés —creo que más por evitar los gastos que la vergüenza— práctica que arrancarí­a las lágrimas y la piedad del pecho más salvaje e inhumano.

El número de almas en este Reino se calcula usualmente en un millón y medio, de los que habrá aproximadamente doscientas mil parejas cuyas mujeres son fecundas. De ese número resto treinta mil parejas capaces de mantener a sus hijos, aunque temo que no puede haber tantas bajo las actuales angustias del Reino; pero estando esto concedido, quedarán ciento setenta mil parideras. Resto nuevamente cincuenta mil por las mujeres que abortan, o cuyos hijos mueren por accidente o enfermedad antes de cumplir el año. Quedan solo ciento veinte mil hijos de padres pobres que nacen anualmente. La cuestión es, entonces; ¿cómo se educará y sostendrá a esta cantidad? Lo que, como ya he dicho, es completamente imposible, en la situación actual de los asuntos, mediante los métodos hasta ahora propuestos. Porque no podemos emplearlos ni en la artesanía ni en la agricultura: ni construimos casas ni cultivamos la tierra. Y ellos raramente pueden ganarse la vida mediante el robo antes de los seis años, excepto cuando están precozmente dotados; aunque confieso que aprenden los rudimentos mucho antes. Sin embargo, durante esa época solo pueden ser considerados aficionados: así me ha informado un caballero del condado de Cavan, quien me aseguró que nunca supo más de uno o dos casos bajo la edad de seis, ni siquiera en una parte del Reino tan renombrada por su agilísima habilidad en ese arte.

Nuestros comerciantes me han asegurado que un muchacho o muchacha no es mercadería vendible antes de los doce años, y que aun cuando lleguen a esta edad no producirán más de tres libras o tres libras y media corona como máximo en la transacción, lo que ni siquiera puede compensar a los padres o al Reino el gasto de alimento y harapos, que ha alcanzado por lo menos cuatro veces ese valor.

Por consiguiente, propondré ahora con humildad mis propias reflexiones, que espero no se prestarán a la menor objeción.

Me ha asegurado un americano muy entendido que conozco en Londres, que un tierno niño saludable y bien criado constituye al año de edad el alimento más delicioso, nutritivo y comerciable, ya sea estofado, asado, al horno o

hervido; y yo no dudo de que servirá igualmente en un fricasé o un guisado.

Por lo tanto, propongo humildemente a la consideración del público que de los ciento veinte mil niños ya anotados, veinte mil sean reservados para la reproducción; de estos, solo una cuarta parte serán machos, lo que ya es más de lo que permitimos a las ovejas, los vacunos y los puercos. Mi razón consiste en que esos niños raramente son frutos del matrimonio, una circunstancia no muy venerada por nuestros rústicos: en consecuencia, un macho será suficiente para servir a cuatro hembras. De manera que los cien mil restantes pueden, al año de edad, ser ofrecidos en venta a las personas de calidad y fortuna del Reino, aconsejando siempre a las madres que los amamanten copiosamente durante el último mes, a fin de ponerlos regordetes y mantecosos para una buena mesa. Un niño hará dos fuentes en una comida para los amigos, y cuando la familia cene sola, el cuarto delantero o trasero constituirá un plato razonable. Y hervido y sazonado con un poco de pimienta o sal, resultará muy bueno hasta el cuarto día, especialmente en invierno. He calculado que, término medio, un recién nacido pesará doce libras, y en un año solar, si es tolerablemente criado, alcanzará las veintiocho.

Concedo que este manjar resultará algo costoso y será, por lo tanto, muy adecuado para terratenientes, que como ya han devorado a la mayoría de los padres, parecen acreditar los mejores títulos sobre los hijos.

De manera que los cien mil restantes pueden, al año de edad, ser ofrecidos en venta a las personas de calidad y fortuna del reino; aconsejando siempre a las madres que los amamanten copiosamente durante el último mes, a fin de ponerlos regordetes y mantecosos para una buena mesa. Un niño llenará dos fuentes en una comida para los amigos; y cuando la familia cene sola, el cuarto delantero o trasero constituirá un plato razonable, y sazonado con un poco de pimienta o de sal después de hervirlo resultará muy bueno hasta el cuarto día, especialmente en invierno.

Ya he calculado el costo de cría de un hijo de mendigo (entre los que incluyo a todos los cabañeros, a los jornaleros y a cuatro quintos de los campesinos), en unos dos chelines por año, harapos incluidos. Y creo que ningún caballero se quejaría de pagar diez chelines por el cuerpo de un buen niño gordo, del cual, como ya he dicho, sacaré cuatro fuentes de excelente carne nutritiva cuando solo tenga a algún amigo o a su propia familia a comer con él. De este modo, el caballero aprenderá a ser un buen terrateniente y se hará

popular entre los arrendatarios, y la madre tendrá ocho chelines de ganancia limpia y quedará en condiciones de trabajar hasta que produzca otro niño.

Aquellos que son más ahorrativos (como debo confesar que requieren los tiempos) pueden desollar el cuerpo, cuya piel, artificialmente preparada, constituirá admirables guantes para damas y botas de verano para caballeros delicados.

En nuestra ciudad Dublín, los mataderos para este propósito pueden establecerse en sus zonas más convenientes; podemos estar seguros de que carniceros no faltarán, aunque más bien recomiendo comprar los niños vivos y adobarlos mientras aún están tibios del cuchillo, como hacemos para asar los cerdos.

Una persona muy respetable, verdadera amante de su patria, cuyas virtudes estimo muchísimo, se entretuvo últimamente en discurrir sobre este asunto con el fin de ofrecer un refinamiento de mi plan. Se le ocurrió que, puesto que muchos caballeros de este reino han terminado por exterminar sus ciervos, la demanda de carne de venado podría ser bien satisfecha por los cuerpos de jóvenes mozos y doncellas, no mayores de catorce años ni menores de doce; ya que son tantos los que están a punto de morir de hambre en todo el país, por falta de trabajo y de ayuda; de éstos dispondrían sus padres, si estuvieran vivos, o de lo contrario, sus parientes más cercanos. Pero con la debida consideración a tan excelente amigo y meritorio patriota, no puedo mostrarme de acuerdo con sus sentimientos; porque en lo que concierne a los machos, mi conocido americano me aseguró, en base a su frecuente experiencia, que la carne era generalmente correosa y magra, como la de nuestros escolares por el continuo ejercicio, y su sabor desagradable; y cebarlos no justificaría el gasto. En cuanto a la mujeres, creo humildemente que constituiría una pérdida para el público, porque muy pronto serían fecundas; y además, no es improbable que alguna gente escrupulosa fuera capaz de censurar semejante práctica (aunque por cierto muy injustamente) como un poco lindante con la crueldad; lo cual, confieso, ha sido siempre para mí la objeción más firme contra cualquier proyecto, por bien intencionado que estuviera.

Pero a fin de justificar a mi amigo, él confesó que este expediente se lo metió en la cabeza el famoso Psalmanazar, un nativo de la isla de Formosa que llegó de allí a Londres hace más de veinte años, y que conversando con él le contó que en su país, cuando una persona joven era condenada a muerte, el verdugo vendía el cadáver a personas de calidad como un bocado de los mejo-

res, y que en su época el cuerpo de una rolliza muchacha de quince años, que fue crucificada por un intento de envenenar al emperador, fue vendido al Primer Ministro del Estado de Su Majestad Imperial y a otros grandes mandarines de la corte, junto al patíbulo, por cuatrocientas coronas. Ni en efecto puedo negar que si el mismo uso se hiciera de varias jóvenes rollizas de esta ciudad, que sin tener cuatro peniques de fortuna no pueden andar si no es en coche, y aparecen en el teatro y las reuniones con exóticos atavíos que nunca pagarán, el reino no estaría peor.

Algunas personas de espíritu pesimista están muy preocupadas por la gran cantidad de gente pobre que está vieja, enferma o inválida, y me han pedido que dedique mi talento a encontrar el medio de desembarazar a la nación de un estorbo tan gravoso. Pero este asunto no me aflige para nada, porque es muy sabido que esa gente se está muriendo y pudriendo cada día de frío y de hambre, de inmundicia y de piojos, tan rápidamente como se puede razonablemente esperar. Y en cuanto a los trabajadores jóvenes, están en una situación igualmente prometedora: no pueden conseguir trabajo y desfallecen de hambre, hasta tal punto que si alguna vez son tomados para un trabajo común no tienen fuerza para cumplirlo; de este modo el país y ellos mismos son felizmente librados de los males futuros.

He divagado excesivamente, de manera que volveré al tema. Me parece que las ventajas de la proposición que he enunciado son obvias y muchas, así como de la mayor importancia.

Me parece que las ventajas de la proposición que he anunciado son obvias y muchas, así como de la mayor importancia.

Primero: como ya he observado, disminuiría muchísimo el número de papistas que nos infestan anualmente, que son los principales procreadores de la nación y nuestros enemigos más peligrosos y se quedan en el país con el propósito de rendir el reino al Pretendiente, esperando sacar ventaja de la ausencia de tantos buenos protestantes que han preferido abandonar la patria antes que quedarse en ella pagando diezmos contra su conciencia a un cura episcopal.

Segundo: los arrendatarios pobres poseerán algo de valor que la ley podrá hacer embargable y que los ayudará a pagar su renta al terrateniente, habiendo sido confiscados ya sus ganados y cereales, y siendo el dinero cosa desconocida por ellos.

Tercero: puesto que la manutención de cien mil niños de dos años para arriba no se puede calcular en menos de diez chelines anuales por cada uno, el tesoro nacional se verá incrementado en cincuenta mil libras por año, sin contar la utilidad producida por el nuevo plato introducido en las mesas de todos los caballeros de fortuna del reino que tengan algún refinamiento en el gusto. Y como la mercadería será producida y manufacturada por nosotros, el dinero no saldrá del país.

Cuarto: las reproductoras perseverantes, además de ganar ocho chelines anuales por la venta de sus niños, se quitarán de encima la obligación de mantenerlos después del primer año.

Quinto: este manjar atraerá una gran clientela a las tabernas, donde los venteros serán seguramente tan precavidos como para procurarse las mejores recetas para prepararlo a la perfección y, en consecuencia, ver sus casas frecuentadas por todos los distinguidos caballeros que se precian con justicia de su conocimiento del buen comer; y un cocinero diestro, que sepa cómo agradar a sus huéspedes, se las ingeniará para hacerlo tan costoso como a ellos les plazca.

Sexto: esto constituirá un gran estímulo para el matrimonio, que todas las naciones sabidas han alentado mediante recompensas o impuestos o mediante leyes y castigos. Aumentaría el cuidado y la ternura de las madres hacia sus hijos, seguras entonces de que los pobres chicos tendrían una colocación segura de por vida, provista de algún modo por el público, y que les darían ganancias en vez de gastos. Pronto veríamos una honesta emulación entre las mujeres casadas para mostrar cuál de ellas lleva al mercado al niño más gordo. Los hombres atenderían a sus esposas durante el embarazo tanto como ahora atienden a sus yeguas, sus vacas o sus puercas cuando están por parir y no las amenazarían con golpearlas o patearlas (como frecuentemente hacen) por temor a un aborto.

Muchas otras ventajas podrían enumerarse. Por ejemplo, el agregado de algunos miles de reses a nuestra exportación de carne en barricas, la difusión de la carne de puerco y el progreso en el arte de hacer buen tocino, del que tanto carecemos ahora a causa de la destrucción de cerdos, demasiado frecuentes en nuestra mesa, y que no pueden compararse en gusto o magnificencia con un niño de un año, gordo y bien desarrollado, que hará un papel considerable en el banquete de un Lord Mayor o en cualquier otro convite público. Pero por brevedad omito esta y muchas otras ventajas.

No se me ocurre ningún reparo que pueda oponerse razonablemente contra esta proposición, a menos que se aduzca que la población del Reino se vería muy disminuida. Esto lo reconozco sin reserva, y fue mi principal motivo para ofrecerla al mundo. Deseo que el lector observe que yo he calculado mi remedio para este único e individual Reino de Irlanda, y no para cualquier otro que haya existido, exista o pueda existir sobre la tierra. Por consiguiente, que ningún hombre me hable de otros recursos: de crear impuestos para nuestros desocupados a cinco chelines por libra; de no usar ropas ni moblajes que no sean producidos por nosotros; de rechazar los instrumentos que fomentan exótica lujuria; de curar el derroche de engreimiento, vanidad, holgazanería y juego en nuestras mujeres; de introducir parsimonia, prudencia y templanza; de aprender a amar nuestro país, virtud por cuya carencia nos diferenciamos de los lapones y los habitantes de Topinambo; de abandonar nuestras animosidades y facciones, de no actuar más como los judíos, que se mataban entre ellos mientras su ciudad era tomada; de cuidarnos de no vender nuestro país y nuestra conciencia por nada; de enseñar a los terratenientes a tener aunque sea un poco de compasión de sus arrendatarios. En fin, de imponer un espíritu de honestidad, industria y cuidado en nuestros comerciantes, quienes, si hoy tomáramos la decisión de no comprar otras mercaderías que las nacionales, inmediatamente se unirían para trampear en el precio, la media y la calidad, y a quienes por mucho que se insistiera no se les podría arrancar una sola oferta de comercio honrado.

En consecuencia, repito que ningún hombre me hable de esos y parecidos expedientes, hasta que no tenga por lo menos un atisbo de esperanza de que se hará alguna vez un intento sano y sincero de ponerlos en práctica.

Pero en lo que a mí concierne, habiéndome gastado durante muchos años en ofrecer ideas vanas, ociosas y visionarias, y al final completamente sin esperanza de éxito, di por fortuna con este proyecto, que es en todo novedoso, tiene algo de sólido y real, es de poco gasto y pequeña molestia; está completamente a nuestro alcance y no nos pone en peligro de desagradar a Inglaterra. Porque esta clase de mercadería no soportará la exportación, puesto que la carne es de una consistencia demasiado tierna para admitir una permanencia prolongada en sal. Aunque quizás yo podría mencionar un país que se alegraría de devorar toda nuestra nación aun sin ella.

Después de todo, no me siento tan violentamente atado a mi propia opi-

nión como para rechazar cualquier plan propuesto por hombres sabios que fuera hallado inocente, barato, cómodo y eficaz. Pero antes de que alguna cosa de ese tipo sea propuesta en oposición con mi proyecto, ofreciendo uno mejor, deseo que el autor o los autores consideren seriamente dos puntos. Primero, cómo se las arreglarán, tal como están las cosas, para encontrar ropas y alimentos para cien mil bocas y lomos inútiles. Y segundo, ya que hay en este reino alrededor de un millón de criaturas de forma humana cuyos gastos de subsistencia reunidos las dejaría debiendo dos millones de libras esterlinas, y agregando a los que son mendigos profesionales el grueso de los campesinos, cabañeros y peones con sus esposas e hijos, que son mendigos de hecho, yo deseo que esos que no gusten de mi proyecto y sean tan atrevidos como para intentar una respuesta, pregunten primero a los padres de estos mortales si hoy no creen que habría sido una gran felicidad para ellos haber sido vendidos como alimento al año de edad de la manera que yo recomiendo y de ese modo haberse evitado una completa escena de infortunios como la que han atravesado desde entonces por la opresión de los terratenientes, la imposibilidad de pagar la renta sin dinero, la falta de alimentación y de casa y vestido para protegerse de las inclemencias del clima y la más inevitable probabilidad de legar parecidas o mayores miserias a sus descendientes para siempre.

Yo declaro, con toda la sinceridad de mi corazón, que no tengo el menor interés personal en esforzarme por promover esta obra necesaria, y que no me impulsa otro motivo que procurar el bien de mi patria, desarrollando nuestro comercio, cuidando de los niños, aliviando al pobre y dando algún placer al rico. No tengo hijos por los que pueda proponerme obtener un solo penique: el más joven tiene nueve años y mi mujer ya no es fecunda.

El cuentista

Saki

Era una tarde calurosa y el vagón del tren también estaba caliente; la siguiente parada, Tamplecombe, estaba casi a una hora de distancia. Los ocupantes del vagón eran una niña pequeña, otra niña aun más pequeña y un niño también pequeño. Una tía, que pertenecía a los niños, ocupaba un asiento de la esquina; el otro asiento de la esquina, del lado opuesto, estaba ocupado por un hombre soltero que era un extraño ante aquella fiesta, pero las niñas pequeñas y el niño pequeño ocupaban, enfáticamente, el compartimiento. Tanto la tía como los niños conversaban de manera limitada pero persistente, recordando las atenciones de una mosca que se niega a ser rechazada. La mayoría de los comentarios de la tía empezaban por “No”, y casi todos los de los niños por “¿Por qué?”. El hombre soltero no decía nada en voz alta.

–No, Cyril, no –exclamó la tía cuando el niño empezó a golpear los cojines del asiento, provocando una nube de polvo con cada golpe–. Ven a mirar por la ventanilla –añadió.

El niño se desplazó hacia la ventilla con desgana.

–¿Por qué sacan a esas ovejas fuera de ese campo? –preguntó.

–Supongo que las llevan a otro campo en el que hay más hierba –respondió la tía débilmente.

–Pero en ese campo hay montones de hierba –protestó el niño–; no hay otra cosa que no sea hierba. Tía, en ese campo hay montones de hierba.

–Quizá la hierba de otro campo es mejor –sugirió la tía neciamente.

–Por qué es mejor? –fue la inevitable y rápida pregunta.

–¡Oh, mira esas vacas! –exclamó la tía.

Casi todos los campos por los que pasaba la línea de tren tenían vacas o toros, pero ella lo dijo como si estuviera llamando la atención ante una novedad.

–¿Por qué es mejor la hierba del otro campo? –persistió Cyril.

El ceño fruncido del soltero se iba acentuando hasta estar ceñudo. La tía decidió, mentalmente, que era un hombre duro y hostil. Ella era incapaz por completo de tomar una decisión satisfactoria sobre la hierba del otro campo.

La niña más pequeña creó una forma de distracción al empezar a recitar “De camino hacia Mandalay”. Solo sabía la primera línea, pero utilizó al máximo su limitado conocimiento. Repetía la línea una y otra vez con una voz

soñadora, pero decidida y muy audible; al soltero le pareció como si alguien hubiera hecho una apuesta con ella a que no era capaz de repetir la línea en voz alta dos mil veces seguidas y sin detenerse. Quienquiera que fuera que hubiera hecho la apuesta, probablemente la perdería.

–Acérquense aquí y escuchen mi historia –dijo la tía cuando el soltero la había mirado dos veces a ella y una al timbre de alarma.

Los niños se desplazaron apáticamente hacia el final del compartimiento donde estaba la tía. Evidentemente, su reputación como contadora de historias no ocupaba una alta posición, según la estimación de los niños.

Con voz baja y confidencial, interrumpida a intervalos frecuentes por preguntas malhumoradas y en voz alta de los oyentes, comenzó una historia poco animada y con una deplorable carencia de interés sobre una niña que era buena, que se hacía amiga de todos a causa de su bondad y que, al final, fue salvada de un toro enloquecido por numerosos rescatadores que admiraban su carácter moral.

–¿No la habrían salvado si no hubiera sido buena? –preguntó la mayor de las niñas.

Esa era exactamente la pregunta que había querido hacer el soltero.

–Bueno, sí –admitió la tía sin convicción–. Pero no creo que la hubieran socorrido muy deprisa si ella no les hubiera gustado mucho.

–Es la historia más tonta que he oído nunca –dijo la mayor de las niñas con una inmensa convicción.

–Después de la segunda parte no he escuchado, era demasiado tonta –dijo Cyril.

La niña más pequeña no hizo ningún comentario, pero hacía rato que había vuelto a comenzar a murmurar la repetición de su verso favorito.

–No parece que tenga éxito como contadora de historias –dijo de repente el soltero desde su esquina.

La tía se ofendió como defensa instantánea ante aquel ataque inesperado.

–Es muy difícil contar historias que los niños puedan entender y apreciar –dijo fríamente.

–No estoy de acuerdo con usted –dijo el soltero.

–Quizá le gustaría a usted explicarles una historia –contestó la tía.

–Cuéntenos un cuento –pidió la mayor de las niñas.

–Érase una vez –comenzó el soltero– una niña pequeña llamada Berta que era extremadamente buena.

El interés suscitado en los niños momentáneamente comenzó a vacilar en seguida; todas las historias se parecían terriblemente, no importaba quién las explicara.

–Hacía todo lo que le mandaban, siempre decía la verdad, mantenía la ropa limpia, comía budín de leche como si fuera tarta de mermelada, aprendía sus lecciones perfectamente y tenía buenos modales.

–¿Era bonita? –preguntó la mayor de las niñas.

–No tanto como cualquiera de ustedes –respondió el soltero–, pero era terriblemente buena.

Se produjo una ola de reacción en favor de la historia; la palabra terrible unida a bondad fue una novedad que la favorecía. Parecía introducir un círculo de verdad que faltaba en los cuentos sobre la vida infantil que narraba la tía.

–Era tan buena –continuó el soltero– que ganó varias medallas por su bondad, que siempre llevaba puestas en su vestido. Tenía una medalla por obediencia, otra por puntualidad y una tercera por buen comportamiento. Eran medallas grandes de metal y chocaban las unas con las otras cuando caminaba. Ningún otro niño de la ciudad en la que vivía tenía esas tres medallas, así que todos sabían que debía de ser una niña extraordinariamente buena.

–Terriblemente buena –citó Cyril.

–Todos hablaban de su bondad y el príncipe de aquel país se enteró de aquello y dijo que, ya que era tan buena, debería tener permiso para pasear, una vez a la semana, por su parque, que estaba justo afuera de la ciudad. Era un parque muy bonito y nunca se había permitido la entrada a niños, por eso fue un gran honor para Berta tener permiso para poder entrar.

–¿Había alguna oveja en el parque? –preguntó Cyril.

–No –dijo el soltero–, no había ovejas.

–¿Por qué no había ovejas? –llegó la inevitable pregunta que surgió de la respuesta anterior.

La tía se permitió una sonrisa que casi podría haber sido descrita como una mueca.

–En el parque no había ovejas –dijo el soltero– porque, una vez, la madre del príncipe tuvo un sueño en el que su hijo era asesinado tanto por una oveja como por un reloj de pared que le caía encima. Por esa razón, el príncipe no tenía ovejas en el parque ni relojes de pared en su palacio.

La tía contuvo un grito de admiración.

–¿El príncipe fue asesinado por una oveja o por un reloj? –preguntó Cyril.

–Todavía está vivo, así que no podemos decir si el sueño se hará realidad –dijo el soltero despreocupadamente–. De todos modos, aunque no había ovejas en el parque, sí había muchos cerditos corriendo por todas partes.

–¿De qué color eran?

–Negros con la cara blanca, blancos con manchas negras, totalmente negros, grises con manchas blancas y algunos eran totalmente blancos.

El contador de historias se detuvo para que los niños crearan en su imaginación una idea completa de los tesoros del parque; después prosiguió:

–Berta sintió mucho que no hubiera flores en el parque. Había prometido a sus tías, con lágrimas en los ojos, que no arrancaría ninguna de las flores del príncipe y tenía intención de mantener su promesa por lo que, naturalmente, se sintió tonta al ver que no había flores para coger.

–¿Por qué no había flores?

–Porque los cerdos se las habían comido todas –contestó el soltero rápidamente–. Los jardineros le habían dicho al príncipe que no podía tener cerdos y flores, así que decidió tener cerdos y no tener flores.

Hubo un murmullo de aprobación por la excelente decisión del príncipe; mucha gente habría decidido lo contrario.

–En el parque había muchas otras cosas deliciosas. Había estanques con peces dorados, azules y verdes, y árboles con hermosos loros que decían cosas inteligentes sin previo aviso, y colibríes que cantaban todas las melodías populares del día. Berta caminó arriba y abajo, disfrutando inmensamente, y pensó: “Si no fuera tan extraordinariamente buena no me habrían permitido venir a este maravilloso parque y disfrutar de todo lo que hay en él para ver”, y sus tres medallas chocaban unas contra las otras al caminar y la ayudaban a recordar lo buenísima que era realmente. Justo en aquel momento, iba merodeando por allí un enorme lobo para ver si podía atrapar algún cerdito gordo para su cena.

–¿De qué color era? –preguntaron los niños, con un inmediato aumento de interés.

–Era completamente del color del barro, con una lengua negra y unos ojos de un gris pálido que brillaban con inexplicable ferocidad. Lo primero que vio en el parque fue a Berta; su delantal estaba tan inmaculadamente blanco y limpio que podía ser visto desde una gran distancia. Berta vio al lobo, vio que se dirigía hacia ella y empezó a desear que nunca le hubieran permitido entrar en el parque.

Corrió todo lo que pudo y el lobo la siguió dando enormes saltos y brincos. Ella consiguió llegar a unos matorrales de mirto y se escondió en uno de los arbustos más espesos. El lobo se acercó olfateando entre las ramas, su negra lengua le colgaba de la boca y sus ojos gris pálido brillaban de rabia. Berta estaba terriblemente asustada y pensó: “Si no hubiera sido tan extraordinariamente buena ahora estaría segura en la ciudad”. Sin embargo, el olor del mirto era tan fuerte que el lobo no pudo olfatear dónde estaba escondida Berta, y los arbustos eran tan espesos que podría haber estado buscándola entre ellos durante mucho rato, sin verla, así que pensó que era mejor salir de allí y cazar un cerdito. Berta temblaba tanto al tener al lobo merodeando y olfateando tan cerca de ella que la medalla de obediencia chocaba contra las de buena conducta y puntualidad. El lobo acababa de irse cuando oyó el sonido que producían las medallas y se detuvo para escuchar; volvieron a sonar en un arbusto que estaba cerca de él. Se lanzó dentro de él, con los ojos gris pálido brillando de ferocidad y triunfo, sacó a Berta de allí y la devoró hasta el último bocado. Todo lo que quedó de ella fueron sus zapatos, algunos pedazos de ropa y las tres medallas de la bondad.

–¿Mató a alguno de los cerditos?

–No, todos escaparon.

–La historia empezó mal –dijo la más pequeña de las niñas–, pero ha tenido un final bonito.

–Es la historia más bonita que he escuchado nunca –dijo la mayor de las niñas, muy decidida.

–Es la única historia bonita que he oído nunca –dijo Cyril.

La tía expresó su desacuerdo.

–¡Una historia de lo menos apropiada para explicar a niños pequeños! Ha socavado el efecto de años de cuidadosa enseñanza.

–De todos modos –dijo el soltero cogiendo sus pertenencias y dispuesto a abandonar el tren–, los he mantenido tranquilos durante diez minutos, mucho más de lo que usted pudo.

“¡Infeliz! –se dijo mientras bajaba al andén de la estación de Templecombe–. ¡Durante los próximos seis meses esos niños la asaltarán en público pidiéndole una historia impropia!”

La ventana abierta

Saki

Mi tía bajará enseguida, señor Nuttel –dijo con mucho aplomo una señorita de quince años–; mientras tanto debe hacer lo posible por soportarme.

Framton Nuttel se esforzó por decir algo que halagara debidamente a la sobrina sin dejar de tomar debidamente en cuenta a la tía que estaba por llegar. Dudó más que nunca de que esta serie de visitas formales a personas totalmente desconocidas fueran de alguna utilidad para la cura de reposo que se había propuesto.

–Sé lo que ocurrirá –le había dicho su hermana cuando se disponía a emigrar a este retiro rural–: te encerrarás no bien llegues y no hablarás con nadie y tus nervios estarán peor que nunca debido a la depresión. Por eso te daré cartas de presentación para todas las personas que conocí allá. Algunas, por lo que recuerdo, eran bastante simpáticas.

Framton se preguntó si la señora Sappleton, la dama a quien había entregado una de las cartas de presentación, podía ser clasificada entre las simpáticas.

–¿Conoce a muchas personas aquí? –preguntó la sobrina, cuando consideró que ya había habido entre ellos suficiente comunicación silenciosa.

–Casi nadie –dijo Framton–. Mi hermana estuvo aquí, en la rectoría, hace unos cuatro años, y me dio cartas de presentación para algunas personas del lugar.

Hizo esta última declaración en un tono que denotaba claramente un sentimiento de pesar.

–Entonces no sabe prácticamente nada acerca de mi tía –prosiguió la apломada señorita.

–Solo su nombre y su dirección –admitió el visitante. Se preguntaba si la señora Sappleton estaría casada o sería viuda. Algo indefinido en el ambiente sugería la presencia masculina.

–Su gran tragedia ocurrió hace tres años –dijo la niña–; es decir, después que se fue su hermana.

–¿Su tragedia? –preguntó Framton; en esta apacible campiña las tragedias parecían algo fuera de lugar.

–Usted se preguntará por qué dejamos esa ventana abierta de par en par en una tarde de octubre –dijo la sobrina señalando una gran ventana que daba al jardín.

–Hace bastante calor para esta época del año –dijo Framton– pero ¿qué relación tiene esa ventana con la tragedia?

–Por esa ventana, hace exactamente tres años, su marido y sus dos hermanos menores salieron a cazar por el día. Nunca regresaron. Al atravesar el páramo para llegar al terreno donde solían cazar quedaron atrapados en una ciénaga traicionera. Ocurrió durante ese verano terriblemente lluvioso, sabe, y los terrenos que antes eran firmes de pronto cedían sin que hubiera manera de preverlo. Nunca encontraron sus cuerpos. Eso fue lo peor de todo.

A esta altura del relato la voz de la niña perdió ese tono seguro y se volvió vacilantemente humana.

–Mi pobre tía sigue creyendo que volverán algún día, ellos y el pequeño spaniel que los acompañaba, y que entrarán por la ventana como solían hacerlo. Por tal razón la ventana queda abierta hasta que ya es de noche. Mi pobre y querida tía, cuántas veces me habrá contado cómo salieron, su marido con el impermeable blanco en el brazo, y Ronnie, su hermano menor, cantando como de costumbre “¿Bertie, por qué saltas?”, porque sabía que esa canción la irritaba especialmente. Sabe usted, a veces, en tardes tranquilas como las de hoy, tengo la sensación de que todos ellos volverán a entrar por la ventana...

La niña se estremeció. Fue un alivio para Framton cuando la tía irrumpió en el cuarto pidiendo mil disculpas por haberlo hecho esperar tanto.

–Espero que Vera haya sabido entretenerlo –dijo.

–Me ha contado cosas muy interesantes –respondió Framton.

–Espero que no le moleste la ventana abierta –dijo la señora Sappleton con animación–; mi marido y mis hermanos están cazando y volverán aquí directamente, y siempre suelen entrar por la ventana. No quiero pensar en el estado en que dejarán mis pobres alfombras después de haber andado cazando por la ciénaga. Tan típico de ustedes los hombres, ¿no es verdad?

Siguió parlotando alegremente acerca de la caza y de que ya no abundan las aves, y acerca de las perspectivas que había de cazar patos en invierno. Para Framton, todo eso resultaba sencillamente horrible. Hizo un esfuerzo desesperado, pero solo a medias exitoso, de desviar la conversación a un tema menos repulsivo; se daba cuenta de que su anfitriona no le otorgaba su entera atención, y su mirada se extraviaba constantemente en dirección a la ventana abierta y al jardín. Era por cierto una infortunada coincidencia venir de visita el día del trágico aniversario.

–Los médicos han estado de acuerdo en ordenarme completo reposo. Me han prohibido toda clase de agitación mental y de ejercicios físicos violentos –anunció Framton, que abrigaba la ilusión bastante difundida de suponer que personas totalmente desconocidas y relaciones casuales estaban ávidas de conocer los más íntimos detalles de nuestras dolencias y enfermedades, su causa y su remedio–. Con respecto a la dieta no se ponen de acuerdo.

–¿No? –dijo la señora Sappleton ahogando un bostezo a último momento. Súbitamente su expresión revelaba la atención más viva... pero no estaba dirigida a lo que Framton estaba diciendo.

–¡Por fin llegan! –exclamó–. Justo a tiempo para el té, y parece que se hubieran embarrado hasta los ojos, ¿no es verdad?

Framton se estremeció levemente y se volvió hacia la sobrina con una mirada que intentaba comunicar su compasiva comprensión. La niña tenía puesta la mirada en la ventana abierta y sus ojos brillaban de horror. Presa de un terror desconocido que helaba sus venas, Framton se volvió en su asiento y miró en la misma dirección.

En el oscuro crepúsculo tres figuras atravesaban el jardín y avanzaban hacia la ventana; cada una llevaba bajo el brazo una escopeta y una de ellas soportaba la carga adicional de un abrigo blanco puesto sobre los hombros. Los seguía un fatigado spaniel de color pardo. Silenciosamente se acercaron a la casa, y luego se oyó una voz joven y ronca que cantaba: “¿Dime, Bertie, por qué saltas?”.

Framton agarró de prisa su bastón y su sombrero; la puerta de entrada, el sendero de grava y el portón, fueron etapas apenas percibidas de su intempestiva retirada. Un ciclista que iba por el camino tuvo que hacerse a un lado para evitar un choque inminente.

–Aquí estamos, querida –dijo el portador del impermeable blanco entrando por la ventana–: bastante embarrados, pero casi secos. ¿Quién era ese hombre que salió de golpe no bien aparecimos?

–Un hombre rarísimo, un tal señor Nuttel –dijo la señora Sappleton–; no hablaba de otra cosa que de sus enfermedades, y se fue disparado sin despedirse ni pedir disculpas al llegar ustedes. Cualquiera diría que había visto un fantasma.

–Supongo que ha sido a causa del spaniel –dijo tranquilamente la sobrina–; me contó que los perros le producen horror. Una vez lo persiguió una jauría de

perros parias hasta un cementerio cerca del Ganges, y tuvo que pasar la noche en una tumba recién cavada, con esas bestias que gruñían y mostraban los colmillos y echaban espuma encima de él. Así cualquiera se vuelve pusilánime.

La fantasía sin previo aviso era su especialidad.

Saki, *Cuentos*, Buenos Aires, CEAL, 1971.

Las ventanas

Charles Baudelaire

El que mira desde afuera a través de una ventana abierta nunca ve tantas cosas como el que mira una ventana cerrada. No existe objeto más profundo, más misterioso, más fecundo, más tenebroso ni más deslumbrador que una ventana iluminada por una vela. Lo que se puede ver a la luz del sol es siempre menos interesante que lo que pasa detrás de un vidrio. En esa abertura oscura o luminosa vive la vida, sueña la vida y sufre la vida.

Más allá de la ondulación de los tejados veo a una mujer madura ya, arrugada, pobre, siempre inclinada sobre algo y que nunca sale de su casa. Con su rostro, con sus ropas, con su gesto, con casi nada, he rehecho la historia de esa mujer, o más bien su leyenda, y a veces la imagino llorando.

Si hubiese sido un anciano pobre habría rehecho su historia con la misma facilidad.

Y me acuesto, orgulloso de haber vivido y sufrido el dolor de mis semejantes.

Acaso me digáis: “¿Estás seguro de que esa leyenda es verdadera?” ¿Qué importa cuál pueda ser la realidad situada fuera de mí, si me ayuda a vivir y a sentir que existo y ser yo mismo?

Charles Baudelaire, *El Spleen de París*, en *Paraísos artificiales*, Buenos Aires, Losada, 1992.

XX

Alberto Caeiro

El Tajo es más bello que el río que corre por mi aldea,
Pero el Tajo no es más bello que el río que corre por mi aldea
Porque el Tajo no es el río que corre por mi aldea.

El Tajo tiene grandes navíos
Y navega en él todavía,
Para aquellos que ven en todo lo que allá no está,
La memoria de las naves.

El Tajo baja de España
Y el Tajo entra en el mar en Portugal.
Toda la gente sabe eso.
Pero pocos saben cuál es el río de mi aldea
Y para dónde va
Y de dónde viene.
Y por eso, porque pertenece a menos gente,
Es más libre y mayor el río de mi aldea.

Por el Tajo se va para el mundo.
Más allá del Tajo existe América
Y la fortuna de aquellos que la encuentran.
Nadie nunca pensó en lo que hay más allá
Del río de mi aldea.

El río de mi aldea no hace pensar en nada.
Quien está al pie de él está solo al pie de él.

XXXIX

Alberto Caeiro

El misterio de las cosas, ¿dónde está?
¿Dónde está él que no aparece
Por lo menos para mostrarnos qué es misterio?
¿Qué sabe el río y qué sabe el árbol?
Y yo, que no soy más que ellos, ¿qué sé de eso?
Siempre que miro las cosas y pienso en lo que los hombres piensan de ellas,
Río como un riacho que suena fresco en una piedra.

Porque el único sentido oculto de las cosas
Es no tener ningún sentido oculto.
Es más extraño que todas las extrañezas
Y que los sueños de todos los poetas
Y los pensamientos de todos los filósofos
Que las cosas sean realmente lo que parecen ser
Y no haya nada que comprender.

Sí, he aquí lo que mis sentidos aprendieron solos:
Las cosas no tienen significación: tienen existencia.
Las cosas son el único sentido oculto de las cosas.

Fernando Pessoa, *Páginas escogidas*, Buenos Aires, Need, 1998.

Nada queda de nada. Nada somos

Ricardo Reis

Nada queda de nada. Nada somos.
Un poco al sol y al aire nos atrasamos
De la irrespirable tiniebla que nos pese
De la húmeda tierra impuesta,
Cadáveres postergados que procrean.

Leyes hechas, estatuas vistas, odas acabadas:
Todo tiene su cueva. Si nosotros, carnes
A las que un íntimo sol da sangre, tenemos
Poniente, ¿por qué no ellas?
Somos cuentos contando cuentos, nada.

Fernando Pessoa, *Páginas escogidas*, Buenos Aires, Need, 1998.

El Yasí-Yateré

Juan B. Ambrosetti

Hallándome en un galpón de yerbateros, situado cerca del arroyo Itaquirí, en el interior de la jurisdicción de los yerbales de Tucurú-Pucú, de mañana, al levantarme, supe que las mujeres de aquel lugar no habían podido dormir la noche anterior, pues habían oído silbar al Yasí-Yateré.

No conozco el pájaro que, con su canto, remeda estas palabras. A pesar de todos mis esfuerzos y averiguaciones no he podido ni siquiera dar con su descripción; unos dicen que es del tamaño de una paloma y de plumaje parecido al de las gallinas guineas; otros, en cambio, me han asegurado que es pequeño y de color oscuro, etcétera, de modo que reina aun entre aquella gente una gran confusión respecto de él.

Acerca de este pájaro corre una leyenda muy difundida, no solo en el

Paraguay, sino también en la provincia de Corrientes; creo que también esta es de origen guaraní, pues no existe en otros puntos.

Según cuentan, no es un pájaro el que silba de ese modo, sino un enano rubio, bonito, que anda por el mundo cubierto con un sombrero de paja, y llevando un bastón de oro en la mano.

Su oficio es el de robar los niños de pecho, que lleva al monte, los lame, juega con ellos, y luego los abandona allí, envueltos en isipós (enredaderas).

Las madres, desesperadas al notar su falta, salen a buscarlos, y, guiadas por sus gritos, generalmente los encuentran en el suelo; pero desde ese día, todos los años, en el aniversario del rapto del Yasí-Yateré, las criaturas sufren de ataques epilépticos.

Según otros, el Yasí-Yateré roba a los niños, no para lamerlos, sino para enseñarles su oficio de raptor, y no falta también quien asegura que no solo roba a las criaturas sino también a las muchachas bonitas, las que son a su vez abandonadas, y el hijo que nace de esta unión, con el tiempo, será Yasí-Yateré.

Esta última versión creo haya sido inventada para justificar ciertos raptos, que no dejan de abundar por aquellas regiones. Si algún mortal puede arrancar al Yasí-Yateré su bastón de oro, adquiere por este solo hecho sus cualidades de Tenorio afortunado.

A pesar de ser invisible el Yasí-Yateré, no faltan algunas personas que aseguren y juren haberlo visto en la forma descripta, cuando eran pequeñas.

Había tratado de averiguar el origen de esta leyenda, sin resultado, cuando la casualidad vino en mi ayuda. Conversando me contaron que, hace pocos años, estando acampado en el interior del Tacurú-Pucú un conocido yerbatero, una noche se levantaron sobresaltados por un ruido, notando inmediatamente la falta de una criatura de pecho que dormía en su cuna, mientras distinguieron el barullo de alguien que disparaba. Corrieron a ese punto, y encontraron efectivamente la criatura en el suelo; al día siguiente vieron en ese lugar rastros humanos, y como andaban los Guayaquís por allí, pronto se dieron cuenta de que había sido uno de esos indios el autor del secuestro.

La costumbre de los indios de robar criaturas y mujeres es, hasta cierto punto, general en todas las tribus y razas, que han considerado siempre a ambos como el mejor botín de guerra.

Además he sabido que, no hace mucho, un cacique caingúá pidió, queriéndoselo llevar, a un muchacho en un rancho, para enseñarle a ser cacique,

dando sin querer con esto una prueba instintiva e inconsciente de selección de raza como elemento de superioridad.

Estos hechos demuestran, hasta cierto punto, que la leyenda del Yasí-Yateré debe tener su origen en ellos, ampliada y modificada, naturalmente, de un modo fantástico, por pueblos en que la Naturaleza ayuda, en gran parte, a sobreexcitar sus cerebros ignorantes.

Juan B. Ambrosetti, *El diablo indígena. Supersticiones y leyendas en la Argentina*, Buenos Aires, Convergencia, 1976.

Tiempos difíciles (selección)

Charles Dickens

La siembra

Capítulo I

Las únicas cosas necesarias

–Pues bien; lo que yo quiero son realidades. No les enseñéis a estos muchachos y muchachas otra cosa que realidades. En la vida solo son necesarias las realidades.

No planteéis otra cosa y arrancad de raíz todo lo demás. Las inteligencias de los animales racionales se moldean únicamente a base de realidades; todo lo que no sea esto no les servirá jamás de nada. De acuerdo con esta norma educo yo a mis hijos, y de acuerdo con esta norma hago educar a estos muchachos. ¡Ateneos a las realidades, caballero!

La escena tenía lugar en la sala abovedada, lisa, desnuda y monótona de una escuela, y el índice, rígido, del que hablaba, ponía énfasis en sus advertencias, subrayando cada frase con una línea trazada sobre la manga del maestro. Contribuía a aumentar el énfasis la frente del orador, perpendicular como un

muro; servían a este muro de base las cejas, en tanto que los ojos hallaban cómodo refugio en dos oscuras cuevas del sótano sobre el que el muro proyectaba sus sombras. Contribuía a aumentar el énfasis la boca del orador, rasgada, de labios finos, apretada. Contribuía a aumentar el énfasis la voz del orador, inflexible, seca, dictatorial. Contribuía a aumentar el énfasis el cabello, erizado en los bordes de la ancha calva, como bosque de abetos que resguardase del viento su brillante superficie, llena de verrugas, parecidas a la costra de una tarta de ciruelas, que daban la impresión de que las realidades almacenadas en su interior no tenían cabida suficiente. La postura rígida, la americana rígida, las piernas rígidas, los hombros rígidos..., hasta su misma corbata, habituada a agarrarle por el cuello con un apretón descompuesto, lo mismo que una realidad brutal, todo contribuía a aumentar el énfasis.

–En la vida, caballero, lo único que necesitamos son realidades, inada más que realidades!

El orador, el maestro de escuela y la otra persona que se hallaba presente se hicieron atrás un poco y pasaron la mirada por el plano inclinado en el que se ofrecían en aquel instante, bien ordenados, los pequeños recipientes, las cabecitas que esperaban que se vertiese dentro de ellas el chorro de las realidades, para llenarlas hasta los mismos bordes.

Capítulo II

El asesinato de los inocentes

Tomás Gradgrind, sí, señor. Un hombre de realidades. Un hombre de hechos y de números. Un hombre que arranca del principio de que dos y dos son cuatro, y nada más que cuatro, y al que no se le puede hablar de que consienta que alguna vez sean algo más. Tomás Gradgrind, sí, señor; un Tomás de arriba abajo este Tomás Gradgrind. Un señor con la regla, la balanza y la tabla de multiplicar siempre en el bolsillo, dispuesto a pesar y medir en todo momento cualquier partícula de la naturaleza humana para deciros con exactitud a cuánto equivale. Un hombre reducido a números, un caso de pura aritmética. Podríaís quizá abrigar la esperanza de introducir una idea fantástica cualquiera en la cabeza de Jorge Gradgrind, de Augusto Gradgrind, de Juan Gradgrind o de José Gradgrind (personas imaginarias e irreales todas ellas); pero en la cabeza de Tomás Gradgrind, ¡jamás!

El señor Gradgrind se representaba a sí mismo mentalmente en estos términos, ya fuese en el círculo privado de sus relaciones o ante el público en general. En estos términos, indefectiblemente, sustituyendo la palabra señor por las de muchachos y muchachas, presentó ahora Tomás Gradgrind a Tomás Gradgrind a todos aquellos jarritos que iban a ser llenados hasta más no poder con realidades.

La verdad es que, al mirarlos con seriedad centelleante desde las ventanas del sótano a que más arriba nos hemos referido, daban al señor Gradgrind la impresión de una especie de cañón atiborrado hasta la boca de realidades y dispuesto a barrer de una descarga a todos los pequeños jarritos lejos de las regiones de la niñez. Daba la impresión también de un aparato galvanizador, cargado con un horrendo sustituto mecánico, del que había que proveer a las tiernas imaginaciones juveniles que iban a ser aniquiladas.

–iNiña número veinte! –voceó el señor Gradgrind, apuntando rígidamente con su rígid índice–. No conozco a esta niña. ¿Quién es esta niña?

–Cecí Jupe, señor –contestó la niña número veinte, poniéndose colorada, levantándose del asiento y haciendo una reverencia.

–Cecí no es ningún nombre –exclamó el señor Gradgrind–. No digas a nadie que te llamas Cecí. Di que te llamas Cecilia.

–Es papá quien me llama Cecí, señor –contestó la muchacha con voz temblona, repitiendo su reverencia.

–No tiene por qué llamarte así –dijo el señor Gradgrind–. Díselo que no debe llamarte así. Veamos, Cecilia Jupe: ¿qué es tu padre?

–Se dedica a eso que llaman equitación, señor; a eso es a lo que se dedica.

El señor Gradgrind frunció el ceño e hizo ademán con la mano de rechazar aquella censurable profesión.

–No queremos saber aquí nada de eso; no nos hables aquí de semejante cosa. Supongo que lo que tu padre hace es domar caballos, ¿no es eso?

–Eso es, señor; siempre que tienen caballos que domar, los doman en la pista, señor.

–No debes hablarnos aquí de la pista. Bien; veamos, pues. Di que tu padre es domador de caballos. Supongo que también los curará cuando están enfermos, ¿no es así?

–iClaro que sí, señor!

–Perfectamente. Entonces tu padre es albéitar y domador. Dame la definición de lo que es un caballo.

Cecí Jupe se queda asustadísima ante semejante pregunta.

–La niña número veinte no es capaz de dar la definición de lo que es un caballo –exclama el señor Gradgrind para que se enteren todos los pequeños jarritos–. ¡La niña número veinte está ayuna de hechos con referencia a uno de los animales más conocidos! Veamos la definición que nos da un muchacho de lo que es el caballo. Tú mismo, Bitzer.

El índice rígido, moviéndose de un lado al otro, cayó súbitamente sobre Bitzer, quizá porque estaba sentado dentro del mismo haz de sol que, penetrando por una de las ventanas de cristales desnudos de aquella sala fuertemente enjalbegada, iluminaba a Cecí. Los niños y las muchachas estaban sentados en plano inclinado y divididos en dos masas compactas por un estrecho pasillo que corría por el centro. Cecí, que ocupaba un extremo de la fila en el lado donde daba el sol, recibía el principio del haz luminoso, del que Bitzer, situado en la extremidad de una fila de la otra división y algunos escalones más abajo, recibía el final.

Pero mientras que la niña tenía los ojos y los cabellos tan negros que resultaban, al reflejar los rayos del sol, de una tonalidad más intensa y de un brillo mayor, el muchacho tenía los ojos y los cabellos tan descoloridos que aquellos mismos rayos de sol parecían despojar a los unos y a los otros del poquísimo color que tenían. Sus ojos no habrían parecido tales ojos a no ser por las cortas pestañas que los dibujaban, formando contraste con las dos manchas de color menos fuerte. Sus cabellos, muy cortos, podrían tomarse como simple prolongación de las amarillentas pecas de su frente y de su rostro. Tenía la piel tan lastimosamente desprovista de su color natural, que daba la impresión de que, si se le diese un corte, sangraría blanco.

–Bitzer –preguntó Tomás Gradgrind–, veamos tu definición del caballo.

–Cuadrúpedo, herbívoro, cuarenta dientes; a saber: veinticuatro molares, cuatro colmillos, doce incisivos. Muda el pelo durante la primavera; en las regiones pantanosas, muda también los cascos. Tiene los cascos duros, pero es preciso calzarlos con herraduras. Se conoce su edad por ciertas señales en la boca.

Esto y mucho más dijo Bitzer.

–Niña número veinte –voceó el señor Gradgrind–, ya sabes ahora lo que es un caballo.

La niña hizo otra genuflexión, y se le habrían subido aun más los colores a la cara si le hubiesen quedado colores en reserva después del sonrojo que había pasado. Bitzer parpadeó rápidamente, mirando a Tomás Gradgrind, y al hacer

ese movimiento, las extremidades temblorosas de sus pestañas brillaron a la luz del sol, dando la impresión de antenas de insectos muy atareados; luego se llevó los nudillos de la mano a la altura de la frente y volvió a sentarse.

Entonces se adelantó el tercer caballero. Era un individuo cuyo fuerte lo constituían la sátira y la ironía; funcionario público; a su modo –y también al de muchísimas otras personas–, un verdadero púgil; siempre bien entrenado, siempre con una doctrina a mano para hacérsela tragar a la gente como una píldora, siempre dejándose oír desde la tribuna de su pequeña oficina pública, pronto a pelearse con todos los ingleses. Siguiendo con la fraseología pugilística –era una verdadera notabilidad para saltar al medio del cuadrilátero, cuando quiera y por lo que fuera, demostrando sus condiciones de individuo agresivo– iniciaba el ataque, cualquiera que fuese el tema de discusión, con la derecha; seguían a esto rápidos izquierdazos, paraba, cambiaba, pegaba de contra, acorralaba a su contrincante en las cuerdas –y su contrincante era toda Inglaterra– y se lanzaba sobre él de manera definitiva. Tenía completa seguridad en derribar por tierra al sentido común, dejando al adversario sordo por más tiempo de la cuenta. Altas autoridades le habían investido con la misión de acelerar la llegada del gran milenio de la burocracia, que traería consigo el reinado terrenal de los jefes de negociado.

–Muy bien –dijo este caballero con una sonrisa vivaracha en los labios y cruzándose de brazos–. Ya sabemos lo que es un caballo. Decidme ahora, muchachas y muchachos, una cosa. ¿Empapelaríais las habitaciones de vuestras casas con papeles que tuviesen dibujados caballos?

Hubo un instante de silencio, y de pronto, la mitad de los niños y niñas gritaron a coro: “¡Sí, señor!”. Pero la otra mitad, que vio en la cara del preguntón que el sí era un error, gritó también a coro: “¡No, señor...!”, que es lo que suele ocurrir en esta clase de exámenes.

–Claro que no. ¿Y por qué no?

Silencio. Un muchacho corpulento, torpón, de respiración fatigosa, se aventuró a responder que él no empapelaría el cuarto de ninguna manera, sino que lo pintaría.

–Es que no tendrías más remedio que empapelarlo –le contestó el caballero con bastante calor.

–Te guste o no te guste, tienes que empapelarlo –dijo el señor Tomás Gradgrind–. No nos vengas con que no lo empapelarías. ¿Qué manera de contestar es esa?

Al cabo de otro silencio lúgubre, dijo el caballero:

–Voy a explicaros el porqué no debéis tapizar las paredes de un cuarto con dibujos de caballo... ¿Habéis visto alguna vez en la vida, en la realidad, que los caballos se suban por las paredes de un cuarto? ¿Lo habéis visto?

–¡Sí, señor! –gritó media clase.

–¡No, señor! –gritó la otra mitad.

El caballero dirigió una mirada de enojo a la mitad equivocada, y dijo:

–¡Claro que no! Pues bien: lo que no se ve en la vida real, no debéis verlo en ninguna parte; no debéis consentir en ninguna parte lo que no se os da en la vida real. El buen gusto no es sino un nombre más de lo real.

Tomás Gradgrind cabeceó su aprobación.

–Esto que os digo constituye una norma novísima, es un descubrimiento, un gran descubrimiento –prosiguió el caballero–. Voy a ver si acertáis en otro ejemplo. Supongamos que estáis a punto de alfombrar una habitación; ¿elegiríais una alfombra que tuviese un dibujo de flores?

La clase había llegado para entonces al convencimiento de que con aquel señor se acertaba siempre contestando que no, y el coro de “¡No!” fue rotundo. Solo algunos rezagados contestaron débilmente que sí. Y entre los rezagados estaba Cecí Jupe. El caballero, sonriendo desde la altura de su sabiduría, dijo:

–Niña número veinte.

Cecí, toda colorada, se levantó.

–De modo que tú alfombrarías tu habitación... o la de tu marido, si fueses más crecida y lo tuvieses..., con dibujos de flores, ¿no es así? ¿Y por qué?

–Si me lo permitís, señor, porque me gustan mucho las flores.

–¿Y porque te gustan colocas encima mesas y sillas, y haces de manera que la gente las pisotee con sus pesadas botas?

–No les harían ningún daño, señor, no las aplastarían ni las ajarían, señor, si me lo permitís. Al ver aquellos dibujos de unos originales lindos y agradables, yo me imaginaría que...

–¡Ay, ay, ay! –exclamó el caballero, muy ufano de que las cosas hubiesen rodado hasta el punto que a él le interesaba–. ¡Nunca debes imaginarte nada! De eso precisamente se trata. No debes dejarte llevar de la imaginación.

–Cecilia Jupe, jamás debes hacerlo –insistió solemnemente Tomás Gradgrind.

–¡Lo real, lo real, lo real! –voceó el caballero.

–¡Lo real, lo real, lo real! –repitió Tomás Gradgrind.

–Guíate en todas las circunstancias y gobiérnate por lo real. No está lejano el día en que tengamos un cuerpo de gobernantes imbuidos de realismo y ese Gobierno estará integrado por jefes de negociado, realistas, que obligarán a las gentes a vivir de acuerdo con la realidad y descartando cuanto no sea realidad. Tenéis que suprimir por completo la palabra *imaginación*. La imaginación no sirve para nada en la vida. En los objetos de uso o adorno rechazaréis lo que está en oposición con lo real. En la vida real no camináis pisando flores; pues tampoco caminaréis sobre flores en las alfombras. ¿Habéis visto alguna vez venir a posarse pájaros exóticos y mariposas en vuestros cacharros de porcelana? Pues es intolerable que pintéis en ellos pájaros exóticos y mariposas. No habéis visto jamás a un cuadrúpedo subirse por las paredes; pues no pintéis cuadrúpedos en ellas. Echad mano –prosiguió el caballero–, para todas esas finalidades, de dibujos matemáticos, combinados o modificados, en colores primarios, dibujos matemáticos, susceptibles de ser probados y demostrados. ¡He ahí el nuevo descubrimiento! Eso es realismo. Eso es buen gusto.

La muchacha hizo una genuflexión, y se sentó. Era muy joven, y pareció asustada por aquella perspectiva de realismo que le ofrecía la vida.

–Bien –dijo el caballero–; ahora, y respondiendo a la invitación que me habéis hecho, señor Gradgrind, si el señor M'Choakumchild tiene la amabilidad de proceder a explicar aquí su primera lección, observaré muy complacido cómo se desenvuelve.

El señor Gradgrind se mostró muy complacido.

–Señor M'Choakumchild, cuando queráis. El señor M'Choakumchild dio comienzo a la tarea con la mejor disposición. Hacía poco que él y otros ciento cuarenta maestros habían salido al mismo tiempo de la misma fábrica, manufacturados de acuerdo con las mismas normas, como otras tantas patas de piano. Había tenido que ejecutar infinidad de habilidades y que responder a volúmenes enteros de problemas en los que había que romperse la cabeza. Tenía en la punta de sus diez helados dedos de la mano la ortografía, la etimología, la sintaxis, la prosodia, la biografía, la astronomía, la geografía, la cosmografía general, las ciencias del cálculo compuesto, el álgebra, la agrimensura, la música vocal y el dibujo de modelos. Había hecho el duro camino que conduce a la lista B del ilustre Consejo privado; había desflorado las más altas ramas de las ciencias físicas y de las matemáticas, el francés, el alemán, el latín y el griego. Se sabía en detalle todas las vertientes de las aguas de los dos

hemisferios (sin exceptuar una) y la historia de todos y cada uno de los pueblos, con los nombres de todos los ríos y montañas, los productos, maneras de ser y costumbres de todas las regiones, sus fronteras y su situación en los treinta y dos puntos de la brújula. El señor M'Choakumchild había trabajado con exceso. Si hubiese aprendido algunas cosas menos, habría estado en situación de enseñar muchas cosas más de una manera infinitamente mejor.

Inició, pues, esta lección preparatoria, algo así como hizo Morgiana en *Los cuarenta ladrones*, es decir, procediendo a ver lo que había en cada uno de los recipientes que tenía delante, uno después de otro. Veamos, buen M'Choakumchild, aunque llenéis cada recipiente hasta los bordes con el hirviente contenido de vuestra sabiduría, ¿creéis acaso que habréis conseguido matar por completo a esa ladrona de imaginación que se oculta en su interior? ¿No la habréis más bien mutilado y pervertido?

Charles Dickens, *Tiempos difíciles*, Buenos Aires, Sana, 1939.

Un bello film

Guillaume Apollinaire

¿Sobre qué conciencia no pesa un crimen? –preguntó el barón d'Ormesan–. Por mi parte, ya no los cuento. He cometido algunos que me produjeron no poco dinero. Y si hoy no soy millonario, debo culpar más bien a mis apetitos que a mis escrúpulos.

En 1901, fundé con algunos amigos la Cinematographic International Company, a la que para abreviar llamábamos C.I.C. Se trataba de producir filmes de gran interés y proyectarlos luego en los cinematógrafos de las principales ciudades de Europa y América. Nuestro programa estaba bien planeado. Gracias a la indiscreción de un mucamo, pudimos obtener una escena interesante: el presidente de la República, en el momento de levantarse de la cama. También logramos cinematografiar el nacimiento del príncipe de

Albania. Por otra parte, sobornando después a precio de oro a algunos funcionarios del Sultán, pudimos fijar para siempre la impresionante tragedia del gran visir Malek-Pacha, quien después de los desgarradores adioses a sus esposas e hijos, bebió el siniestro café, por orden de su amo, en la terraza de su residencia de Pera.

Nos faltaba la representación de un crimen. Pero no se conoce de antemano la hora de una fechoría y es muy raro que los criminales actúen abiertamente. Desesperando de que pudiéramos procurarnos por medios lícitos el espectáculo de un atentado, decidimos organizar uno en una casa que alquilamos en Auteuil. Primeramente habíamos pensado contratar actores para mimar ese crimen que nos faltaba. Pero, además de que con ello hubiésemos engañado a nuestros futuros espectadores, dándoles escenas falsas, habituados como estábamos a no cinematografiar más que la realidad, no podíamos contentarnos con un simple juego teatral por perfecto que fuera. Se nos ocurrió entonces echar suertes para determinar quién de entre nosotros debía sacrificarse y cometer el crimen que nuestra cámara debía registrar. Pero esta perspectiva era ingrata para todos. Después de todo, constituíamos una sociedad de gentes de bien y nadie quería arriesgarse a perder el honor, así fuera con fines comerciales.

Una noche nos ocultamos en la esquina de una calle desierta, muy cerca de la casa que habíamos alquilado. Éramos seis, todos armados con revólveres. Pasó una pareja, un hombre y una mujer jóvenes, cuyo aspecto atildado nos pareció apropiado para dar los elementos más interesantes de un crimen sensacional. Silenciosamente nos arrojamos sobre la pareja y, amarrándolos, los condujimos a la casa. Allí los dejamos al cuidado de uno de los nuestros y volvimos a nuestra emboscada. Apareció un señor de patillas blancas, vestido con traje de noche; fuimos a su encuentro y lo arrastramos a la casa a pesar de su resistencia. Nuestros revólveres dieron razón de su coraje y de sus gritos. Nuestro fotógrafo dispuso su cámara, iluminó la escena convenientemente y se aprestó a registrar el crimen. Cuatro de los nuestros se colocaron a su lado apuntando con sus revólveres a los tres cautivos. Los jóvenes estaban desvanecidos. Los desvestí con atenciones conmovedoras: despojé a la muchacha de la falda y el corsé, dejando al joven en mangas de camisa. Luego, dirigiéndome al señor de frac, le dije:

—Señor, ni mis amigos ni yo deseamos a usted ningún mal. Pero le exigi-

mos, bajo pena de muerte, que asesine con este puñal que pongo a sus pies, a este hombre y a esta mujer. Ante todo, usted tratará de que vuelvan en sí. Tenga cuidado que no lo estrangulen. Y como están desarmados, no cabe duda de que usted logrará su propósito.

–Señor –repuso cortésmente el futuro asesino– debo ceder ante la violencia. Ustedes han tomado sus decisiones y no he de intentar modificarlas, aunque su motivo no se me aparezca claramente; pero le pido una gracia, una sola: permítame cubrirme el rostro.

Nos consultamos y resolvimos que era mejor así, tanto para él como para nosotros. Le apliqué sobre la cara un pañuelo, que previamente había perforado en el lugar de los ojos, y el infeliz comenzó su tarea.

Golpeó al joven en las manos. Nuestro aparato fotográfico empezó a funcionar, registrando esta lúgubre escena.

Con el puñal dio unos puntazos en el brazo de su víctima. El joven se puso de pie de un salto y con una fuerza decuplicada por el espanto se echó sobre la espalda de su agresor. La joven volvió en sí de su desvanecimiento y acudió en ayuda de su amigo. Pero fue la primera en caer, herida de una puñalada en el corazón. Luego le tocó el turno al joven, que cayó herido en la garganta. El asesino hizo las cosas bien. El pañuelo no se había movido durante la lucha, y lo retuvo todo el tiempo que la cámara funcionó.

–¿Están ustedes conformes? –nos preguntó–. ¿Puedo ahora arreglarme un poco?

Lo felicitamos por su labor. Se lavó las manos, se peinó, se cepilló la ropa. Inmediatamente, la cámara se detuvo.

El marinero de Amsterdam

Guillaume Apollinaire

El bergantín holandés *Alkmaar* volvía de Java cargado de especias y otras materias preciosas.

Hizo escala en Southampton y los marineros obtuvieron permiso para bajar a tierra.

Uno de ellos, Hendrijk Wersteeg, llevaba un mono sobre el hombro derecho, un papagayo sobre el izquierdo y, en bandolera, un bulto de telas indias que pensaba vender, en la ciudad junto con los animales.

Era a comienzos de la primavera y la noche aún caía temprano. Hendrijk Wersteeg marchaba a buen paso por las calles algo neblinosas, que la luz de gas iluminaba apenas. El marinero pensaba en su próximo regreso a Amsterdam, en su madre, a quien llevaba tres años sin ver, en su novia, que lo aguardaba en Monikendam. Calculaba cuánto dinero le producirían los animales y las telas, y buscaba un comercio donde pudiera vender esas mercancías exóticas.

En Above Bar Street, un señor muy correcto lo detuvo para preguntarle si buscaba comprador para el papagayo.

–Este pájaro –dijo– me vendría muy bien. Necesito alguien que me hable sin que yo deba responderle, pues vivo solo.

Como la mayoría de los marineros holandeses, Hendrijk Wersteeg hablaba inglés. Fijó un precio que el desconocido aceptó.

–Sígame –dijo este–. Mi casa queda bastante lejos. Usted pondrá el papagayo en una jaula que tengo. Me mostrará usted sus telas y quizás encuentre alguna de mi gusto.

Contento de su inesperado éxito, Hendrijk Wersteeg siguió al gentleman, haciendo durante el camino el elogio de su mono, que, decía, era una especie muy rara, cuyos individuos se adaptan muy bien al clima de Inglaterra y que, además, se encariñan con los amos.

Hendrijk Wersteeg dejó al pronto de hablar. Estaba derrochando sus palabras, pues el desconocido no le respondía y ni siquiera parecía escucharlo.

Continuaron caminando en silencio. Nostálgicos de sus tropicales selvas natales, el mono –asustado por la niebla– soltaba un gemido de niño recién nacido, y el papagayo batía las alas.

Al cabo de una hora de marcha, el desconocido dijo bruscamente:

–Nos estamos acercando a mi casa.

Habían salido de la ciudad. El camino estaba bordeado por grandes parques cercados por verjas. De tanto en tanto, brillaban a través de los árboles las ventanas iluminadas de un cottage; a ratos, en la lejanía, sonaba en el mar el grito siniestro de una sirena.

El desconocido se detuvo ante la reja, sacó una llave del bolsillo y abrió una puerta que volvió a cerrar una vez que entró Hendrijk.

El marinero estaba impresionado. Apenas distinguía en el fondo del jardín una casita de bastante buen aspecto, pero cuyas persianas cerradas no dejaban filtrar ninguna luz..

El silencioso desconocido, la casa sin vida, todo eso era bastante lúgubre. Pero Hendrijk recordó que el desconocido vivía solo. Es un extravagante –pensó–. Y como un marinero holandés no es lo bastante rico como para que alguien piense en desvalijarlo, se avergonzó de sus temores.

* * *

–Si tiene usted fósforos, alúmbreme –dijo el desconocido, introduciendo una llave en la cerradura de la puerta del *cottage*.

El marinero obedeció y, una vez adentro, el desconocido trajo una lámpara que iluminó una sala amueblada con gusto.

Hendrijk Wersteeg estaba ahora completamente tranquilo. Alimentaba la esperanza de que su extraño compañero le compraría buena parte de sus telas.

El desconocido, que había salido de la sala, volvió con una jaula:

–Ponga aquí el papagayo –dijo–. Solo cuando se haya domesticado y sepa decir lo que quiero que diga le pondré sobre una percha.

Después de cerrar la jaula, en la que el pájaro quedó azorado, pidió al marinero que tomara la lámpara y pasara a la habitación vecina, donde había una mesa apropiada para desplegar las telas.

Hendrijk obedeció y entró en la habitación indicada. En seguida escuchó la puerta cerrarse tras él y la llave que giraba en la cerradura. Estaba preso.

Confundido, dejó la lámpara sobre la mesa y quiso arrojarla sobre la puerta para forzarla. Pero una voz lo detuvo:

–¡Un paso más y es hombre muerto, marinero!

Hendrijk levantó la cabeza y vio, por un tragaluz que no habla notado hasta entonces, el caño de un revólver que lo apuntaba. Aterrorizado, se detuvo.

No había lucha posible: su cuchillo de nada le servía en esa circunstancia, y aun un revólver le hubiera resultado inútil. El desconocido, que lo tenía a su merced, se escondía detrás del muro, a un costado del tragaluz, desde donde vigilaba al marinero y por donde pasaba sólo la mano que empuñaba el revólver.

–Escuche bien –dijo el desconocido– y obedezca. El forzado favor que usted me hará le será recompensado. Pero usted no puede elegir. Deberá obedecerme sin chistar, de lo contrario lo mataré como a un perro. Abra el cajón de la mesa... Hay un revólver de seis tiros cargado con cinco balas... Tómelo.

El marinero holandés obedecía casi inconscientemente. En su hombro, el mono lanzaba gritos de terror y temblaba. El desconocido continuó:

–En el fondo del cuarto hay una cortina. Córrala.

Descorrida la cortina, Hendrijk vio una alcoba y en ella, sobre una cama, atada de pies y manos y amordazada, una mujer lo miraba llena de desesperación.

–Desate a esa mujer y quítele la mordaza –dijo el desconocido.

Ejecutada la orden, la mujer, muy joven y de admirable belleza, se acercó al tragaluz y arrodillándose, exclamó:

–Harry, esta es una celada infame. Me has traído a esta casa para asesinar-me. Fingiste haberla alquilado para que pasáramos los primeros tiempos de nuestra reconciliación. Pensaba haberte convencido. ¡Creía que finalmente estabas seguro de que nunca he sido culpable! ¡Harry, Harry, soy inocente!

–No te creo –dijo secamente el desconocido.

–¡Harry, soy inocente! –repitió con estrangulada voz la joven dama.

–Son tus últimas palabras; las guardo cuidadosamente y me las repetirán toda la vida –la voz del desconocido tembló un instante, pero inmediatamente recobró energías–. Te quiero todavía –agregó–; si te amara menos sería yo mismo quien te mataría. Pero me resulta imposible porque te amo... Ahora, marinero, si antes de que yo haya contado hasta diez usted no ha alojado una bala en la cabeza de esta mujer, caerá muerto a sus pies. Uno, dos, tres...

Y antes que el desconocido hubiera llegado al cuatro, Hendrijk, enloquecido, disparó sobre la mujer que, siempre arrodillada, lo miraba fijamente. La víctima cayó de cara al suelo: había recibido el tiro en la frente. Seguidamente, un segundo disparo hecho desde el tragaluz hirió al marinero en la sien dere-

cha. Hendrijk se desplomó contra la mesa, mientras el mono, lanzando agudos chillidos de espanto, buscaba refugio en su blusón.

* * *

Al día siguiente, unos transeúntes que habían oído gritos extraños procedentes de un *cottage* de las afueras de Southampton, avisaron a la policía, que llegó rápidamente y forzó las puertas, encontrando los cadáveres de la joven dama y del marinero.

El mono salió bruscamente del blusón de su amo y saltó a la cara de uno de los policías. Tanto los asustó, que estos dieron unos pasos atrás y lo mataron a tiros antes de atreverse a acercarse de nuevo.

La justicia informó. Pareció evidente que el marinero había matado a la dama y luego se había suicidado. Sin embargo, las circunstancias del drama parecían misteriosas. Los cadáveres fueron identificados sin dificultad, y la gente se preguntaba cómo Lady Finngal, esposa de un par de Inglaterra, pudo haberse encontrado a solas en una aislada casa de campo de las afueras con un marinero llegado la víspera a Southampton.

El propietario de la finca no pudo dar ningún informe satisfactorio para orientar a la justicia. El *cottage* había sido alquilado ocho días antes del drama por un tal Collins, de Manchester, a quien, por otra parte, no se pudo encontrar. El tal Collins usaba anteojos y lucía una larga barba roja, que muy bien podía ser postiza.

El lord llegó de Londres a toda prisa. Adoraba a su mujer y la desesperación que exhibió inspiraba lástima. Como todo el mundo, no comprendía nada de este asunto.

Después del hecho, se retiró de la vida mundana y vive en su casa de Kensington sin otra compañía que un doméstico mudo y un papagayo que repite sin cesar:

—¡Harry, soy inocente!

Werther (fragmento)

Johann Wolfgang von Goethe

21 de noviembre

Ella no ve, no se da cuenta de que está preparando el veneno que nos llevará a la perdición a mí y a ella. ¡Con cuánto placer vaciaré la copa que me ofrece y que será mi fin! ¿Qué sentido tiene esa mirada bondadosa con la que me mira tantas veces –¿tantas?, no, no tantas, pero sí de tanto en tanto–, la benevolencia con la que comprende un gesto involuntario de mis sentimientos, la compasión que aparece en su frente ante mi resignación?

Ayer, al retirarme, me extendió la mano y me dijo:

–Adiós, querido Werther.

¡Querido Werther! Fue la primera vez que me dijo “querido” y me estremecí hasta lo más profundo de la médula. Me lo volví a repetir mil veces y anoche, al acostarme, hablando a solas de pronto digo: “¡buenas noches, querido Werther!”. Después me tuve que reír para mis adentros.

22 de noviembre

No puedo rogar: “¡Déjamela!”. Y sin embargo, a menudo pienso que es solo mía. No puedo rogar: “¡Dámela!” porque pertenece a otro. Mientras tanto me entretengo con mis penas. Si yo mismo me lo permitiera, pronto tendría todo un rosario de antítesis.

24 de noviembre

Ella siente lo que estoy padeciendo. Hoy, su mirada me atravesó el corazón. La encontré sola. No dije nada y me miró. Ya no vi en ella la seductora hermosura, tampoco la luminosidad del espíritu certero, todo había desaparecido de mi vista. Mis ojos vieron una imagen mucho más encantadora, que expresaba la más profunda comprensión, la más dulce compasión. ¿Por qué no me habré echado a sus pies? ¿Por qué no le contesté con un abrazo y mil besos? Buscó refugio yendo al piano y acompañó lo que tocaba con el dulce cantar de una hermosa melodía. Nunca había visto en sus labios tanta tentación. Fue como si los estuviera entreabriendo para absorber los preciosos sonidos que nacían del instrumento, para que solo partieran de su boca tan pura como el más íntimo eco. ¡Ay, si solo pudiera expresarte en palabras lo que sentí! Ya no

resistí más, me incliné e hice un juramento: “labios, a ustedes que albergan un espíritu divino, ¡jamás osaré darles un beso!”. Y sin embargo, sí, lo deseo, ¡ah!, ya lo ves, es como si de pronto apareciera una muralla en lo más íntimo de mi alma; esa dicha, y después hundirme para pagar ese pecado, ¿pecado?

26 de noviembre

A veces me digo: tu destino es único. Los otros sí pueden llamarse felices porque ninguno ha sido atormentado como yo. Después me pongo a leer un poeta antiguo y es como si estuviera viendo mi propio corazón. Tengo tanto que soportar. ¿Es que ya hubo hombres que han sufrido tanto como yo?

Johann Wolfgang von Goethe, *Werther*, Buenos Aires, Colihue, 2001.

Construcción

Chico Buarque

Amó aquella vez como si fuese la última
Besó a su mujer como si fuese la última
Y a cada hijo suyo como si fuese el único
Y atravesó la calle con su paso tímido

Subió a la construcción como si fuese máquina
Alzó en el andamio cuatro paredes sólidas
Ladrillo con ladrillo en un diseño mágico
Sus ojos embotados de cemento y lágrima

Sentose a descansar como si fuese sábado
Comió feijão y arroz como si fuese príncipe
Bebió y sollozó como si fuese un náufrago
Bailó y se rió como si oyese música
Y tropezó en el cielo como si fuese alcohólico
Y flotó en el aire como si fuese un pájaro

Y terminó en el suelo como un paquete flácido
Agonizó en el medio del paseo público
Murió de contramano entorpeciendo el tránsito

Amó aquella vez como si fuese el último
Besó a su mujer como si fuese la única
Y a cada hijo suyo como si fuese el pródigo
Y atravesó la calle con su paso alcohólico

Subió a la construcción como si fuese sólido
Alzó en el andamio cuatro paredes mágicas
Ladrillo con ladrillo en un diseño lógico
Sus ojos embotados de cemento y tránsito

Sentose a descansar como si fuese un príncipe
Comió feijão y arroz como si fuese lo máximo
Bebió y sollozó como si fuese máquina
Danzó y se rió como si fuese el prójimo

Y tropezó en el cielo como si oyese música
Y flotó en el aire como si fuese sábado
Y acabó en el suelo como un paquete tímido
Agonizó en el medio del paseo náufrago
Murió de contramano entorpeciendo al público

Amó aquella vez como si fuese máquina
Beso a su mujer como si fuese lógico
Alzó en el andamio cuatro paredes flácidas
Sentose a descansar como si fuese un pájaro
Y flotó en el aire como si fuese príncipe
Y acabó en el suelo hecho un paquete alcohólico
Murió de contramano entorpeciendo el sábado.

S. Urich y R. Echepare, *Chico Buarque*, Buenos Aires, Garay, 1985. Traducción de Ana Yankillevich Conti para esta antología.

La inmiscusión terrupta

Julio Cortázar

Como no le melga nada que la contradigan, la señora Fifa se acerca a la Tota y ahí nomás le flamenca la cara de un rotundo mofo. Pero la Tota no es inane y de vuelta le arremulga tal acario en pleno tripolio que se lo ladea hasta el copo.

–¡Asquerosa! –brama la señora Fifa, tratando de sonsonarse el ayelmado tripolio que ademenos es de satén rosa. Revoleando una mazoca más bien prolapsa, contracarga a la crimea y consigue marivolarle un sueño a la Tota que se desporrona en diagonía y por un momento horadra el raire con sus abroncojantes bocinomias. Por segunda vez se le arrumba un mofo sin merma a flamencarle las mecochas, pero nadie le ha desmunido el encuadre a la Tota sin tener que alanchufarse su contragofia, y así pasa que la señora Fifa contrae una plica de miercolamas a media resma y cuatro peticuras de esas que no te dan tiempo al vocifugio, y en eso están arremulgándose de ida y de vuelta cuando se ve precivenir al doctor Feta que se inmoluye inclótu-mo entre las gladiofantas.

–¡Payahás, payahás! –crona el elegantiorum, sujetirando de las desmecen-zas empebufantes. No ha terminado de halar cuando ya le están manocruiendo el fano, las colotas, el rijo enjuto y las nalcunias, mofo que arriba y sueño al medio y dos miercolanas que para qué.

–¿Te das cuenta? –sinterruge la señora Fifa.

–¡El muy cornaputo! –vociflama la Tota.

Y ahí nomás se recompalmean y fraternulian como si no se hubieran estado polichantando más de cuatro cafotos en plena tetamancia; son así las tofi-fas y las fitotas, mejor es no terruptarlas porque te desmunen el persiglotio y se quedan tan plopas.

Julio Cortázar, *Último round*, México, Siglo XXI, 1991.

Poema 1467*

Emily Dickinson

la pequeña palabra desbordante
de la que nadie, oyéndola, diría
que esconde ardor o lágrimas.
Pero aunque pasen las generaciones,
maduren las culturas y decaigan,
sigue diciendo.

W. Whitman, E. Dickinson, W. Williams, *Tres poetas norteamericanos*, Bogotá,
Norma, 1991.

Poema 1472*

Emily Dickinson

el cielo de verano es poesía
aunque no esté en un libro. Los poemas
verdaderos son huidizos.

W. Whitman, E. Dickinson, W. Williams, *Tres poetas norteamericanos*, Bogotá,
Norma, 1991.

* La numeración de los poemas de Emily Dickinson corresponde a la primera edición de su poesía completa, preparada por Thomas H. Johnson, que se publicó en 1955 bajo el título *The Poems of Emily Dickinson: Including variant readings critically compared with all known manuscripts* (Cambridge, Harvard University Press).

Código Morse

Alberto Muñoz

No fue culpa mía
haber tardado tanto en leer
tardado en escribir.
No es mi culpa que
bellota no vaya con v corta
como varrera
varita
vastón.
El abuelo sabía el código
Morse y nos escribía
a todos el nombre
en el aire.
Yo me llamaba: tac tac
tac tac tac.
Aprendí a leer con el oído
golpes en el aire
o gallinas
con las uñas sobre las
valdosas: tac tac tac tac
el nombre de mi hermano.
Las pelotitas de los árboles
sobre las chapas de zinc
haciéndole levantar
las orejas al perro.
Que culpa tengo yo
Que Banesa mi prometida
me corrija las iniciales
en la costra de los arboles
que va con v corta y yo la
pongo como Bictoria que
fue la anterior y que perdimos
un hijo que se iba a llamar

toc toc toc toc toc como
el abuelo que era un hombre
del ferrocarril del cual heredo
ese amor por el bicho carpintero
que escribe de corrido todo
lo que quiere
en vez de bolar.

Alberto Muñoz, *Trenes*, Buenos Aires, Ediciones En Danza, 2002.

Poema 135*

Emily Dickinson

aprendemos el agua de la sed
y de la travesía de los mares la tierra,
el arrebato de la angustia
y la paz del recuento de batallas,
el amor de su hueco memorioso,
de la nieve los pájaros.

W. Whitman, E. Dickinson, W. Williams, *Tres poetas norteamericanos*,
Bogotá, Norma, 1991.

* Ver nota de página 81.

Poema 749*

Emily Dickinson

todo –salvo la muerte– puede ser corregido:
las dinastías restauradas,
los sistemas repuestos en sus sitios,
las ciudadelas derruidas.

Los desechos de vida zurcidos en colores
por sucesivas primaveras.
La muerte sola –es su meollo–
está exenta de cambio.

W. Whitman, E. Dickinson, W. Williams, *Tres poetas norteamericanos*,
Bogotá, Norma, 1991.

Desayuno

Jacques Prévert

Echó café
En la taza
Echó leche
En la taza de café
Echó azúcar
En el café con leche
Con la cucharilla
Lo revolvió
Bebió el café con leche

* Ver nota de página 81.

Dejó la taza
Sin hablarme
Encendió un cigarrillo
Hizo anillos
De humo
Volcó la ceniza
En el cenicero
Sin hablarme
Sin mirarme
Se puso de pie
Se puso
El sombrero
Se puso el impermeable
Porque llovía
Y se marchó
Bajo la lluvia
Sin decir palabra
Sin mirarme
Y me cubrí
La cara con las manos
Y lloré.

Jacques Prévert, *Palabras*, Buenos Aires, Compañía General Fabril Editora, 1982.

Mi noche triste

Pascual Contursi

Percanta que me amuraste
en lo mejor de mi vida
dejándome el alma herida
y espina en el corazón,
sabiendo que te quería,
que vos eras mi alegría
y mi sueño abrasador;
para mí ya no hay consuelo
y por eso me encurdelo
pa' olvidarme de tu amor.

Cuando voy a mi cotorro
lo encuentro desarreglado,
todo triste, abandonado,
me dan ganas de llorar,
me detengo largo rato
campaneando tu retrato
pa' poderme consolar.

Ya no hay en el bulín
aquellos lindos frasquitos
adornados con moñitos
todos de un mismo color,
y el espejo está empañado,
si parece que ha llorado
por la ausencia de tu amor.

De noche, cuando me acuesto,
no puedo cerrar la puerta,
porque dejándola abierta
me hago ilusión que volvés.
Siempre llevo bizcochitos

pa' tomar con matecito
como cuando estabas vos.
Y si vieras la catrera
cómo se pone Cabrera
cuando no nos ve a los dos.

La guitarra en el ropero
todavía está colgada,
nadie en ella canta nada
ni hace sus cuerdas vibrar.
Y la lámpara del cuarto
también tu ausencia ha sentido
porque su luz no ha querido
mi noche triste alumbrar.

Juan Carlos Martini Real (comp.), *Los mejores poemas de la poesía argentina*, Buenos Aires, Corregidor, 1976.

Luna

Ricardo Güiraldes

Luna que haces ulular a los perros y a los poetas.
Faro de tiza
astro en camisa.

Disco, casco y guadaña, colgada al hombro de la noche,
representante de la muerte.
Impotente
intermitente.

Parásito luminoso del sol, chinchorro giratorio de

nuestra barca sideral.

Ronda vejiga
pálida miga.

Surtidora de falsas purezas. Frígido ovillo.

Pulcro botón de calzoncillo.

Nadie te teme; todos te quieren. Inofensivo bollo de
harina sin importancia.

Blanca jactancia.

Sudario de azoteas. Velador de noctámbulos.

Orgullo hinchado
de trasnochado.

Luna, muerte, maleficio,
gorda madama del precipicio.

Ojalá se ahogue dentro de un charco
tu ojo zarco.

Ángel caído en frialdad, per-ineternum.

Mundo maldito,
me importa un pito.

Juan Carlos Martini Real (comp.), *Los mejores poemas de la poesía argentina*, Buenos Aires, Corregidor, 1976.

Del 1 al 25 Leo Maslíah

Uno de los empleados, Bermúdez, pidió para irse dos horas antes. Eran las tres y todavía le faltaba tornear cuatro casquillos.

–Mi hijo, el de cinco años –explicó–, está con seis de presión. Me preocupa.

–¡La gran siete, eso es grave! –contestó el jefe–. Vaya y llame al doctor Ochoa.

–Su hijo tiene nueve vidas –dijo este, cuando examinó al niño–. No sé cómo aguanta. Quizá mejore más rápido si se distrae con algo. Tome.

Le entregó *Diez indiecitos*, de Agatha Christie, y se fue. Su auto no arrancaba. Se tuvo que ir en el once. Después de andar doce cuadras, se cansó y paró en un quiosco. Le jugó a la quiniela al trece a la cabeza.

Salió el catorce. El doctor se empacó y por quince días no volvió a apostar. Pero eso pasó hace mucho. Hoy en día, el hijo de Bermúdez tiene dieciséis años (para diecisiete) y siempre va al cine a ver películas no aptas para menores de dieciocho. Él cumple el diecinueve de junio, pero lo anotaron el veinte. Sin embargo, junta boletos de veintiuno y escucha 22 Universal.* Su novia, que le lleva veintitrés años, tiene un anillo de oro de veinticuatro quilates y veinticinco quilos de más.

Leo Maslíah, *Carta a un escritor latinoamericano y otros insultos*, Buenos Aires, Ediciones en Danza, 2007.

* Emisora uruguaya de radio.

Escribo oraciones de cinco palabras

Leo Maslíah

Roberto consultó nuevamente su reloj. Ya eran casi las seis. ¿Valía la pena seguir esperando? Seguramente había surgido algún contratiempo. No se la podía culpar. Elena quería conservar su matrimonio. Y Roberto no estaba enamorado. Elena era esposa de Jorge. Jorge era su mejor amigo. Pero siempre despreciaba a Elena. Por eso ella era infiel. Con Roberto, se sentía hermosa. Pero una cosa estaba clara. Este desliz era algo pasajero. No figuraba entre sus prioridades. Cualquier inconveniente doméstico podía postergarlo. Tal vez habían llegado visitas. O quizá Jorge estuviera mimoso. O había empezado a sospechar. Eso era bastante poco probable. Ellos siempre habían tomado precauciones. Buscaban hoteles en zonas apartadas. Se registraban bajo nombres falsos. Entraban y salían con máscaras. Una vez habían sido detenidos. Los habían tomado por asaltantes. Ellos hablaron con el comisario. Le revelaron sus motivos secretos. Conmovido, él no quiso retenerlos. Les propuso un acuerdo justo. Su silencio sería pagadero mensualmente. Así, la policía no interferiría. Elena y Roberto habían aceptado. Pagaban un mes cada uno. El mes corriente estaba pago. Pero no había habido encuentros. Era dinero gastado en vano. Y ahora Elena seguía demorando. ¿Había decaído quizá su interés? Roberto decidió esperar media hora. Si ella no venía, adiós. No la vería nunca más. Para distraerse, encendió la televisión. Estaban transmitiendo un noticiero local. Informaban sobre accidentes de tránsito. Roberto reconoció el Simca rosado. Un camión lo había arrollado. Las cámaras mostraron los cadáveres. Elena tenía los ojos abiertos. Parecía querer decir “Roberto, perdoname. No voy a poder llegar”. Él dejó inmediatamente el hotel. Fue al lugar del choque. La policía lo había acordonado. Los paramédicos embolsaban los cuerpos. Roberto trató de abrirse paso. Jorge ya se encontraba allí. Estaba llorando junto al auto. Roberto le transmitió su pésame. Y trató de darle consuelo. Los dos amigos se abrazaron. “Una pérdida irreparable”, dijo Roberto.* El otro estuvo de acuerdo. Simca era una marca discontinuada. Y no se conseguían repuestos.

Leo Maslíah, *Carta a un escritor latinoamericano y otros insultos*, Buenos Aires, Ediciones en Danza, 2007.

* El comisario también resultó perjudicado. Dejó de cobrar su mensualidad. Su presupuesto familiar se achicó. Su hija dejó el inglés.

El manual del perfecto cuentista

Horacio Quiroga

Una larga frecuentación de personas dedicadas entre nosotros a escribir cuentos, y alguna experiencia personal al respecto, me han sugerido más de una vez la sospecha de si no hay, en el arte de escribir cuentos, algunos trucos de oficio, algunas recetas de cómodo uso y efecto seguro, y si no podrían ellos ser formulados para pasatiempo de las muchas personas cuyas ocupaciones serias no les permiten perfeccionarse en una profesión mal retribuida por lo general y no siempre bien vista.

Esta frecuentación de los cuentistas, los comentarios oídos, el haber sido confidente de sus luchas, inquietudes y desesperanzas, han traído a mi ánimo la convicción de que, salvo contadas excepciones en que un cuento sale bien sin recurso alguno, todos los restantes se realizan por medio de recetas o trucos de procedimiento al alcance de todos, siempre, claro está, que se conozcan su ubicación y su fin.

Varios amigos me han alentado a emprender este trabajo, que podríamos llamar de divulgación literaria, si lo de literario no fuera un término muy avanzado para una anagnosia elemental.

Un día, pues, emprenderé esta obra altruista, por cualquiera de sus lados, y piadosa, desde otros puntos de vista.

Hoy apuntaré algunos de los trucos que me han parecido hallarse más a flor de ojo. Hubiera sido mi deseo citar los cuentos nacionales cuyos párrafos extracto más adelante. Otra vez será. Contentémonos por ahora con exponer tres o cuatro recetas de las más usuales y seguras, convencidos de que ellas facilitarán la práctica cómoda y casera de lo que se ha venido a llamar el más difícil de los géneros literarios.

Comenzaremos por el final. Me he convencido de que, del mismo modo que en el soneto, el cuento empieza por el fin. Nada en el mundo parecería más fácil que hallar la frase final para una historia que, precisamente, acaba de concluir. Nada, sin embargo, es más difícil.

Encontré una vez a un amigo mío, excelente cuentista, llorando, de codos sobre un cuento que no podía terminar. Faltábale solo la frase final. Pero no la veía, sollozaba, sin lograr verla así tampoco.

He observado que el llanto sirve por lo general en literatura para vivir el

cuento, al modo ruso; pero no para escribirlo. Podría asegurarse a ojos cerrados que toda historia que hace sollozar a su autor al escribirla, admite matemáticamente esta frase final:

“¡Estaba muerta!”.

Por no recordarla a tiempo su autor, hemos visto fracasar más de un cuento de gran fuerza. El artista muy sensible debe tener siempre listos, como lágrimas en la punta de su lápiz, los admirativos.

Las frases breves son indispensables para finalizar los cuentos de emoción recóndita o contenida. Una de ellas es:

“Nunca volvieron a verse”.

Puede ser más contenida aun:

“Solo ella volvió el rostro”.

Y cuando la amargura y un cierto desdén superior priman en el autor, cabe esta sencilla frase:

“Y así continuaron viviendo”.

Otra frase de espíritu semejante a la anterior, aunque más cortante de estilo:

“Fue lo que hicieron”.

Y esta, por fin, que por demostrar gran dominio de sí e irónica suficiencia en el género, no recomendaría a los principiantes:

“El cuento concluye aquí. Lo demás, apenas si tiene importancia para los personajes”.

Esto no obstante, existe un truco para finalizar un cuento, que no es precisamente final, de gran efecto siempre y muy grato a los prosistas que escriben también en verso. Es este el truco del “leitmotiv”.

Final: “Allá a lo lejos, tras el negro páramo calcinado, el fuego apagaba sus últimas llamas...”.

Comienzo del cuento: “Silbando entre las pajas, el fuego invadía el campo, levantando grandes llamaradas. La criatura dormía...”.

De mis muchas y prolijas observaciones, he deducido que el comienzo del cuento no es, como muchos desean creerlo, una tarea elemental. “Todo es comenzar”. Nada más cierto, pero hay que hacerlo. Para comenzar se necesita, en el noventa y nueve por ciento de los casos, saber a dónde se va. “La primera palabra de un cuento –se ha dicho– debe ya estar escrita con miras al final”.

De acuerdo con este canon, he notado que el comienzo exabrupto, como si ya el lector conociera parte de la historia que le vamos a narrar, proporcio-

na al cuento insólito vigor. Y he notado asimismo que la iniciación con oraciones complementarias favorece grandemente estos comienzos. Un ejemplo:

“Como Elena no estaba dispuesta a concederlo, él, después de observarla fríamente, fue a coger su sombrero. Ella, por todo comentario, se encogió de hombros”.

Yo tuve siempre la impresión de que un cuento comenzado así tiene grandes posibilidades de triunfar. ¿Quién era Elena? Y él, ¿cómo se llamaba? ¿Qué cosa no le concedió Elena? ¿Qué motivos tenía él para pedírselo? ¿Y por qué observó fríamente a Elena, en vez de hacerlo furiosamente, como era lógico de esperar?

Véase todo lo que del cuento se ignora. Nadie lo sabe. Pero la atención del lector ya ha sido cogida por sorpresa, y esto constituye un desiderátum, en el arte de contar.

He anotado algunas variantes a este truco de las frases secundarias. De óptimo efecto suele ser el comienzo condicional:

“De haberla conocido a tiempo, el diputado hubiera ganado un saludo, y la reelección. Pero perdió ambas cosas”.

A semejanza del ejemplo anterior, nada sabemos de estos personajes presentados como ya conocidos nuestros, ni de quién fuera tan influyente dama a quien el diputado no reconoció. El truco del interés está, precisamente, en ello.

“Como acababa de llover, el agua goteaba aún por los cristales. Y el seguir las líneas con el dedo fue la diversión mayor que desde su matrimonio hubiera tenido la recién casada”.

Nadie supone que la luna de miel pueda mostrarse tan parca de dulzura al punto de hallarla por fin a lo largo de un vidrio en una tarde de lluvia.

De estas pequeñas diabluras está constituido el arte de contar. En un tiempo se acudió a menudo, como a un procedimiento eficacísimo, al comienzo del cuento en diálogo. Hoy el misterio del diálogo se ha desvanecido del todo. Tal vez dos o tres frases agudas arrastren todavía; pero si pasan de cuatro el lector salta en seguida. “No cansar”. Tal es, a mi modo de ver, el apotegma inicial del perfecto cuentista. El tiempo es demasiado breve en esta miserable vida para perderselo de un modo más miserable aún.

De acuerdo con mis impresiones tomadas aquí y allá, deduzco que el truco más eficaz (o eficiente, como se dice en la Escuela Normal), se lo halla en el uso de dos viejas fórmulas abandonadas, y a las que en un tiempo, sin embar-

go, se entregaron con toda su buena fe los viejos cuentistas. Ellas son:

“Era una hermosa noche de primavera” y “Había una vez...”.

¿Qué intriga nos anuncian estos comienzos? ¿Qué evocaciones más insípidas, a fuerza de ingenuas, que las que despiertan estas dos sencillas y calmas frases? Nada en nuestro interior se violenta con ellas. Nada prometen ni nada sugieren a nuestro instinto adivinatorio. Puédese, sin embargo, confiar en su éxito... si el resto vale. Después de meditarlo mucho, no he hallado a ambas recetas más que un inconveniente: el de despertar terriblemente la malicia de los cultores del cuento. Esta malicia profesional es la misma con que se acogería el anuncio de un hombre al que se dispusiera a revelar la belleza de una dama vulgarmente encubierta: “¡Cuidado! ¡Es hermosísima!”.

Existe un truco singular, poco practicado, y, sin embargo, lleno de frescura cuando se lo usa con mala fe.

Este truco es el del lugar común. Nadie ignora lo que es en literatura el lugar común. “Pálido como la muerte” y “Dar la mano derecha por obtener algo” son dos bien característicos.

Llamamos lugar común de buena fe al que se comete arrastrado inconscientemente por el más puro sentimiento artístico; esta pureza de arte que nos lleva a loar en verso el encanto de las grietas de los ladrillos del andén de la estación del pueblecito de Cucullú, y la impresión sufrida por estos mismos ladrillos el día que la novia de nuestro amigo, a la que solo conocíamos de vista, por casualidad los pisó.

Esta es la buena fe. La mala fe se reconoce en la falta de correlación entre la frase hecha y el sentimiento o circunstancia que la inspiran.

Ponerse pálido como la muerte ante el cadáver de la novia es un lugar común. Deja de serlo cuando al ver perfectamente viva a la novia de nuestro amigo, palidecemos hasta la muerte.

“Yo insistía en quitarle el lodo de los zapatos. Ella, riendo, se negaba. Y, con un breve saludo, saltó al tren, enfangada hasta el tobillo. Era la primera vez que yo la veía; no me había seducido, ni interesado, ni he vuelto más a verla. Pero lo que ella ignora es que, en aquel momento, yo hubiera dado con gusto la mano derecha por quitarle el barro de los zapatos”.

Es natural y propio de un varón perder su mano por un amor, una vida o un beso. No lo es ya tanto darla por ver de cerca los zapatos de una desconocida. Sorprende la frase fuera de su ubicación psicológica habitual; y aquí está la mala fe.

El tiempo es breve. No son pocos los trucos que quedan por examinar. Creo firmemente que si añadimos a los ya estudiados el truco de la contraposición de adjetivos, el del color local, el truco de las ciencias técnicas, el del estilista sobrio, el del folklore, y algunos más que no escapan a la malicia de los colegas, facilitarán todos ellos en gran medida la confección casera, rápida y sin fallas, de nuestros mejores cuentos nacionales...

Horacio Quiroga, *Los "trucos" del perfecto cuentista y otros escritos*, Buenos Aires, Alianza, 1993.

El corazón delator

Edgar Allan Poe

¡Es cierto! Siempre he sido nervioso, muy nervioso, terriblemente nervioso. ¿Pero por qué afirman ustedes que estoy loco? La enfermedad había agudizado mis sentidos, en vez de destruirlos o embotarlos. Y mi oído era el más agudo de todos. Oía todo lo que puede oírse en la tierra y en el cielo. Muchas cosas oí en el infierno. ¿Cómo puedo estar loco, entonces? Escuchen... y observen con cuánta cordura, con cuánta tranquilidad les cuento mi historia.

Me es imposible decir cómo aquella idea me entró en la cabeza por primera vez; pero, una vez concebida, me acosó noche y día. Yo no perseguía ningún propósito. Ni tampoco estaba colérico. Quería mucho al viejo. Jamás me había hecho nada malo. Jamás me insultó. Su dinero no me interesaba. Me parece que fue su ojo. ¡Sí, eso fue! Tenía un ojo semejante al de un buitre... Un ojo celeste, y velado por una tela. Cada vez que lo clavaba en mí se me helaba la sangre. Y así, poco a poco, muy gradualmente, me fui decidiendo a matar al viejo y librarme de aquel ojo para siempre.

Presten atención ahora. Ustedes me toman por loco. Pero los locos no saben nada. En cambio... ¡si hubieran podido verme! ¡Si hubieran podido ver con qué habilidad procedí! ¡Con qué cuidado... con qué previsión... con qué disimulo me puse a la obra! Jamás fui más amable con el viejo que la semana

antes de matarlo. Todas las noches, hacia las doce, hacía yo girar el picaporte de su puerta y la abría... ¡oh, tan suavemente! Y entonces, cuando la abertura era lo bastante grande para pasar la cabeza, levantaba una linterna sorda, cerrada, completamente cerrada, de manera que no se viera ninguna luz, y tras ella pasaba la cabeza. ¡Oh, ustedes se hubieran reído al ver cuán astutamente pasaba la cabeza! La movía lentamente... muy, muy lentamente, a fin de no perturbar el sueño del viejo. Me llevaba una hora entera introducir completamente la cabeza por la abertura de la puerta, hasta verlo tendido en su cama. ¿Eh? ¿Es que un loco hubiera sido tan prudente como yo? Y entonces, cuando tenía la cabeza completamente dentro del cuarto, abría la linterna cautelosamente... ¡oh, tan cautelosamente! Sí, cautelosamente iba abriendo la linterna (pues crujían las bisagras), la iba abriendo lo suficiente para que un solo rayo de luz cayera sobre el ojo de buitre. Y esto lo hice durante siete largas noches... cada noche, a las doce... pero siempre encontré el ojo cerrado, y por eso me era imposible cumplir mi obra, porque no era el viejo quien me irritaba, sino el mal de ojo. Y por la mañana, apenas iniciado el día, entraba sin miedo en su habitación y le hablaba resueltamente, llamándole por su nombre con voz cordial y preguntándole cómo había pasado la noche. Ya ven ustedes que tendría que haber sido un viejo muy astuto para sospechar que todas las noches, justamente a las doce, iba yo a mirarle mientras dormía.

Al llegar la octava noche, procedí con mayor cautela que de costumbre al abrir la puerta. El minutero de un reloj se mueve con más rapidez de lo que se movía mi mano. Jamás, antes de aquella noche, había *sentido* el alcance de mis facultades, de mi sagacidad. Apenas lograba contener mi impresión de triunfo. ¡Pensar que estaba ahí, abriendo poco a poco la puerta, y que él ni siquiera soñaba con mis secretas intenciones o pensamientos! Me reí entre dientes ante esta idea, y quizá me oyó, porque le sentí moverse repentinamente en la cama, como si se sobresaltara. Ustedes pensarán que me eché hacia atrás... pero no. Su cuarto estaba tan negro como la pez, ya que el viejo cerraba completamente las persianas por miedo a los ladrones; yo sabía que le era imposible distinguir la abertura de la puerta, y seguí empujando suavemente, suavemente.

Había ya pasado la cabeza y me disponía a abrir la linterna, cuando mi pulgar resbaló en el cierre metálico y el viejo se enderezó en el lecho, gritando: —¿Quién está ahí?

Permanecí inmóvil, sin decir palabra. Durante una hora entera no moví un

solo músculo, y en todo ese tiempo no oí que volviera a tenderse en la cama. Seguía sentado, escuchando... tal como yo lo había hecho, noche tras noche, mientras escuchaba en la pared los taladros cuyo sonido anuncia la muerte.

Oí de pronto un leve quejido, y supe que era el quejido que nace del terror. No expresaba dolor o pena... ¡oh, no! Era el ahogado sonido que brota del fondo del alma cuando el espanto la sobrecoge. Bien conocía yo ese sonido. Muchas noches, justamente a las doce, cuando el mundo entero dormía, surgió de mi pecho, ahondando con su espantoso eco los terrores que me enloquecían. Repito que lo conocía bien. Comprendí lo que estaba sintiendo el viejo y le tuve lástima, aunque me reía en el fondo de mi corazón. Comprendí que había estado despierto desde el primer leve ruido, cuando se movió en la cama. Había tratado de decirse que aquel ruido no era nada, pero sin conseguirlo. Pensaba: "No es más que el viento en la chimenea... o un grillo que chirrió una sola vez". Sí, había tratado de darse ánimo con esas suposiciones, pero todo era en vano. *Todo era en vano*, porque la Muerte se había aproximado a él, deslizándose furtiva, y envolvía a su víctima. Y la fúnebre influencia de aquella sombra imperceptible era la que le movía a sentir –aunque no podía verla ni oírla–, a *sentir* la presencia de mi cabeza dentro de la habitación.

Después de haber esperado largo tiempo, con toda paciencia, sin oír que volviera a acostarse, resolví abrir una pequeña, una pequeñísima ranura en la linterna. Así lo hice –no pueden imaginarse ustedes con qué cuidado, con qué inmenso cuidado, hasta que un fino rayo de luz, semejante al hilo de la araña, brotó de la ranura y cayó de lleno sobre el ojo de buitre.

Estaba abierto, abierto de par en par... y yo empecé a enfurecerme mientras le miraba. Le vi con toda claridad, de un azul apagado y con aquella horrible tela que me helaba hasta el tuétano. Pero no podía ver nada de la cara o del cuerpo del viejo, pues, como movido por un instinto, había orientado el haz de luz exactamente hacia el punto maldito.

¿No les he dicho ya que lo que toman erradamente por locura es solo una excesiva agudeza de los sentidos? En aquel momento llegó a mis oídos un resonar apagado y presuroso, como el que podría hacer un reloj envuelto en algodón. Aquel sonido *también* me era familiar. Era el latir del corazón del viejo. Aumentó aún más mi furia, tal como el redoblar de un tambor estimula el coraje de un soldado.

Pero, incluso entonces, me contuve y seguí callado. Apenas si respiraba.

Sostenía la linterna de modo que no se moviera, tratando de mantener con toda la firmeza posible el haz de luz sobre el ojo. Entretanto, el infernal latir del corazón iba en aumento. Se hacía cada vez más rápido, cada vez más fuerte, momento a momento. El espanto del viejo tenía que ser terrible. ¡Cada vez más fuerte, más fuerte! ¿Me siguen ustedes con atención? Les he dicho que soy nervioso. Sí, lo soy. Y ahora, a medianoche, en el terrible silencio de aquella antigua casa, un resonar tan extraño como aquel me llenó de un horror incontrolable. Sin embargo, me contuve todavía algunos minutos y permanecí inmóvil. ¡Pero el latido crecía cada vez más fuerte, más fuerte! Me pareció que aquel corazón iba a estallar. Y una nueva ansiedad se apoderó de mí... ¡Algún vecino podía escuchar aquel sonido! ¡La hora del viejo había sonado! Lanzando un alarido, abrí del todo la linterna y me precipité en la habitación. El viejo clamó una vez... nada más que una vez. Me bastó un segundo para arrojarle al suelo y echarle encima el pesado colchón. Sonreí alegremente al ver lo fácil que me había resultado todo. Pero, durante varios minutos, el corazón siguió latiendo con un sonido ahogado. Claro que no me preocupaba, pues nadie podría escucharlo a través de las paredes. Cesó, por fin, de latir. El viejo había muerto. Levanté el colchón y examiné el cadáver. Sí, estaba muerto, completamente muerto. Apoyé la mano sobre el corazón y la mantuve así largo tiempo. No se sentía el menor latido. El viejo estaba bien muerto. Su ojo no volvería a molestarme.

Si ustedes continúan tomándome por loco, dejarán de hacerlo cuando les describa las astutas precauciones que adopté para esconder el cadáver. La noche avanzaba, mientras yo cumplía mi trabajo con rapidez, pero en silencio. Ante todo descuarticé el cadáver. Le corté la cabeza, brazos y piernas.

Levanté luego tres planchas del piso de la habitación y escondí los restos en el hueco. Volví a colocar los tablones con tanta habilidad que ningún ojo humano –ni siquiera el suyo– hubiera podido advertir la menor diferencia. No había nada que lavar... ninguna mancha... ningún rastro de sarape. Yo era demasiado precavido para eso. Una cuba había recogido todo... ¡ja, ja!

Cuando hube terminado mi tarea eran las cuatro de la madrugada, pero seguía tan oscuro como a medianoche. En momentos en que se oían las campanadas de la hora, golpearon a la puerta de la calle. Acudí a abrir con toda tranquilidad, pues ¿qué podía temer *ahora*?

Hallé a tres caballeros, que se presentaron muy civilmente como oficiales de

policía. Durante la noche, un vecino había escuchado un alarido, por lo cual se sospechaba la posibilidad de algún atentado. Al recibir este informe en el puesto de policía, habían comisionado a los tres agentes para que registraran el lugar.

Sonreí, pues... ¿qué tenía que temer? Di la bienvenida a los oficiales y les expliqué que yo había lanzado aquel grito durante una pesadilla. Les hice saber que el viejo se había ausentado a la campaña. Llevé a los visitantes a recorrer la casa y los invité a que revisaran, a que revisaran *bien*. Finalmente, acabé conduciéndolos a la habitación del muerto. Les mostré sus caudales intactos y cómo cada cosa se hallaba en su lugar. En el entusiasmo de mis confianzas traje sillas a la habitación y pedí a los tres caballeros que descansaran *allí* de su fatiga, mientras yo mismo, con la audacia de mi perfecto triunfo, colocaba mi silla en el exacto punto bajo el cual reposaba el cadáver de mi víctima.

Los oficiales se sentían satisfechos. Mis modales los habían convencido. Por mi parte, me hallaba perfectamente cómodo. Sentáronse y hablaron de cosas comunes, mientras yo les contestaba con animación. Mas, al cabo de un rato, empecé a notar que me ponía pálido y deseé que se marcharan. Me dolía la cabeza y creía percibir un zumbido en los oídos; pero los policías continuaban sentados y charlando. El zumbido se hizo más intenso; seguía resonando y era cada vez más intenso. Hablé en voz muy alta para librarme de esa sensación, pero continuaba lo mismo y se iba haciendo cada vez más clara... hasta que, al fin, me di cuenta de que aquel sonido no se producía *dentro* de mis oídos.

Sin duda, debí de ponerme muy pálido, pero seguí hablando con creciente soltura y levantando mucho la voz. Empero, el sonido aumentaba... ¿y qué podía hacer yo? Era *un resonar apagado y presuroso...*, *un sonido como el que podría hacer un reloj envuelto en algodón*. Yo jadeaba, tratando de recobrar el aliento, y, sin embargo, los policías no habían oído nada. Hablé con mayor rapidez, con vehemencia, pero el sonido crecía continuamente. Me puse en pie y discutí sobre insignificancias en voz muy alta y con violentas gesticulaciones; pero el sonido crecía continuamente. ¿Por qué *no se iban*? Anduve de un lado a otro, a grandes pasos, como si las observaciones de aquellos hombres me enfurecieran; pero el sonido crecía continuamente. ¿Oh Dios! ¿Qué podía *hacer* yo? Lancé espumarajos de rabia... maldije... juré... Balanceando la silla sobre la cual me había sentado, raspé con ella las tablas del piso, pero el sonido sobrepujaba todos los otros y crecía sin cesar. ¡Más alto... más alto... *más alto!* Y entretanto los hombres seguían charlando plácidamente y sonriendo. ¿Era

posible que no oyeran? ¡Santo Dios! ¡No, no! ¡Claro que oían y que sospechaban! ¡Sabían... y se estaban burlando de mi honor! ¡Sí, así lo pensé y así lo pienso hoy! ¡Pero cualquier cosa era preferible a aquella agonía! ¡Cualquier cosa sería más tolerable que aquel escarnio! ¡No podía soportar más tiempo sus sonrisas hipócritas! ¡Sentí que tenía que gritar o morir, y entonces... otra vez... escuchen... más fuerte... más fuerte... más fuerte... *más fuerte!*

–¡Basta ya de fingir, malvados! –aullé–. ¡Confieso que lo maté! ¡Levanten esos tablones! ¡Ahí... ahí! ¡Donde está latiendo su horrible corazón!

Edgar Allan Poe, *Cuentos completos*, Bogotá, Círculo de lectores, 1956.

en la orilla de la Isla...

Edgardo Pígoli

en la orilla de la Isla
encontró al Cuco peleando
contra Gran Ciencia
los miró con atención y prometió
que escribiría algo sobre ellos el próximo día.

amanecía.
el Cuco dormía boca abajo,
con su cara cubierta de arena.
el Come se le sentó
en la espalda y
escribió su historia con una aguja.

Edgardo Pígoli, *La Chinezca*. Ediciones del Dock, Buenos Aires, 1998.

Vuelo. 1917

Joseph Conrad

Para empezar por el final, diré que el “aterrizaje” me sorprendió como una especie de choque leve y “sordo” característico.

No sin cierta razón puedo llamarme una criatura anfibia. Gran parte de mi existencia, más o menos la mitad, la he pasado en estrecho contacto con el agua salada, y teóricamente no se me ocultaba que esta no es un cuerpo elástico: sin embargo, fue solo en ese momento cuando tuve una convicción absoluta de ello. Recuerdo claramente el pensamiento que pasó entonces por mi mente:

“¡Por Júpiter, no es elástica!”.

Esa es la iluminadora fuerza de una particular experiencia.

Este aterrizaje (en las aguas del mar del Norte) lo efectuamos en un biplano Short luego de una hora y veinte minutos de vuelo. Cuento cada minuto como el avaro que repasa su fortuna pues, si lo que tengo ya es mío, no es probable que aumente la cuenta.

Sentimientos de la edad.

Al escribir estas líneas se me ocurre que la próxima vez que abandone la superficie de este planeta no será para planear corporalmente por encima de él en los aires. Todo lo contrario. Y no estoy pensando ahora en submarinos...

Pero abandonemos esta vena triste y vayamos al principio. Debo confesar que inicié ese vuelo en un estado, no diré de cólera, pero sí de gran irritación. No recuerdo haberme sentido más enfadado en mi vida.

Ocurrió así. Dos o tres días antes había sido invitado a almorzar en una estación de la RNAS, donde fui extremadamente bien acogido por el mejor grupo de jóvenes que hubiera sido posible reunir o hubiera podido conocer en toda mi vida. Más tarde me acompañaron a los cobertizos. Deambulé respetuosamente entre un cúmulo de máquinas de todas clases, y a medida que mi mente se llenaba de tantas y tantas imágenes, tanto más sentía que, a pesar del notable efecto que causaban en mí, igual podrían haber sido, por lo que a mí concernía, extraños vehículos terrestres de diseño excéntrico. De modo que le dije al comandante O., quien amablemente había asumido las funciones de guía: “Todo esto está muy bien, pero para tener conciencia real de qué es lo que uno está viendo es evidente que hace falta haber crecido prácticamente con ello”.

Mi acompañante replicó sin pérdida de tiempo: “Mañana le daremos un paseo por los aires, si usted lo desea”.

Advertí que se refería a los socorridos “diez minutos en el aire”; lo que yo deseaba era, en todo caso, una experiencia real. El comandante O. me aseguró que terminaría “extremadamente aburrido”, pero yo insistí en mis deseos de correr semejante riesgo. “Muy bien, a las once de la mañana, entonces –concluyó–. En punto. No se retrase”.

Lamentablemente llegué unos dos minutos tarde, lo cual fue suficiente para que el comandante O. me recibiera con una estentórea observación desde lo lejos: “¡Oh, así que viene, después de todo!”.

“Naturalmente”, le contesté con fingida indignación.

En unas pocas zancadas se puso a mi lado. “De acuerdo. Ahí está su máquina y ese es su piloto. ¡Vamos!”

Un montón de oficiales nos rodearon y me condujeron a una dependencia de la base. Entre dos me abotonaron un capote de vuelo; otros dos pugnaban por encasquetarme un extraño tocado, y otros me presentaban gafas de vuelo, prismáticos, en fin, todo cuanto parecía ser propio del caso... Yo no alcanzaba a comprender la necesidad de tanta premura. No íbamos a vérnoslas con Fritz, quien desde hacía algún tiempo brillaba por su ausencia de nuestros azules dominios. Aquellos magníficos muchachos no parecían reparar en mi edad –cincuenta y ocho, ya–, ni en la gota que me aqueja desde hace años. Esta despreocupación me resultaba muy halagadora; así que traté de estar a la altura de las circunstancias en todo momento pese a que, a decir verdad, me aterrorizaban en la celeridad de su desarrollo. Por último, y casi en volandas me llevaron hasta el borde del agua.

La máquina se me antojó enorme y, en efecto, imponente. Mi joven piloto ascendió a ella con la agilidad de una ardilla. Había una escala de mano, robusta y amplia, junto a uno de los cobertizos, a poco más de cinco metros de donde nos hallábamos, pero como nadie pareció prestar especial atención al hecho me encomendé a Dios y me dispuse a trepar tras el piloto. La visión próxima de la fragilidad real de aquella estructura rígida me asombró, en impresión, confieso que de manera ciertamente penosa, mientras que el comandante O. contribuía a mi mayor desconcierto al no dejar de advertirme “Fíjese dónde pone el pie. No. ¡Ahí no!”. La verdad es que al poco tiempo ya no sabía qué hacer de mis extremidades, fueran manos o pies. Se oyó un leve

crujido, al que siguieron varias maldiciones ahogadas por parte de algunos de los presentes; por fin, con supremo esfuerzo final logré acomodarme, ya sin aliento, en un asiento que más parecía un simple cesto de mimbre. Un grupo de mecánicos y de pilotos inactivos me contemplaban desde el suelo; mientras luchaba por introducir nuevamente algo de aire en mis pulmones, abriendo y cerrando la boca cual pez sacado fuera de su líquido elemento, pensé que atribuirían mi desasosiego a simple nerviosismo. Pero yo seguía sin aliento suficiente para asomar la cabeza y gritarles:

“¡No se trata de nada de eso, saben!”.

En general trato de no pensar en mi edad ni en mis enfermedades; no es un tema que me estimule demasiado, pero jamás me he sentido tan molesto y disgustado con ellas que durante aquel minuto, más o menos, previo a la carrera de la aeronave por las aguas. En cuanto a mis sentimientos en el aire, quienes lean estas líneas conocerán los suyos, mucho más próximos a la mente y al corazón de lo que puedan estarlo nunca las impresiones literarias al respecto por parte de un lego en la materia. Al principio, todas mis facultades se vieron absorbidas y casi neutralizadas por la simple novedad de la situación. El primer sentido en reaparecer fue el de la seguridad, que me resultaba más perfecta que en cualquier embarcación menor de las muchas que he conocido; el segundo fue la inmovilidad, por así decir material, pese a tratarse de un día más bien agitado. Muy pronto dejé de oír el rugido del viento y de los motores; es decir, a menos que fallara alguno de los cilindros, circunstancia de la que todo mi ser resultaba consciente inmediatamente. Inmerso en la rígida estructura de aquellos poderosos aviones a menudo me asaltaba la sensación de formar parte de un bloque de mármol suspendido en el aire. Incluso cuando contemplaba la sombra del aeroplano desplazándose a gran velocidad sobre la tierra o las aguas sobrevoladas. Supongo que si la nave hubiera caído en picada súbitamente, perdiendo el control, yo habría llegado al impacto final sin que en mi corazón se produjera ni un solo latido adicional; estoy seguro de que ni siquiera me habría dado cuenta de ello. No sería el caso, sin duda, del hombre que controlaba la nave.

Pero no cayó en picada y regresé a tierra (tras un vuelo de una hora y veinte minutos) sin haberme sentido “aburrido” un solo instante. Descendí del avión por la escala colocada al efecto, pensando que jamás volvería a volar. No, nunca más; no fuera que la misteriosa fascinación de la experiencia, cuya invisi-

ble ala había rozado y conmovido mi corazón allá en las alturas, se transformara en vano lamento en un hombre demasiado viejo ya para semejante gloria.

Joseph Conrad, *Notas de vida y letras*, Barcelona, Ediciones B, 1987 (adaptación).

Felicidad

Katherine Mansfield

A pesar de sus treinta años, Bertha Young todavía experimentaba momentos en los que quería correr en lugar de andar, subir y bajar la acera dando unos pasos de baile, hacer rodar un aro, lanzar algo al aire y agarrarlo después, o estarse quieta y reírse de... nada, sencillamente de nada.

¿Qué puede hacer uno cuando tiene treinta años y al doblar la esquina, de pronto le invade un sentimiento de felicidad –como si estuviera en la gloria–, como si de repente se hubiera tragado un trozo de ese sol brillante del atardecer y siguiera ardiendo en su pecho, enviando una lluvia de chispas hacia cada partícula, hacia cada dedo de sus manos y de sus pies...?

¿Acaso no hay forma de expresar este sentimiento sin estar “borracha y alborotada”? ¡Qué idiota es la civilización! ¿Para qué te dan un cuerpo si luego tienes que tenerlo encerrado en una caja como si fuera un valioso violín Stradivarius?

“No, la comparación con el violín no expresa exactamente lo que quería decir –pensó, corriendo escaleras arriba, buscando la llave en el bolso (que, como de costumbre, siempre olvidaba) y repiqueteando con los dedos sobre el buzón–. No es lo que quiero decir, porque...”.

–Gracias, Mary –dijo al pasar al recibidor–. ¿Ha regresado la niñera?

–Sí, señora.

–¿Y ha llegado la fruta?

–Sí, señora, todo ha llegado.

–Sube la fruta al comedor, ¿quieres? La arreglaré antes de ir arriba.

El comedor estaba a media luz y hacía bastante frío. Pero de todas mane-

ras Bertha se despojó del abrigo; no podía resistir un momento más aquel agobio, y el aire fresco descendió sobre sus brazos.

Pero en su pecho aún sentía aquel lugar resplandeciente, encendido... con su lluvia de pequeñas chispas. Era casi insoportable. Casi no se atrevía a respirar por miedo a avivarlo más, y sin embargo respiraba hondo, muy hondo. Casi no se atrevía a mirar en el frío espejo, pero al fin miró, y el espejo le devolvió la imagen de una mujer radiante, con los labios temblorosos y sonrientes, con ojos grandes y oscuros y un aire de estar escuchando, esperando... que ocurriera algo divino..., algo que ella sabía que iba a ocurrir... infaliblemente.

Mary trajo la fruta en una bandeja junto con un cuenco de cristal y un bonito plato azul, con un extraño brillo, como si hubiera estado sumergido en leche.

—¿Enciendo la luz, señora?

—No, gracias. Así está bien.

Había mandarinas y manzanas con manchas color de fresa. Algunas peras amarillas, suaves como la seda, unas uvas blancas cubiertas de un polvillo plateado y un gran racimo de uvas moradas.

Estas últimas las había comprado para que hicieran juego con la nueva alfombra del comedor. Sí, ciertamente sonaba un poco exagerado y absurdo, pero esa fue la razón por que las compró. En la tienda había pensado: “Tengo que llevarme algunas de las moradas para hacer resaltar la alfombra”. Y en aquel momento le había parecido muy sensato.

Terminada su labor, luego de levantar dos pirámides con aquellas formas redondas y brillantes, dio un paso atrás para comprobar su efecto: era realmente muy curioso, porque la mesa oscura parecía fundirse en la penumbra y el cuenco de cristal y el plato azul parecían flotar en el aire.

Naturalmente, en su presente estado de ánimo, esto resultaba increíblemente hermoso... Empezó a reír.

“No, no. Me estoy poniendo histérica.” Recogió su bolso y su abrigo y subió corriendo las escaleras hacia el cuarto de los niños.

La niñera estaba sentada ante una mesa baja dándole la cena a la pequeña Bertha después del baño. La niña llevaba un camisón de franela blanca y un jersey de lana azul; tenía su cabello fino y moreno cepillado hacia arriba, formando un divertido bucle. Cuando vio a su madre, se levantó y empezó a saltar por aquí y por allá.

–Vamos, bonita, sé buena y cómetelo todo –dijo la niñera frunciendo los labios de una forma que Bertha conocía bien, y que indicaba que había vuelto a entrar en el cuarto de los niños en un mal momento.

–¿Ha sido buena niña, Nanny?

–Ha sido un encanto toda la tarde –susurró la niñera–. Fuimos al parque y yo me senté en un banco y la saqué de su cochecito, y entonces vino un perro grande, apoyó su cabeza en mi rodilla y ella le agarró las orejas y se la estiró. Ay, ¡si la hubiese visto!

Bertha quería preguntar si no era un poco peligroso dejarla tocar las orejas de un perro desconocido. Pero no se atrevió. Se quedó de pie mirándolas, con las manos caídas, como una niña pobre que mira a una niña rica con una muñeca.

La bebé volvió a levantar la vista y la miró fijamente. Después sonrió de una manera tan encantadora que Bertha no pudo contenerse y dijo:

–Oh, Nanny, déjeme terminar de darle la cena mientras usted guarda las cosas del baño.

–No sé, señora, no debería cambiar de manos mientras está comiendo –dijo la niñera, todavía susurrando–. Eso la desequilibra; es muy probable que se ponga nerviosa.

Qué absurdo. ¿Para qué tener un bebé si lo tienes que guardar, no en una caja como un valioso violín, sino en brazos de otra mujer?

–¡Oh, démela! –dijo.

Muy ofendida, la niñera se la entregó.

–Bueno, pero no la excite después de cenar. Ya sabe que lo hace, señora. ¡Y después hace tanto lío!

¡Menos mal! La niñera salió de la habitación llevándose las toallas.

–Ahora te tengo para mí sola, preciosa –dijo Bertha mientras la niña se recostaba contra ella.

Al comer era encantadora: alzaba los labios en espera de la cuchara y después movía los bracitos. A veces no soltaba la cuchara y otras, tan pronto como Bertha la había llenado, la agitaba y esparcía su contenido a los cuatro vientos.

Cuando hubo terminado la sopa, Bertha se volvió hacia el fuego.

–Eres bonita, ¡muy bonita! –dijo, mientras besaba a su cálido bebé–. Te tengo mucho cariño. Te adoro.

Y era verdad, quería tanto a la pequeña Bertha –su cuello al inclinar la cabeza, sus delicados deditos de los pies que brillaban casi translúcidos a la luz

del fuego–, que todo aquel sentimiento de felicidad perfecta volvió a apoderarse de ella y una vez más no supo cómo expresarlo, qué hacer con él.

–La llaman por teléfono –dijo la niñera regresando con aire triunfal y agarrando a su pequeña Bertha.

Bajó volando. Era Harry.

–¿Ah, eres tú Ber? Escucha. Llegaré tarde. Tomaré un taxi y llegaré tan pronto como pueda, pero retrasa la cena diez minutos, ¿quieres? ¿De acuerdo?

–Sí, perfectamente. Ah, ¡Harry!

–¿Sí?

¿Qué tenía que decir? Nada. Sólo quería conectar con él un momento. Sería absurdo exclamar: “¡Ha sido un día divino!”.

–¿Qué quieres? –decía la vocecilla lejana.

–Nada. *Entendu* –dijo Bertha, y colgó el teléfono, pensando en lo verdaderamente idiota que era la civilización.

Tenían gente a cenar. Los Knight –una pareja muy sólida–, él estaba a punto de abrir un teatro y ella estaba muy interesada en la decoración de interiores; un joven, Eddie Warren, que acababa de publicar un librito de poemas y a quien todo el mundo estaba invitando a cenar; y un “descubrimiento” de Bertha que se llamaba Pearl Fulton. Bertha no sabía qué hacía la señorita Fulton. Se habían conocido en un club y Bertha se había enamorado de ella, como siempre le sucedía con las mujeres hermosas que tenían cierto aire extraño.

Lo que la intrigaba era que, aunque se habían visto, habían estado juntas bastantes veces y habían hablado en profundidad, Bertha todavía no la conocía bien. Hasta cierto punto la señorita Fulton era extraordinaria y maravillosamente franca, pero el límite estaba ahí, y de ahí no pasaba.

¿Había algo más en la señorita Fulton? Harry decía que no. Opinaba que era aburrida, y “fría como todas las mujeres rubias, quizá con un toque de anemia en el cerebro”. Pero Bertha no estaba de acuerdo con él: por el momento, al menos.

–No, esa manera que tiene de sentarse con la cabeza un poco ladeada, sonriendo, oculta algo, Harry, y yo tengo que descubrir qué es ese algo.

–Probablemente sea un buen estómago –contestó Harry.

Se empeñaba en contradecir a Bertha con contestaciones de ese estilo... “tiene el hígado congestionado, querida”, o “pura flatulencia”, o “una enfermedad del riñón”... y cosas así. Por alguna extraña razón eso le gustaba a Bertha y casi le admiraba por ello.

Entró en el salón y encendió el fuego; después, cogiendo uno por uno los almohadones que Mary había colocado con tanto esmero, los arrojó otra vez sobre las sillas y los sofás. ¡Qué diferencia! Así sí la habitación tenía vida. Cuando estaba a punto de arrojar el último se sorprendió a sí misma apretándolo contra su cuerpo apasionadamente. Pero eso no apagó el fuego de su pecho. ¡Al contrario!

Las ventanas del salón daban a un balcón que dominaba el jardín. Al fondo, contra el muro, había un peral alto y esbelto, henchido de riquísima flor; estaba perfecto, inmóvil, perfilándose contra el cielo verde jade. Bertha estaba segura, incluso desde aquella distancia, de que no tenía ni un solo capullo, ni siquiera un pétalo marchito. Más abajo, en los parterres del jardín, los tulipanes rojos y amarillos, en plena floración, parecían recostarse contra la penumbra. Un gato gris, arrastrando el vientre, se deslizaba a través del césped, y otro negro, lo seguía como su sombra. Aquella visión tan marcada y súbita hizo que Bertha sintiera un extraño estremecimiento.

–¡Qué escalofrantes son los gatos! –balbuceó. Se alejó de la ventana y empezó a pasear de arriba abajo...

¡Qué fuerte olían los narcisos en la habitación caliente! ¿Demasiado? Oh, no. Sin embargo, como vencida, se echó sobre el sofá y se restregó los ojos con las manos.

–¡Soy demasiado feliz..., demasiado feliz! –murmuró.

Y le parecía estar viendo sobre sus párpados el hermoso peral con sus grandes flores abiertas como símbolo de su propia vida.

Realmente..., realmente lo tenía todo. Era joven. Harry y ella estaban tan enamorados como siempre, se llevaban espléndidamente y eran muy buenos compañeros. Tenía un bebé adorable. No tenían que preocuparse por el dinero. Tenían una casa y un jardín absolutamente satisfactorios. Y amigos; amigos modernos y estimulantes, escritores, pintores y poetas, o gente interesada en cuestiones sociales; precisamente la clase de amigos que a ellos les gustaba. Y luego estaban los libros, y la música, y había encontrado una modista

maravillosa, y este verano iban a marcharse al extranjero, y su nueva cocinera hacía unas tortillas riquísimas...

–Soy absurda. ¡Absurda! Se incorporó; pero se sentía muy mareada, como ebria. Debía de ser la primavera.

Sí, era la primavera. Ahora se sentía tan cansada que apenas podía arrastrarse hacia arriba para vestirse.

Un vestido blanco, un collar de cuentas de jade, zapatos y medias verdes. La combinación no era casual. Había planeado este conjunto horas antes de haber estado frente a la ventana del salón.

Sus pétalos crujieron suavemente al entrar en el vestíbulo, y besó a la señora de Norman Knight, que se estaba quitando un abrigo naranja divertidísimo, con una procesión de monos negros rodeando el dobladillo y subiendo hasta las solapas.

–... ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué la clase media es tan sosa? ¡Tan completamente falta de sentido del humor! Te aseguro querida, que estoy aquí de pura casualidad y ha sido solo gracias a Norman. Porque mis queridos monitos molestaron tanto en el tren que todos me comieron con la mirada. No reían –no lo encontraban divertido–, cosa que me hubiera encantado. No, solo miraban, me perforaban con la mirada.

–Pero lo mejor de todo –dijo Norman, poniéndose un gran monóculo de concha en el ojo–, ¿no te importa que lo cuente, verdad, Rostro? (En casa y entre amigos se llamaban Rostro y Bobo.) Lo más divertido fue cuando ella, completamente harta, se volvió hacia la señora que tenía a su lado y le dijo: “¿Es la primera vez que ve un mono?”.

–¡Ah, sí! –la señora de Norman Knight se rió con ellos–. ¿Verdad que fue de lo más exquisito?

Y lo más divertido era que ahora que se había quitado el abrigo toda ella parecía un monito muy inteligente, un monito que incluso se había hecho aquel vestido de seda amarilla con pieles de plátano raspadas. Y sus pendientes de ámbar: parecían nueces que se balanceaban.

–¿Esto sí que es venir a menos! –exclamó Bobo, deteniéndose delante del cochecito de la pequeña Bertha–. Cuando el cochecito se instala en el vestíbulo... –y dejó el final de la frase en el aire.

Sonó el timbre. Era el delgado y pálido Eddie Warren, en un estado de tremenda angustia (como siempre).

–¿Es esta la casa, no? –preguntó con voz lastimosa.

–Oh, creo que sí..., espero que sí –respondió Bertha alegremente.

–Nunca he tenido una experiencia tan *terrible* con un taxista; era un hombre de lo *más* siniestro. No lograba hacerle *parar*. Cuanto *más* llamaba y golpeaba en el cristal, más *rápido* iba. Y a la luz de la luna esa figura *extraña* con la cabeza *aplastada* que se *inclinaba* sobre el *pequeño* volante...

Se estremeció, mientras se quitaba un largo pañuelo de seda blanca. Bertha se dio cuenta de que sus calcetines también eran blancos: encantador.

–¡Qué horrible! –exclamó.

–Sí, verdaderamente lo fue –dijo Eddie, siguiéndola hasta el salón–. Me veía *conducido* a través de la Eternidad en un taxi *intemporal*.

Eddie conocía a Norman Knight. De hecho iba a escribir una obra de teatro para él cuando su proyecto de nuevo teatro se concretara.

–Bueno, Warren, ¿cómo va la obra? –preguntó Norman Knight, dejando caer su monóculo, y dándole al ojo un momento para recuperarse y salir a la superficie antes de que volviese a quedar aprisionado.

Y la señora de Norman Knight:

–Oh, señor Warren, ¿qué calcetines tan alegres!

–Estoy *tan* contento de que le gusten –dijo él mirándose fijamente los pies–; parece que se han vuelto mucho más *blancos* desde que salió la luna.

Y volvió su cara joven y melancólica hacia Bertha.

–*Hay* luna, ¿sabes?

Ella quería gritar: “Estoy segura de que la hay... a menudo... ¡a menudo!”.

Realmente era una persona muy atractiva. También lo eran Rostro, acurrucada junto al fuego con sus pieles de plátano, y Bobo, fumando un cigarrillo y diciendo mientras tiraba con el dedo la ceniza: “¿Por qué se retrasa el novio?”.

–Aquí llega.

¡Pum!, hizo la puerta al abrirse y cerrarse. Harry gritó:

–Hola, gente. Bajaré dentro de cinco minutos.

Y le oyeron trepar escaleras arriba. Bertha no pudo contener la sonrisa; sabía cuánto le gustaba hacer las cosas con mucho apremio. Al fin y al cabo, ¿qué importaban unos minutos de más? Pero él se convencería a sí mismo que importaban una enormidad. Después, como dándole mucha importancia, entraría en el salón extravagantemente frío y tranquilo.

Harry tenía tanto entusiasmo por la vida. Ah, cuánto lo admiraba por ello. Y su pasión por luchar –por buscar en cada cosa que se alzaba en su contra otra prueba de su poder y valor–, eso también lo entendía. Incluso cuando eso le hacía parecer, en ocasiones, y sólo a personas que no lo conocían bien, tal vez un poco ridículo... Porque había momentos en que se lanzaba a la batalla donde no había ninguna... Bertha habló y rió y se olvidó por completo –hasta que él entró (exactamente como ella había imaginado que lo haría)– de que Pearl Fulton no había llegado.

–¿Crees que la señorita Fulton se habrá olvidado?

–Supongo que sí –dijo Harry–. ¿Tiene teléfono?

–¡Ah! Ahí llega un taxi. –Y Bertha sonrió con esa expresión de propietaria que asumía cuando sus hallazgos femeninos eran nuevos y misteriosos–. Vive en los taxis.

–Se volverá gorda si lo hace –dijo Harry fríamente, haciendo sonar la campanilla para la cena–. Un gran peligro para las rubias.

–Harry, no seas así –le advirtió Bertha mirándolo y riendo.

Pasó otro pequeño instante, mientras esperaban, riendo y hablando, demasiado cómodos, demasiado inconscientes.

Y entonces la señorita Fulton, toda vestida de plata, con una redecilla plateada recogiendo el cabello rubio claro, entró sonriendo, con la cabeza un poco ladeada.

–¿Llego tarde?

–No. En absoluto –dijo Bertha–. Vamos.

La tomó del brazo y se trasladaron al comedor.

¿Qué había en el roce de aquella piel fría que conseguía avivar..., avivar..., hacer arder..., arder el fuego de la felicidad perfecta con la que Bertha no sabía qué hacer?

La señorita Fulton no la miró; pero es que ella rara vez miraba a la gente directamente. Sus pesados párpados descansaban sobre sus ojos y la extraña media sonrisa iba y venía de sus labios como si viviera más escuchando que viendo. Pero de repente Bertha supo, como si la más larga de las miradas se hubiera cruzado entre ellas –como si se hubieran dicho: “¿Tú también?”– que Pearl Fulton, mientras removía la hermosa sopa roja en el plato gris, sentía exactamente lo que ella estaba sintiendo.

¿Y los demás? Rostro y Bobo, Eddie y Harry, subiendo y bajando sus cucharas, secándose los labios con la servilleta, haciendo migas con el pan, jugando con los tenedores y los vasos, hablando.

–La conocí en la exposición de Alpha; una persona rarísima. No sólo se había cortado el pelo, sino que además parecía que había dado un tremendo tizeretazo a sus piernas, brazos y cuello, y a su pobre naricilla también.

–¿No está muy *liée* con Michael Oat?

–¿El hombre que escribió *Amor con dentadura postiza*?

–Quiere escribir una obra para mí. Un solo acto. Un solo personaje. Decide suicidarse. Da todas las razones por las que debe y por las que no debe hacerlo. Y en el momento en que toma la decisión de hacerlo, o de no hacerlo: telón. No es mala idea.

–¿Cómo va a titularlo, “Dolor de estómago”?

–*Creo* que he visto la *misma* idea en una pequeña revista francesa, completamente desconocida en Inglaterra.

No, ellos no lo compartían. Eran un encanto –un verdadero encanto– y ella adoraba tenerlos allí, en su mesa, dándoles comida y vino deliciosos. De hecho, tenía ganas de decirles lo encantadores que eran, que formaban un grupo espléndido, cada uno hacía resaltar a los demás y ¡cuánto le recordaban una obra de Chéjov!

Harry estaba disfrutando de su cena. Era parte de su –no de su carácter, exactamente, y tampoco de su postura–, su... algo... hablar de comida y vanagloriarse de su “desvergonzada pasión por la carne blanca de la langosta” y “el verde de los helados de pistacho; verde y frío como los párpados de las bailarinas egipcias”.

Cuando él alzó la vista, la miró y dijo “Bertha, ¡este *soufflé* es admirable!”, Bertha hubiera podido llorar de placer, de un placer casi infantil.

Oh, ¿por qué sentía tanta ternura hacia todo el mundo esta noche? Todo era bueno, todo estaba bien. Todo lo que pasaba parecía volver a llenar otra vez su rebosante taza de felicidad.

Y sin embargo, en el fondo de su mente estaba el peral. Ahora estaba plateado, a la luz de la luna del pobre Eddie, plateado como la señorita Fulton, que estaba ahí sentada dándole vueltas a una mandarina con sus dedos delgados, tan pálidos que una luz parecía emanar de ellos.

Lo que sencillamente no podía entender –lo que era milagroso– era cómo

había adivinado el estado de ánimo de la señorita Fulton tan exactamente, tan instantáneamente. Porque no dudaba ni por un momento de que estaba en lo cierto, y sin embargo, ¿cuál era la señal? Menos que nada.

“Creo que esto pasa muy, muy raramente entre mujeres. Nunca entre hombres –pensó Bertha–. Pero mientras estoy haciendo el café en el salón quizá me ‘dé una señal’”.

No sabía lo que había querido decir con eso, ni podía imaginarse lo que podía ocurrir después.

Mientras estaba pensando así, se vio a sí misma hablando y riendo. Tenía que hablar para calmar su deseo de reír.

“Si no me río, me muero”.

Pero cuando se dio cuenta de la divertida costumbre de Rostro de meter algo en su escote –como si también allí tuviera guardado un montoncito secreto de nueces– Bertha tuvo que clavarse las uñas en las palmas de la mano, para no reír demasiado.

Por fin habían terminado.

–Vengan a ver mi nueva cafetera –dijo Bertha.

–Solo tenemos cafetera nueva una vez cada quince días –dijo Harry. Esta vez fue Rostro quien la tomó por el brazo; la señorita Fulton inclinó la cabeza y la siguió.

El fuego se había apagado en el salón. Quedaba algo, rojo y vacilante, “un nido de diminutas aves fénix”, según dijo Rostro.

–Espera un momento, no subas la luz. Es tan bonito –y de nuevo se acurrucó cerca del fuego. Siempre tenía frío... “sin su chaquetita de franela roja, por supuesto”, pensó Bertha.

En ese momento la señorita Fulton le dio “la señal”.

–¿Tienes jardín? –preguntó la fría y soñolienta voz.

Fue algo tan exquisito por su parte que todo lo que pudo hacer Bertha fue obedecer. Cruzó la habitación, corrió las cortinas y abrió los amplios ventanales.

–¡Ahí lo tienes! –dijo con un suspiro.

Y las dos mujeres permanecieron de pie, una junto a la otra, admirando el esbelto árbol en flor. A pesar de estar tan quieto, parecía la llama puntiaguda de una vela que se estiraba hacia arriba, titilaba en el aire limpio, crecía mientras miraban... hasta casi tocar el borde de la redonda luna plateada.

¿Cuánto tiempo estuvieron así, las dos, como atrapadas en aquel halo de luz sobrenatural, comprendiéndose perfectamente, criaturas de otro mundo, y preguntándose qué debían hacer en este con ese maravilloso tesoro que se consumía en sus pechos y que se dejaba caer, en forma de flores plateadas, de su cabello y de sus manos?

¿Para siempre, durante un instante? Y ¿había susurrado la señorita Fulton: “Sí. Precisamente eso”? ¿O acaso lo había soñado Bertha?

Entonces alguien encendió la luz y Rostro hizo el café y Harry dijo: “Mi querida señora Knight, no me pregunte por mi bebé. No la veo nunca. No tendré el más mínimo interés en ella hasta que tenga un amante”, y Bobo sacó el ojo del invernadero durante un instante y después volvió a colocarlo bajo el cristal, y Eddie Warren bebió el café y depositó la taza con expresión de angustia como si al terminar de beber hubiese visto una araña.

—Lo que quiero hacer es dar una oportunidad a los jóvenes. Creo que Londres está repleto de buenísimas obras que todavía no se han escrito. Lo que quiero decirles es: “Aquí está el teatro. Disparen”.

—¿Sabes, querida?, voy a decorar una habitación para los Jacob Nathan. Ay, estoy tan tentada de hacerlo con el tema de pescado frito, con los respaldos de las sillas en forma de sartenes y unas hermosas patatas fritas bordadas en las cortinas.

—El problema con nuestros jóvenes escritores es que todavía son demasiado románticos. No puedes hacerte a la mar sin marearte y necesitar una palangana. Dime, ¿por qué no ven el valor de esas palanganas?

—Un poema *horrible* sobre una *joven* que es *violada* por un mendigo *sin* nariz en un pequeño bosque...

La señorita Fulton se hundió en la butaca más baja y profunda y Harry pasó los cigarrillos.

Por la forma en que permanecía delante de ella agitando la caja de plata y diciendo bruscamente: “¿Egipcios? ¿Turcos? ¿De Virginia? Están todos mezclados”, Bertha se percató de que no solo le aburría; realmente le desagradaba. Y por el modo como la señorita Fulton dijo “No, gracias, no fumaré”, concluyó que también ella se daba cuenta y estaba dolida.

“Oh, Harry, procura que no te desagrade. La juzgas equivocadamente. Es maravillosa, maravillosa. Además, ¿cómo puedes tener sentimientos tan distintos de los míos sobre una persona que significa tanto para mí? Esta noche,

cuando estemos en la cama, intentaré explicarte lo que ha estado pasando. Lo que ella y yo hemos compartido.”

Algo extraño y casi terrorífico cruzó la mente de Bertha al pensar esas palabras. Y ese algo ciego y sonriente le susurró al oído: “Pronto esta gente se marchará. La casa quedará en silencio..., en silencio. Las luces estarán apagadas. Y él y tú estarán solos y juntos en la habitación oscura..., en el lecho caliente...”.

Saltó de la butaca y corrió hacia el piano.

–¡Qué pena que nadie toque! –exclamó–. ¡Qué pena que no haya nadie que toque!

Por primera vez en su vida Bertha Young deseaba a su marido.

Oh, es cierto que lo había querido..., que había estado enamorada de él, naturalmente, en todos los demás sentidos, pero no en ese. Y con la misma naturalidad había comprendido que él era distinto. A menudo lo habían discutido. Al principio se preocupó mucho al descubrir que era tan fría, pero después de algún tiempo le había parecido que no tenía importancia. Eran tan francos el uno con el otro, tan buenos compañeros. Eso era lo mejor de ser modernos.

Pero ahora... ¡ardientemente!, ¡ardientemente! ¡La palabra le dolía en su cuerpo encendido! ¿Hacia allí la había estado conduciendo aquel sentimiento de felicidad perfecta? Pero entonces, entonces...

–Querida mía –dijo la señora de Norman Knight–. Ya conoces nuestro defecto. Somos víctimas de horarios y de trenes. Vivimos en Hampstead. Ha sido tan agradable la velada.

–Te acompañaré al vestíbulo –dijo Bertha–. Estoy encantada de haberlos visto. Pero no deben perder el último tren. Eso es terrible, ¿verdad?

–Knight, ¿tomarás un whisky antes de irte? –llamó Harry.

–No, gracias, muchacho.

En agradecimiento, Bertha le dio un fuerte apretón al ofrecerle la mano.

–Buenas noches y adiós –exclamó desde el último escalón, sintiendo que aquel “yo” estaba despidiéndose para siempre de ellos.

Cuando regresó al salón, los demás ya se levantaban.

–... Entonces puedes venir parte del camino en mi taxi.

–Te estaré *muy* agradecido por no *tener* que hacer el viaje *solo* otra vez después de mi *terrible* experiencia.

–Encontrarás un taxi en la parada, al final de nuestra calle. No tendrás que andar más que unos cuantos metros.

–Eso me reconforta. Voy a buscar mi abrigo.

La señorita Fulton se dirigió al vestíbulo y Bertha la seguía cuando Harry casi la empujó al pasar.

–Deja que te ayude.

Bertha se dio cuenta de que estaba arrepentido de su brusquedad; le dejó hacer. En algunas cosas era un chiquillo, tan impulsivo, tan ingenuo.

Ella y Eddie se quedaron junto al fuego.

–Me *pregunto* si has leído un *nuevo* poema de Bilks titulado *Table d'Hôte* –dijo Eddie con voz suave–. Es tan maravilloso. Está en su última antología. ¿Tienes un ejemplar? Me gustaría *tanto* enseñártelo. Empieza con una línea *increíblemente* bella: “¿Por qué siempre tiene que ser sopa de tomate?”.

–Sí –dijo Bertha. Y silenciosamente se dirigió hasta una mesa frente a la puerta del salón y Eddie también se deslizó silenciosamente tras ella. Tomó el pequeño libro y se lo entregó; no habían hecho ningún ruido.

Mientras él buscaba el poema ella volvió la cabeza hacia el vestíbulo. Y vio... a Harry sosteniendo el abrigo de la señorita Fulton y a la señorita Fulton dándole la espalda con la cabeza inclinada. Harry arrojó el abrigo a un lado, puso las manos sobre los hombros de la señorita Fulton y violentamente la hizo girar hacia él. Sus labios decían: “Te adoro” y la señorita Fulton puso sus dedos de luz de luna sobre las mejillas de Harry y sonrió con su sonrisa soñolienta. Las aletas de la nariz de Harry temblaron; sus labios se estiraron formando una mueca horrible mientras susurraba: “Mañana”, y con los párpados la señorita Fulton dijo: “Sí”.

–Aquí está –dijo Eddie–. “¿Por qué siempre tiene que ser sopa de tomate?”. Es tan profundamente real, ¿no te parece? La sopa de tomate es tan espantosamente eterna.

–Si prefieres –dijo la voz de Harry muy fuerte desde el vestíbulo–, puedo pedir un taxi por teléfono y vendrá hasta la puerta.

–Oh, no. No es necesario –dijo la señorita Fulton, y se acercó a Bertha y le ofreció sus finos dedos. –Adiós. Muchísimas gracias.

–Adiós –dijo Bertha.

La señorita Fulton sostuvo su mano un momento más.

–¡Tú bello peral! –murmuró.

Un instante después se había ido, con Eddie siguiéndola, como el gato negro siguiendo al gato gris.

–Yo cerraré la casa –dijo Harry, desmedidamente frío y sosegado.

–Tu bello peral... peral... iperal! Bertha corrió hasta el gran ventanal.
–Oh, ¿qué va a pasar ahora? –exclamó.
Pero el peral estaba tan bello como siempre, tan lleno de flores y tan quieto.

Bandol, 1918

Katherine Mansfield, *Felicidad perfecta/El desconocido*, Barcelona, Plaza & Janés, 1998 (adaptación).

A un hombre casado y pobre

Francisco de Quevedo

Esta es la información, este el proceso
del hombre que ha de ser canonizado,
en quien, si advierte el mundo algún pecado,
admiró penitencia con exceso.

Diez años en su suegra estuvo preso,
a doncella, y sin sueldo, condenado;
padeció so el poder de su cuñado;
tuvo un hijo no más, tonto y travieso.

Nunca rico se vio con oro o cobre;
siempre vivió contento, aunque desnudo;
no hay descomodidad que no le sobre.

Vivió entre un herrador y un tartamudo;
fue mártir, porque fue casado y pobre;
hizo un milagro, y fue no ser cornudo.

AA.VV., *Escritos de humor*, Buenos Aires, © Alfaguara, 2000.

¿ÉI?

Guy de Maupassant

Amigo mío, ¿no lo comprendes? Lo creo. ¿Piensas que me volví loco? Tal vez sí estoy algo loco, pero no por la causa que te imaginas.

Sí. Me caso. Ahí tienes.

Sin embargo, mis ideas y mis convicciones, ahora como siempre, son las mismas. Considero estúpida la unión legal de un hombre y una mujer. Estoy seguro de que un ochenta por ciento de los maridos son engañados. Y no merecen otra cosa, por haber cometido la idiotez de ligar su vida a otra, renunciando al amor libre, lo único hermoso y alegre que hay en el mundo, y de cortar las alas a la fantasía que nos impulsa constantemente hacia todas las hembras agradables, etc. Me siento incapaz de consagrarme a una sola mujer, porque me gustarán siempre todas las mujeres bonitas. Quisiera tener mil brazos, mil bocas, mil... temperamentos, para poder gozar a un tiempo a una muchedumbre de criaturas femeninas.

Sin embargo, me caso.

Apenas conozco a mi futura esposa. La he visto nada más tres o cuatro veces. No me disgusta, y eso es suficiente para mis propósitos. Es bajita, rubia y regordeta. En cuanto sea ya su marido, comenzaré a desear una morena delgada y alta. No es rica. Pertenece a una familia modesta en todos los sentidos. Mi futura esposa es una muchacha, como las hay a millares, útiles para el matrimonio, sin virtudes ni defectos aparentes.

Ahora la juzgan bonita; cuando esté casada la considerarán encantadora. Pertenece al ejército de muchachas que pueden hacer feliz a un hombre... mientras el marido no cae en la cuenta de que prefiere a su elegida entre las demás.

Ya oigo tu pregunta: ¿Por qué te casas?

Apenas me atrevo a confesar el motivo que me ha impulsado a una resolución tan estúpida.

¡Me caso por no estar solo!

No sé cómo decírtelo, cómo hacértelo comprender. Me compadecerás, despreciándome al mismo tiempo: llegué a una miseria moral inconcebible.

Me angustia estar solo de noche. Quiero sentir cerca de mí, junto a mí, a un ser que pueda responderme si hablo; que me diga cualquier cosa.

Quiero alguien que respire a mi lado; poder interrumpir su dulce sueño de pronto, con una pregunta cualquiera, una pregunta estúpida, hecha sin más objeto que oír otra voz, despertar una conciencia; un cerebro que funcione; ver, encendiendo bruscamente mi bujía, un rostro humano junto a mí; porque..., porque..., porque..., ¡me avergüenza confesarlo!..., solo, ¡tengo miedo!

¡Ah! Aún no me comprendes.

No temo peligros ni sorpresas. Te aseguro que si un hombre entrara en mi habitación, lo mataría tranquilamente. Tampoco me infunden temor los aparecidos; no creo en lo sobrenatural. Nunca tuve miedo a los muertos; al morir, cada persona desaparece para siempre.

Y a pesar de todo..., ¡claro!..., a pesar de todo, tengo miedo..., ¡miedo de mí mismo!... Tengo miedo al miedo; me infunden miedo las perturbaciones de mi espíritu. Me asusta la horrible sensación del terror incomprensible.

Ríete de mí si quieres. Sufro sin remedio. Me hacen temer las paredes, los muebles, los objetos más triviales que se animan contra mí. Sobre todo, temo los extravíos de mi razón, que se confunde y desfallece acosada por una indescifrable y tenue angustia.

Comienzo por sentir una vaga inquietud que atormenta mi alma y al fin me produce un escalofrío. Vuelvo la vista en torno y no descubro nada que pueda causarme terror. Quisiera encontrar algo que lo motivase. ¿Qué? Algo sensible, corpóreo. Pero ¡ay!, lo que más aumenta mi terror es que no descubro su causa.

Si hablo, mi voz me asusta. Si paseo por la estancia, temo tropezar con lo desconocido que se oculta detrás de la puerta o de la cortina, en el armario, bajo la cama. Sin embargo, tengo la certeza de que mi temor es infundado.

Doy media vuelta con brusquedad, temeroso de lo que haya detrás de mí. Y estoy seguro de que no hay nada temible.

Me agito; mi espanto aumenta; cierro con llave mi habitación. Me hundo entre las sábanas de la cama, enroscándome como un caracol; cierro los ojos con fuerza y permanezco en semejante postura un tiempo indefinido; sé que la bujía sigue ardiendo y que es indispensable apagarla. Pero no me atrevo a moverme.

¿No es horrible vivir así?

Antes, no me preocupaban esas cosas. Entraba en mi habitación tranquila-

mente. Iba y venía sin que nada turbase mi serenidad. ¡Cuánto me hubiera reído si alguien me pronosticara que una dolencia de miedo inverosímil, estúpido y terrible me sobrecogería con el tiempo! Entonces no me asustaba poco ni mucho abrir las puertas en la oscuridad, ni acostarme tranquilamente sin echar los cerrojos, y nunca tuve que levantarme a medianoche para convencerme de que todas las aberturas de mi cuarto estaban herméticamente cerradas.

Mi lastimosa dolencia comenzó hace un año de un modo especial.

Era en otoño y en una noche húmeda. Cuando se hubo ido mi asistente, después de servirme la comida, me puse a pensar qué haría yo. Así pasé una hora dando vueltas por la sala. Me sentía fatigado, abatido sin causa, impotente para trabajar, sin deseo de coger siquiera un libro para entretenerme.

Una lluvia menuda golpeaba en los cristales; me invadió la tristeza, una tristeza, inexplicable, unas ganas de llorar, un desasosiego verdaderamente invencible.

Me sentía solo, abandonado; mi casa me pareció silenciosa como nunca. Me envolvía una soledad inmensa y desconsoladora. ¿Qué hacer? Me senté; pero una impaciencia nerviosa me hormigueaba en las piernas. Me levanté y volví a pasear. Quizá tuviera un poco de fiebre; notaba que mis manos agarradas a la espalda, en una posición frecuente cuando se pasea despacio y solo, abrazábanse una a la otra. De pronto, un escalofrío atravesó todo mi cuerpo. Creí que la humedad exterior penetraba, y me puse a encender la chimenea, que aún no había encendido aquel otoño. Me senté, contemplando las llamas. Pero en seguida tuve que levantarme; no podía estar quieto y sentí deseos de salir, de moverme, de hablar con alguien.

Fui a casa de tres amigos; no encontré a ninguno y me encaminé hacia el bulevar, ansioso de ver alguna cara conocida.

Todo estaba triste. Las aceras mojadas relucían. Una tibieza de lluvia, una de esas tibiezas que producen estremecimientos crispadores, una tibieza pesada, una humedad impalpable, oscureciendo la luz de los faroles de gas, lo envolvía todo.

Yo avanzaba con paso inseguro, repitiéndome: “No encontraré a nadie con quien hablar”. Ma asomé a los cafés y recorrí la Magdalena, pero solo vi personas tristes, hombres abatidos, como si les faltaran fuerzas para levantar las copas y las tazas que tenían delante.

Así anduve mucho tiempo, errante, y a medianoche volví a mi casa, tranquilo, pero fatigado. El portero, que siempre se acuesta antes de las once, no

me hizo esperar en la calle, contra su costumbre. Y me dije: “Acabará de abrir la puerta para otro vecino”.

Siempre que salgo de casa, doy las dos vueltas a la llave. Me sorprendió que solo estuviese cerrada con el picaporte, y supuse que habría entrado el portero para dejarme alguna carta sobre la mesa.

Entré. Aún estaba encendida la chimenea; los resplandores del fuego esparcían alguna claridad por la sala. Me acerqué para encender una luz y vi a un hombre que, sentado en mi sillón, se calentaba los pies, mostrándome la espalda. No sentí miedo. ¡Ah, ni la más insignificante zozobra! Una suposición muy verosímil cruzó mi pensamiento: seguramente alguno de mis amigos fue a verme, y el portero lo hizo entrar para que me aguardara. Y de pronto recordé su prontitud en abrirme la puerta de la calle y la circunstancia de hallar la de mi cuarto cerrada solo con picaporte.

Mi amigo dormía profundamente. Un brazo colgaba fuera del sillón y tenía las piernas una sobre otra. Su cabeza, inclinándose, indicaba un sueño tranquilo. Entonces me pregunté: “¿Quién será?”. Y cuando fui a poner la mano en su hombro..., el sillón estaba ya vacío. No vi a nadie.

¡Qué sobresalto! ¡Misericordia!

Retrocedí, como si un peligro espantoso me amenazara.

Luego, dando media vuelta en redondo, me cercioré de que tampoco había nadie a mi espalda. Un ansia irresistible me arrastró hacia el sillón vacío. Y estuve en pie, angustioso, jadeante, horrorizado, a punto de caer al suelo, desvanecido.

Pero soy hombre sereno y pronto recobré mi sangre fría. Me dije: “Acabo de padecer una desagradable alucinación. Todo se reduce a eso”. Y reflexioné inmediatamente acerca de semejante fenómeno. El pensamiento vuela en tales circunstancias.

Estaba seguro de que todo había sido una alucinación. Mi espíritu no se había turbado, mi juicio funcionaba mientras sufría natural y lógicamente; luego no hubo desarreglo cerebral. Solamente se habían engañado mis ojos, y el engaño fue origen del error mental. Los ojos habían padecido un extravío, una de las aberraciones visuales que parecen milagrosas a las gentes incultas. Quizás era un poco de congestión.

Encendí la bujía, y al acercar la mano al fuego, la sacudió un temblor, y me incorporé rápidamente, como si alguien me hubiera tocado por la espalda.

Estaba inquieto...

Anduve de un lado a otro, diciendo algunas frases, para oírme; canté a media voz.

Luego cerré la puerta con llave, y esto me tranquilizó un poco. Nadie podía entrar por sorpresa. Sentado, reflexioné sobre las circunstancias de mi aventura; después me fui a la cama y apagué la luz. Al principio no hubo nada de particular. Estuve tumbado tranquilamente. Luego sentí ganas de mirar alrededor y me apoyé sobre un costado.

En la chimenea solo había ya dos o tres brasas; lo suficiente para permitirme ver con sus difusos reflejos las patas del sillón, y me pareció que había vuelto a sentarse un hombre.

Encendí una cerilla con rapidez. Me había equivocado. No vi a nadie.

Sin embargo, me levanté, arrastrando el sillón hasta la cabecera de mi cama.

Volví a quedarme a oscuras y procuré descansar. Acababa de dormirme cuando se me apareció, en sueños, pero tan claro como si lo viera en realidad, el hombre sentado junto a la chimenea. Desperté angustiado, encendí la luz, y me quedé sentado en la cama sin atreverme a cerrar los ojos.

Dos veces me venció el sueño, a mi pesar; dos veces el fenómeno se reprodujo. Creí volverme loco.

Al amanecer, la claridad me tranquilizó y dormí sosegado hasta el mediodía.

Todo había concluido. Fue una fiebre, una pesadilla, ¿quién sabe? Sin duda estuve algo enfermo. Solo sentí al despertar mi cerebro atontado.

Pasé alegremente aquel día; comí en el restaurante; fui al teatro; luego, me dispuse a retirarme. Pero, camino a mi casa, una inquietud angustiosa me sobrecogió. Temí encontrarlo; no porque me infundiera miedo verlo, no porque imaginara real su presencia; temía sentir de nuevo el extravío de mis ojos, mi alucinación, miedo al espanto sin causa.

Durante más de una hora estuve arriba y abajo por mi calle hasta que, juzgando imbécil mi temor, entré al fin en casa. Iba temblando hasta el punto de que me fue difícil subir la escalera. Estuve diez minutos en el descanso, hasta que tuve un momento de serenidad y abrí. Entré con una bujía en la mano, di un puntapié a la puerta de mi habitación, y miré ansiosamente hacia la chimenea, pero no vi a nadie.

-¡Ah!...

¡Qué gusto! ¡Qué alegría! ¡Qué fortuna! Iba de un lado a otro, decidido; pero no estaba satisfecho; de pronto, volvía la cabeza, sobresaltado; cualquier sombra me hacía temer.

Dormí poco y mal, pues ruidos imaginarios me despertaron con frecuencia. Pero no lo vi; no apareció. Desde aquel día, todas las noches el miedo me acosa. Lo adivino cerca de mí, detrás de mí. No se presenta, pero me hace temer. Y ¿por qué temo, si no ignoro que fue alucinación, que no existe, que no es nada?

Sin embargo, temo, y me obsesiono. “Un brazo colgaba fuera del sillón y tenía las piernas una sobre otra.” ¡Basta! ¡Basta! ¡Es insufrible! ¡No quiero pensar y no se aparta de mi pensamiento!

¿Qué significa esta obsesión? ¿Por qué persiste? ¡Veo sus pies junto al fuego!

Me acobardo; es una locura; pero el caso es que me acobardo. ¿Quién es? ¡Ya sé que no existe, que no es nadie! Solo existe como imagen de mi angustia, de mi desasosiego, de mis temores. ¡Basta, basta!

Sí; por mucho que razono, por más que me lo explico, no puedo estar solo en mi casa. Él no se aparece, pero me domina. No vuelve. Todo acabó. Pero sufro como si volviera. Invisible para mis ojos, ahora se clava en mi pensamiento. Lo adivino detrás de las puertas, dentro del armario, debajo de la cama, en todos los rincones, en cada sombra, entre la oscuridad... Si me acerco a la puerta, si abro el armario, si miro debajo de la cama, si aproximo una luz a los rincones, huye con la oscuridad: nunca se presenta. Quedo convencido, no se presenta, no existe, y, sin embargo, me obsesiona.

Es imbécil y horrible. ¡Qué puedo hacer? ¡Nada!

Si alguien estuviera conmigo, él no me turbaría. Turba mi soledad; le temo, porque la soledad me acongoja.

Guy de Maupassant, *Magnetismo*, Buenos Aires, REI, 1993 (adaptación).

Mujeres desesperadas

Samantha Schweblin

Parada en el medio de la ruta Felicidad ha creído ver, en el horizonte, el débil reflejo de las luces traseras del auto. Ahora, en la oscuridad cerrada del campo, solo se distinguen la luna y su vestido de novia. Sentada sobre una piedra junto a la puerta del baño concluye que no tendría que haber tardado tanto. Desprende del tul algunos granos de arroz. Apenas puede adivinar el paisaje: el campo, la ruta y el baño.

Quiere llorar, pero todavía no puede. Corrige los pliegues del vestido, se mira las uñas, y contempla, cada tanto, la ruta por la que él se ha ido. Entonces algo sucede:

–No vuelven –dice una mujer.

Felicidad se asusta y grita. Por un segundo cree encontrarse frente a un fantasma. Intenta controlarse, pero el cuerpo no deja de temblarle. Mira a la mujer: nada parece sobresaltarla, tiene una expresión vieja y amarga, aunque conserva entre las arrugas grandes ojos claros y labios de perfectas dimensiones.

–La ruta es una mierda –dice la mujer. Saca de su bolsillo un cigarrillo, lo enciende y se lo lleva a la boca–. Una mierda. Lo peor...

Una luz blanca aparece en la ruta, las ilumina al pasar, y se esfuma con su tono rojizo.

–¿Y qué? ¿Vas a esperarlo? –dice la mujer.

Ella mira el lado de la ruta por el que, de volver su marido, vería aparecer el auto, y no se anima a responder.

–Nené –dice la mujer, y le ofrece la mano.

Ella extiende con duda la suya y se saludan. Los movimientos de Nené son firmes y fuertes.

–Mirá –dice Nené; se sienta junto a Felicidad–, voy a hacértela corta –pisa el cigarrillo apenas empezado, enfatiza las palabras–: se cansan de esperar y te dejan. Eso es todo. Parece que esperar es algo que no toleran. Entonces ellas lloran y los esperan... Y los esperan... Y sobre todo, y durante mucho tiempo: lloran, lloran y lloran todavía más.

Aunque lo intenta, Felicidad no logra entenderla. Está triste, y cuando más necesita del apoyo fraternal, cuando solo otra mujer podría comprender lo que se siente tras haber sido abandonada junto a un baño de ruta, ella solo

cuenta con esa vieja hostil que antes le hablaba y ahora le grita.

–¡Y siguen llorando y llorando durante cada minuto, cada hora de todas las malditas noches!

Felicidad respira profundamente, sus ojos se llenan de lágrimas.

–Y meta llorar y llorar... Y te digo algo: esto se acaba. Estoy cansada, agotada de escuchar a tantas estúpidas desgraciadas. Y una cosa más te digo... –se interrumpe, parece dudar, y pregunta–: ¿Cómo dijiste que te llamabas?

Ella quiere decir Felicidad, pero se traga el llanto, hipando.

–Hola... ¿Te llamabas...?

–Fe, li... –trata de controlarse. No lo logra, pero resuelve la frase– ciedad.

–No, no, no. Ni se te ocurra. Por lo menos aguánta algo más que las demás. Felicidad empieza a llorar.

–No. No voy a seguir soportando esto. No puedo. ¡Felicidad!

Ella fuerza una respiración ruidosa y retiene el llanto, pero enseguida la situación le es insostenible y todo vuelve a empezar.

–No puedo creer, que él... –respira– que me haya...

Nené se incorpora, mira a Felicidad con desprecio y se aleja furiosa, campo adentro. Ella intenta contenerse, pero al fin se descarga:

–¡Desconsiderada! –le grita, pero después se incorpora y la alcanza– Espere... No se vaya, tienda...

Nené camina ignorándola.

–Espere –Felicidad vuelve a llorar.

Nené se detiene.

–Callate –dice– ¡Callate, tarada!

Entonces Felicidad deja de llorar y Nené le señala la oscuridad del campo.

–Callate y escuchá.

Ella traga saliva. Se concentra en no llorar.

–Bueno, ¿y? ¿Lo sentís? –mira hacia el campo.

Felicidad la imita, intenta concentrarse.

–Lloraste demasiado, ahora hay que esperar a que se te acostumbre el oído.

Felicidad hace un esfuerzo, tuerce un poco la cabeza. Nené espera impaciente a que ella al fin comprenda.

–Lloran... –dice Felicidad, en voz baja, casi con vergüenza.

–Sí. Lloran. ¡Sí, lloran! ¡Lloran toda la maldita noche! ¿No me ves la cara? ¿Cuándo duermo? ¡Nunca! Lo único que hago es oírlas todas las malditas

noches. Y no voy a soportarlo más, ¿se entiende?

Felicidad la mira asustada. En el campo, voces y llantos de mujeres quejumbrosas repiten a gritos los nombres de sus maridos.

–¿Y a todas las dejan?

–¡Y todas lloran! –dice Nené.

Entonces gritan:

–¡Psicótica!

–¡Desgraciada, insensible!

Y otras voces se suman:

–¡Dejanos llorar, histérica!

Nené mira hacia todos lados. Grita al campo:

–¿Y qué hay de mí...? ¿Qué hay de las que hace más de cuarenta años que estamos acá, también abandonadas, y tenemos que oír sus estúpidas penitas todas las malditas noches? ¿Eh? ¿Qué hay?

–¡Tomate un calmante! ¡Loca!

Felicidad mira a Nené y comprende cuánto más grande es la tristeza de aquella mujer comparada con la suya. Nené se muerde los labios y niega. En el campo los gritos son cada vez más violentos.

–¡Vení, turrita!; ¡vení y da la cara!

–Vení, dale. A ver cuánto te dura esta nueva amiguita...

–¡Dónde estás, vieja! ¡Hablá, infeliz!

–¡Cuando vos ya estabas acá llorando nosotras todavía salíamos con ellos, desgraciada!

Algunas voces dejan de gritar para reírse.

Nené se deja caer y se sienta resignada.

–¡Déjenla en paz! –dice Felicidad. Se acerca a Nené y la abraza como se abraza a una niña.

–Ay... Qué miedo... –dice una de las voces-. Así que ahora tenés compañerita...

–Yo no soy compañerita de nadie –dice Felicidad-; solo trato de ayudar...

–Ay... Solo trata de ayudar...

–¿Saben por qué la dejaron en la ruta?

–¡Porque es una morsa flaca!

–No, la dejaron porque... –se ríen- ...porque mientras ella se probaba su vestido de novia, nosotras ya nos acostábamos con su maridito... –vuelven a reírse.

Las voces se escuchan cada vez más cerca. Es un griterío donde es difícil separar a las que lloran de las que se ríen.

–¡Por qué no se callan, cotorras! –grita Nené.

–¡Ya te vamos a agarrar, turra!

Felicidad siente bajo los pies el temblor de un campo por el que avanzan cientos de mujeres desesperadas. Nené comienza a retroceder hacia la ruta. Felicidad la sigue.

–¿Cuántas son...? –pregunta.

–Muchas –dice Nené–, demasiadas.

Pero Felicidad no puede escucharla, los insultos son tantos y están ya tan cerca que es inútil responder o tratar de llegar a un acuerdo.

–¿Qué hacemos? –insiste Felicidad.

Entonces Nené adivina en ella los signos contenidos del llanto.

–No se te ocurra llorar –le dice.

Retroceden cada vez más rápido. Ya casi están sobre la ruta. A lo lejos, un punto blanco crece como una nueva luz de esperanza. Felicidad piensa ahora, por última vez, en el amor. Piensa para sí misma: que no la deje, que no la abandone.

–Si para, nos subimos –grita Nené.

–¿Qué?

Ya están cerca del baño.

–Que si el auto para...

El murmullo las sigue y ya parece estar sobre ellas. No alcanzan a verlas, pero saben que están ahí, a pocos metros. El coche se detiene frente al baño. Nené se vuelve hacia Felicidad y le ordena que avance, y sin acercarse demasiado, oculta aún en la oscuridad, espera a que la mujer se baje para sentarse ella y obligar al hombre a conducir. Pero el que se baja es él. Con las luces recortando el camino aún no ha visto a las mujeres y baja apurado agarrándose la bragueta. Entonces el barullo aumenta. Las risas y las burlas se olvidan de Nené y se dirigen exclusivamente a él. Se detiene pero ya es tarde; en sus ojos el espanto de un conejo frente a las fieras. Mientras, Nené rodea el auto para subir del lado del conductor, pero cuando intenta abrir la puerta se encuentra con que la mujer ha puesto las trabas de seguridad.

–¡Abra, vamos! ¡Tenemos que subir! –dice Nené mientras forcejea la puerta.

–Si se quiere bajar dejala –dice Felicidad–; por ahí ellos sí se quieren.

Desde el interior del coche la mujer grita qué quieren, de dónde vienen, una pregunta tras otra. Nené grita y golpea desesperada los vidrios:

–¡Abrí, nena! ¡Abrí!

La mujer se cambia de asiento y enciende el motor. El hombre escucha el automóvil pero no se vuelve para mirar. Está absorto y parece adivinar, en la oscuridad, la masa descomunal de mujeres que corren hacia él.

–¡Abrí, tarada! –Nené golpea los vidrios con los puños, forcejea la manija de la puerta.

Detrás, Felicidad mira al hombre y a Nené, al hombre y a Nené. La mujer acelera nerviosa haciendo patinar las ruedas. Nené y Felicidad retroceden. Parte del auto cae a la banquina y las salpica de barro. Al fin las ruedas vuelven a morder el asfalto y el auto se aleja.

Aunque tras ellas los gritos de las mujeres continúan, el reflejo anaranjado de las luces traseras alejándose parece sumirlas en una silenciosa tristeza. A Felicidad le hubiese gustado abrazar a Nené, apoyarse en su hombro al menos. Es entonces cuando pequeños pares de luces blancas comienzan a iluminar el horizonte.

–¡Vuelven! –dice Felicidad.

Pero Nené no responde. Enciende un cigarrillo y contempla en la ruta los primeros pares de luces que ya están casi sobre ellas.

–¡Son ellos! –dice Felicidad–. Se arrepintieron y vuelven a buscarnos...

–No –dice Nené, y suelta una bocanada de humo–, son ellos, sí; pero vuelven por él.

Samantha Schweblin, *El núcleo del disturbio*, Buenos Aires, Destino, 2002.

La versión que presentamos fue revisada y corregida por la autora.

Un reportaje sensacional

Mark Twain

El joven, nervioso, apuesto y jovial, aceptó la silla que le ofrecí, dijo pertenecer al cuerpo de redacción de “La Tempestad”, y agregó:

–Supongo que no molesto... He venido a hacerle un reportaje.

–¿A qué?

–A hacerle un *reportaje*.

–¡Ah! Comprendo..., comprendo. ¡Hum! Sí... Está bien. Yo no me sentía muy alegre aquella mañana. En realidad, mis facultades espirituales parecían algo deprimidas. Con todo, fui hacia mi biblioteca y después de haber buscado durante seis o siete minutos, tuve que recurrir al joven. Le dije:

–¿Cómo se deletrea eso?

–¿El qué?

–La palabra “reportaje”.

–¡Santo Dios! ¿Para qué quiere usted deletrearla?

–No quiero deletrearla: quiero ver qué significa.

–Pues eso me parece sorprendente. *Yo mismo* puedo decirle qué significa si usted... si usted...

–¡Oh! No se moleste. Me bastará con que la delectee y le quedará muy agradecido, además.

–R-E-P-O-R-T-A-J-E.

–¿De modo que empieza con R-E?

–¡Naturalmente!

–¡Por algo me costaba tanto encontrarla!

–Pero mi *estimado* señor... ¿Cómo pensaba *delectrearla*, usted?

–Francamente, no... no lo sé muy bien. Tengo el diccionario enciclopédico completo y busqué en el último tomo, confiando en encontrarla entre las láminas. Pero se trata de una edición muy antigua.

–Pero amigo mío... usted no encontraría eso representado en una lámina ni aun en la última edi... Perdón, estimado señor... No hablo con mala intención, pero usted no me parece tan... tan... inteligente como yo suponía. Tenga en cuenta que no hablo con mala intención.

–¡Oh, no hay de qué! Se ha dicho a menudo –y eso por gente incapaz de adulonerías y a quien no se podría inducir a adular– que yo soy realmente

notable en ese sentido. Sí..., sí. Siempre hablan del asunto con éxtasis.

–Me lo imagino sin dificultad. Pero en cuanto a ese reportaje... Usted sabrá que, actualmente, se acostumbra hacer reportajes a todo hombre que ha llegado a destacarse.

–A decir verdad, es la primera vez que oigo hablar del asunto. Eso debe ser muy interesante. ¿Con qué lo hace?

–Ah... Le diré... Se trata de algo desalentador. *Debiera* ser hecho con una porra en ciertas ocasiones; pero habitualmente, el reportero se limita a formular preguntas y el reportado a contestarlas. Es algo que está de moda. ¿Me permite que le formule ciertas preguntas, destinadas a poner de relieve los puntos culminantes de su historia pública y privada?

–Oh... Con placer. Con placer. Tengo muy mala memoria, pero supongo que eso no le importará. Quiero decir que se trata de una memoria irregular..., sumamente irregular. A veces marcha al galope, y a veces demora quince días en franquear determinado punto. Esto me apena mucho.

–Oh, no importa. Usted procurará contestarme lo mejor que pueda.

–Así lo haré. Empeñaré en ello todo mi cerebro.

–Gracias. ¿Está pronto a empezar?

–Pronto.

Pregunta. –¿Qué edad tiene?

Respuesta. –Voy a cumplir los diecinueve años en junio.

Pregunta. –¿Será posible? Yo le habría dado treinta y cinco o treinta y seis. ¿Dónde ha nacido?

Respuesta. –En Missouri.

Pregunta. –¿Cuándo comenzó a escribir?

Respuesta. –En 1836.

Pregunta. –¿Cómo puede ser, si solo tiene diecinueve años?

Respuesta. –No lo sé. El asunto me parece un poco curioso.

Pregunta. –Y lo es. ¿Quién es, en su opinión, el hombre más extraordinario que haya conocido?

Respuesta. –Aarón Burr.

Pregunta. –Pero usted no pudo conocer a Aarón Burr si solo cuenta diecinueve años...

Respuesta. –Hombre, si usted sabe más que yo, ¿por qué me hace preguntas?

Pregunta. –Bueno, bueno... Ha sido solamente una insinuación, nada más. ¿Cómo conoció a Burr?

Respuesta. –Le diré... Estuve cierto día en sus funerales y él me pidió que no hiciera tanto ruido y...

Pregunta. –Pero... ¡santo cielo! Si usted estaba en los funerales de Burr, este debía estar muerto. Y si estaba muerto... ¿cómo pudo preocuparse de si usted hacía ruido o no?

Respuesta. –No lo sé. Burr fue siempre un hombre muy personal en esas cosas.

Pregunta. –Sin embargo, no lo comprendo del todo. Usted dice que Burr le habló y que estaba muerto.

Respuesta. –Yo no he dicho que Burr estuviera muerto.

Pregunta. –Pero... ¿acaso no lo estaba?

Respuesta. –Algunos dicen que sí, otros dicen que no.

Pregunta. –Y usted... ¿qué opina?

Respuesta. –¡Oh! Eso no es cosa mía. No eran mis funerales.

Pregunta. –¿Y usted?... Bueno... De todos modos, eso jamás lo aclararemos. Permítame que le pregunte alguna otra cosa. ¿Cuál es la fecha de su nacimiento?

Respuesta. –El lunes 31 de octubre de 1693.

Pregunta. –¿Cómo? ¡Imposible! Eso significaría que usted tiene ciento ochenta años de edad. ¿Cómo se lo explica?

Respuesta. –No me lo explico en absoluto.

Pregunta. –Pero usted dijo al principio que solo tenía diecinueve años, y ahora afirma que cuenta ciento ochenta. La contradicción es tremenda.

Respuesta. –¿Lo ha notado? (*Estrechándole la mano al periodista.*) A mí me pareció en muchas ocasiones que la contradicción era tremenda, pero no sé por qué no podía llegar a una conclusión. ¡Cuán pronto nota usted las cosas!

Pregunta. –Gracias por su cumplido. ¿Tuvo usted –o tiene– hermanos o hermanas?

Respuesta. –Este... Yo... yo... yo así lo creo... pero no lo recuerdo.

Pregunta. –¡Pues su declaración es la más extraordinaria que yo haya oído en toda mi vida!

Respuesta. –¿Por qué piensa eso?

Pregunta. –¿Cómo quiere que piense? Mire... ¿De quién es ese retrato de la pared? ¿No se trata, acaso, de un hermano suyo?

Respuesta. –¡Oh! Sí, sí, sí. Ahora recuerdo: este era hermano mío. Es

William...; lo llamábamos Bill. ¡Pobre Bill!

Pregunta. –¿Por qué? ¿Ha muerto?

Respuesta. –Este... Supongo que sí. Nunca pudimos aclararlo. Hay gran misterio en ese asunto.

Pregunta. –Eso me parece lamentable, muy lamentable. Entonces..., ¿Bill desapareció?

Respuesta. –Le diré... Sí, en términos generales. Lo enterramos.

Pregunta. –*¡Lo enterraron!* ¿Lo enterraron sin saber si estaba vivo o muerto?

Respuesta. –¡Oh, no! Eso, no. Estaba suficientemente muerto.

Pregunta. –Confieso que no lo entiendo. Si ustedes lo enterraron sabían que estaba muerto...

Respuesta. –¡No, no! Solo creíamos que lo estaba...

Pregunta. –¡Ah, comprendo! ¿De modo que resucitó?

Respuesta. –Apostaría a que no.

Pregunta. –A decir verdad, jamás he oído algo semejante. *Alguien* estaba muerto. *Alguien* fue enterrado. Y bien... ¿En qué consiste el misterio?

Respuesta. –¡De eso se trata, precisamente! Eso es. Le explicaré... El difunto y yo éramos mellizos y nos mezclaron en la bañera cuando solo teníamos dos semanas de edad, y uno de nosotros se ahogó. Pero no supimos cuál. Algunos creen que fue Bill. Otros, que fui yo.

Pregunta. –Esto me parece extraordinario. Y usted, ¿qué opina?

Respuesta. –¡Vaya uno a saber! Daría cualquier cosa por aclararlo. Ese solemne y horrible misterio ha proyectado una sombra sobre toda mi vida. Pero ahora, le diré un secreto, un secreto que jamás le he revelado a un ser viviente. Uno de nosotros tenía una señal característica, un gran lunar en el dorso de la mano izquierda. Ese, era yo. *¡Ese niño fue el que se ahogó!*

Pregunta. –Perfectamente. Siendo así, no veo en qué consiste el misterio.

Respuesta. –¿No lo ve? Yo, sí. De todos modos, no sé cómo pudieron cometer el espantoso error de enterrar al otro niño. Pero... ¡chitón! No lo mencione; podría oírlo la familia. Por cierto que ya tienen bastantes dolorosas preocupaciones sin esa.

Pregunta. –Bueno... Supongo que tengo bastante material por ahora y le agradezco las molestias que se ha tomado. Pero me interesó mucho su relato de los funerales de Aarón Burr. ¿Tendría la amabilidad de decirme qué circunstancia le ha hecho pensar que Burr era un hombre tan extraordinario?

Respuesta. –¡Oh! ¡Una bagatela! Apenas si la habría notado un hombre

cada cincuenta. Al terminar el sermón y cuando la procesión estuvo pronta a partir hacia el cementerio y el cadáver fue bonitamente instalado en la carroza fúnebre, Burr dijo que quería echar una última miradita al paisaje, de modo que *se levantó y viajó en el pescante con el cochero*.

En este momento, el joven periodista se retiró, con aire respetuoso. Su compañía me resultaba muy grata y lamenté que se marchara.

AA.VV., *Escritos de humor*, Buenos Aires, © Alfaguara, 2000.

Árboles

Franz Kafka

Porque somos como troncos de árboles en la nieve. Aparentemente, sólo se apoyan en la superficie, y con un empujoncito se los desplazaría. Aunque no, es imposible, porque están firmemente unidos a la tierra. Pero cuidado, también esto es pura apariencia.

Franz Kafka, *Erzählungen*, Leipzig, Reclam, 1996 (traducción especial para esta edición).

Exilio

Héctor Germán Oesterheld

Nunca se vio en Gelo nada tan cómico.

Salió de entre el roto metal con paso vacilante, movió la boca, desde el principio nos hizo reír con esas piernas largas, esos dos ojos de pupilas tan increíblemente redondas.

Le dimos grubas, y limas, y kialas.

Pero no quiso recibir las, fíjate, ni siquiera aceptó las kialas, fue tan cómico verlo rechazar todo que las risas de la multitud se oyeron hasta el valle vecino.

Pronto se corrió la voz de que estaba entre nosotros, de todas partes vinieron a verlo, él apareció cada vez más ridículo, siempre rechazando las kialas, la risa de cuantos lo miraban era tan vasta como una tempestad en el mar.

Pasaron los días, de las antípodas trajeron margas, lo mismo, no quiso verlas, fue para retorcerse de risa.

Pero lo mejor de todo fue el final: se acostó en la colina, de cara a las estrellas, se quedó quieto, la respiración se le fue debilitando, cuando dejó de respirar tenía los ojos llenos de agua. ¡Sí, no querrás creerlo, pero los ojos se le llenaron de agua, d-e a-g-u-a, como lo oyes!

Nunca, nunca se vio en Gelo nada tan cómico.

Héctor G. Oesterheld, *"El eternauta" y otros cuentos de Ciencia Ficción*, Buenos Aires, Colihue, 1995.

Iluminaciones (selección)

Arthur Rimbaud

XIV

Cielos grises de cristal. Un extraño dibujo de puentes, rectos los de aquí, curvos los de más allá, otros que bajan oblicuamente en ángulo sobre los primeros, y esas formas se repiten en los otros ámbitos iluminados del canal, pero todas tan largas y sutiles que las orillas, cargadas de bóvedas, se humillan y empequeñecen. Algunos de esos puentes todavía están cubiertos de escombros. Otros sostienen mástiles, señales, frágiles parapetos. Uniones menores se cruzan y se suceden; suben cuerdas desde las orillas. Se distingue una chaqueta roja, quizás otros vestidos e instrumentos de música ¿Son aires populares, trozos de conciertos señoriales, restos de himnos públicos? El agua es gris y azul, ancha como un brazo de mar.

Un rayo blanco, al caer de lo alto del cielo, aniquila esta comedia.

XVI

A la derecha, el alba estival despierta las hojas y los vapores y los ruidos de este rincón del parque, y los terraplenes de la izquierda conservan en su sombra violácea las mil rápidas huellas del camino húmedo. Transitado por magias. En efecto: carros cargados de animales de madera dorada, de mástiles y de telas multicolores, al galope tendido de veinte remendados caballos de circo, y los niños y los hombres en sus bestias más asombrosas –veinte vehículos, amarrados, empavesados y cubiertos de flores como carrozas antiguas o de los cuentos, llenos de niños endomingados para una pastoral suburbana– y también ataúdes bajo sus doseles nocturnos que elevan sus penachos de ébano, desfilando al trote de grandes yeguas azules y negras.

2

Es ella, la pequeña muerta, detrás de los rosales. – La joven mamá difunta desciende la escalinata. – El carruaje del primo rechina sobre la arena. – El hermanito – (¡está en las Indias!) allá, ante el poniente, en el prado de claveles. – Los viejos a quienes han enterrado de pie en la muralla de los alelíos.

El enjambre de hojas de oro rodea la casa del general. Están en el mediodía. – Hay que seguir el camino rojo para llegar a la posada desierta. El castillo se vende; las persianas están limpias. – El cura se habrá llevado la llave de la iglesia. – Alrededor del parque, las casillas de los guardianes están deshabitadas. Las empalizadas son tan altas que solo se ven las cimas rumorosas. Por lo demás, no hay nada que ver allí dentro.

Los prados suben otra vez hasta los caseríos sin gallos, sin yunques. Las esclusas están levantadas. Oh los calvarios y los molinos del desierto, las islas y las parvas.

Flores mágicas tarareaban. Los taludes lo mecían. Pasaban animales de una elegancia fabulosa. Los nubarrones se amontonaban sobre la alta mar hecha de una eternidad de lágrimas calientes.

6:30

María Medrano

llegás a constitución a las 7
 a ezeiza a las 8.
 te parás detrás de la barrera
 hasta que te dejen entrar
 atravesás el camino que llega a la ventanita
 hacés la cola, esperás a que te atiendan,
 te atienden entregás carnet y dni
 das su nombre –buscan fichan y te dan 3 números–
 te hacen esperar otra hora más detrás de la puerta de rejas
 te abren
 entrás al pañol esperás de nuevo
 te llaman por el numerito amarillo –el que tiene sello es para d.n.i.–
 vaciás tus bolsas te revisan cosa por cosa
 pinchan
 abren
 sacan
 rompen
 nada relleno nada metal nada vidrio
 pasan todo a bolsa
 te sacan ropa azul gris negra
 dejás “valores” después te dan otro cartoncito: “valores”

te hacés otra cola, otra espera, vas a requisa
 te levantás el sweater
 te levantás la remera
 el corpiño
 te das vuelta
 te levantás del cuello la ropa
 te tocan el cuello –el pelo
 te das vuelta te desabrochás el botón
 te bajás el cierre
 te bajás los pantalones

te bajás la bombacha
te das vuelta te agachás –te enderezás
te subís los pantalones la bombacha
te sacás los zapatos
te revisan los zapatos
te tocan los pies te sacás las medias
te ponés las medias
te revisan los bolsillos.
finalmente te dan un cartoncito: “requisado”

te acomodás la ropa
agarrás tus bolsas
te acercás a la otra puerta de rejas
agarrás el “requisado” y esperás a que el milico te abra
te abre, pasás a los tumbos cargada de bolsas

nunca se termina de entrar –pensás–
y entrás

te caminás esa cuadra enlomada
te parás frente a esa puerta de hierro macizo
–y pensás que el cielo está demasiado bajo en Buenos Aires–
y la pateás, porque ya no te quedan manos con que golpear
te abren, entregás el “requisado”
entrás
subís una escalerita caracol así de angosta
1 piso
esperás a que te abran la puerta de hierro
la llave que la abre es enorme (con una así le abrieron la cabeza a una)
caminás, te parás en la puerta donde te piden su nombre
anotan
pasás buscás rápido una mesa
mirás si están Aldo y Mari
si están te vas con ellos, sino los esperás con una mesa...
después llegan ellas.

el tiempo se te pasa demasiado rápido
y querés decir lo que no tiene palabra

llaman pabellón por pabellón
te da escalofrío el sonido de esas voces llamando
y el conglomerado de toda esa gente que se abraza...
ellas se van pabellón por pabellón, y te quedás ahí 1 hora
hasta que termina el recuento interno, recién ahí te podés ir
–cuando ellos quieren, cuando ellos te abren la puerta,
y la otra y la otra y la otra–

María Medrano, *U3*, Buenos Aires, Ediciones Deldiego, 1998.

El deseo de ser indio

Franz Kafka

Si uno pudiera ser un indio, siempre alerta, cabalgando sobre un caballo veloz, atravesando el viento, constantemente sacudido sobre la tierra estremecida, hasta arrojar las espuelas, porque no hacen falta espuelas, hasta arrojar las riendas, porque no hacen falta riendas, apenas viera ante sí que el campo es pradera llana, habrían desaparecido las crines y la cabeza del caballo.

Franz Kafka, *Erzählungen*, Leipzig, Reclam, 1996 (traducción especial para esta edición).

La miel silvestre

Horacio Quiroga

Tengo en el Salto Oriental dos primos, hoy hombres ya, que a sus doce años, y a consecuencia de profundas lecturas de Julio Verne, dieron en la rica empresa de abandonar su casa para ir a vivir al monte. Este queda a dos leguas de la ciudad. Allí vivirían primitivamente de la caza y la pesca. Cierto es que los dos muchachos no se habían acordado particularmente de llevar escopetas ni anzuelos; pero, de todos modos, el bosque estaba allí, con su libertad como fuente de dicha y sus peligros como encanto.

Desgraciadamente, al segundo día fueron hallados por quienes los buscaban. Estaban bastante atónitos todavía, no poco débiles, y con gran asombro de sus hermanos menores –iniciados también en Julio Verne– sabían andar aún en dos pies y recordaban el habla.

La aventura de los dos robinsones, sin embargo, fuera acaso más formal de haber tenido como teatro otro bosque menos dominguero. Las escapatorias llevan aquí en Misiones a límites imprevistos, y a ello arrastró a Gabriel Benincasa el orgullo de sus *stromboot*.

Benincasa, habiendo concluido sus estudios de contaduría pública, sintió fulminante deseo de conocer la vida de la selva. No fue arrastrado por su temperamento, pues antes bien Benincasa era un muchacho pacífico, gordinflón y de cara rosada, en razón de su excelente salud. En consecuencia, lo suficiente cuerdo para preferir un té con leche y pastelitos a quién sabe qué fortuita e infernal comida del bosque. Pero así como el soltero que fue siempre juicioso cree de su deber, la víspera de sus bodas, despedirse de la vida libre con una noche de orgía en compañía de sus amigos, de igual modo Benincasa quiso honrar su vida aceitada con dos o tres choques de vida intensa. Y por este motivo remontaba el Paraná hasta un obraje, con sus famosos *stromboot*.

Apenas salido de Corrientes había calzado sus recias botas, pues los yacaré de la orilla calentaban ya el paisaje. Mas a pesar de ello el contador público cuidaba mucho de su calzado, evitándole arañazos y sucios contactos.

De este modo llegó al obraje de su padrino, y a la hora tuvo este que contener el desenfado de su ahijado.

–¿Adónde vas ahora? –le había preguntado sorprendido.

–Al monte; quiero recorrerlo un poco –repuso Benincasa, que acababa de colgarse el winchester al hombro.

–¡Pero infeliz! No vas a poder dar un paso. Sigue la picada, si quieres... O mejor deja esa arma y mañana te haré acompañar por un peón.

Benincasa renunció a su paseo. No obstante, fue hasta la vera del bosque y se detuvo. Intentó vagamente un paso adentro, y quedó quieto. Metiose las manos en los bolsillos y miró detenidamente aquella inextricable maraña, silbando débilmente aires trancos. Después de observar de nuevo el bosque a uno y otro lado, retornó bastante desilusionado.

Al día siguiente, sin embargo, recorrió la picada central por espacio de una legua, y aunque su fusil volvió profundamente dormido, Benincasa no deploró el paseo. Las fieras llegarían poco a poco.

Llegaron estas a la segunda noche –aunque de un carácter un poco singular.

Benincasa dormía profundamente, cuando fue despertado por su padrino.

–¡Eh, dormilón! Levántate que te van a comer vivo.

Benincasa se sentó bruscamente en la cama, alucinado por la luz de los tres faroles de viento que se movían de un lado a otro en la pieza. Su padrino y dos peones regaban el piso.

–¿Qué hay, qué hay? –preguntó echándose al suelo.

–Nada... Cuidado con los pies... La corrección.

Benincasa había sido ya enterado de las curiosas hormigas a que llamamos corrección. Son pequeñas, negras, brillantes y marchan velozmente en ríos más o menos anchos. Son esencialmente carnívoras. Avanzan devorando todo lo que encuentran a su paso: arañas, grillos, alacranes, sapos, víboras y a cuanto ser no puede resistirles. No hay animal, por grande y fuerte que sea, que no huya de ellas. Su entrada en una casa supone la exterminación absoluta de todo ser viviente, pues no hay rincón ni agujero profundo donde no se precipite el río devorador. Los perros aúllan, los bueyes mugen y es forzoso abandonarles la casa, a trueque de ser roídos en diez horas hasta el esqueleto. Permanecen en un lugar uno, dos, hasta cinco días, según su riqueza en insectos, carne o grasa. Una vez devorado todo, se van.

No resisten, sin embargo, a la creolina o droga similar; y como en el obraje abunda aquella, antes de una hora el chalet quedó libre de la corrección.

Benincasa se observaba muy de cerca, en los pies, la placa lívida de una mordedura.

–¡Pican muy fuerte, realmente! –dijo sorprendido, levantando la cabeza hacia su padrino.

Este, para quien la observación no tenía ya ningún valor, no respondió, felicitándose, en cambio, de haber contenido a tiempo la invasión. Benincasa reanudó el sueño, aunque sobresaltado toda la noche por pesadillas tropicales.

Al día siguiente se fue al monte, esta vez con un machete, pues había concluido por comprender que tal utensilio le sería en el monte mucho más útil que el fusil. Cierto es que su pulso no era maravilloso, y su acierto, mucho menos. Pero de todos modos lograba trozar las ramas, azotarse la cara y cortarse las botas; todo en uno.

El monte crepuscular y silencioso lo cansó pronto. Dábale la impresión –exacta por lo demás– de un escenario visto de día. De la bullente vida tropical no hay a esa hora más que el teatro helado; ni un animal, ni un pájaro, ni un ruido casi. Benincasa volvía cuando un sordo zumbido le llamó la atención. A diez metros de él, en un tronco hueco, diminutas abejas aureolaban la entrada del agujero. Se acercó con cautela y vio en el fondo de la abertura diez o doce bolas oscuras, del tamaño de un huevo.

–Esto es miel –se dijo el contador público con íntima gula–. Deben de ser bolsitas de cera, llenas de miel...

Pero entre él –Benincasa– y las bolsitas estaban las abejas. Después de un momento de descanso, pensó en el fuego; levantaría una buena humareda. La suerte quiso que mientras el ladrón acercaba cautelosamente la hojarasca húmeda, cuatro o cinco abejas se posaran en su mano, sin picarlo. Benincasa cogió una en seguida, y oprimiéndole el abdomen, constató que no tenía aguijón. Su saliva, ya liviana, se clarificó en melífica abundancia. ¡Maravillosos y buenos animalitos!

En un instante el contador desprendió las bolsitas de cera, y alejándose un buen trecho para escapar al pegajoso contacto de las abejas, se sentó en un raigón. De las doce bolas, siete contenían polen. Pero las restantes estaban llenas de miel, una miel oscura, de sombría transparencia, que Benincasa paladeó golosamente. Sabía distintamente a algo. ¿A qué? El contador no pudo precisar. Acaso a resina de frutales o de eucalipto. Y por igual motivo, tenía la densa miel un vago dejo áspero. ¡Mas qué perfume, en cambio!

Benincasa, una vez bien seguro de que cinco bolsitas le serían útiles, comenzó. Su idea era sencilla: tener suspendido el panal goteante sobre su

boca. Pero como la miel era espesa, tuvo que agrandar el agujero, después de haber permanecido medio minuto con la boca inútilmente abierta. Entonces la miel asomó, adelgazándose en pesado hilo hasta la lengua del contador.

Uno tras otro, los cinco panales se vaciaron así dentro de la boca de Benincasa. Fue inútil que este prolongara la suspensión, y mucho más que repasara los globos exhaustos; tuvo que resignarse.

Entre tanto, la sostenida posición de la cabeza en alto lo había mareado un poco. Pesado de miel, quieto y los ojos bien abiertos, Benincasa consideró de nuevo el monte crepuscular. Los árboles y el suelo tomaban posturas por demás oblicuas, y su cabeza acompañaba el vaivén del paisaje.

–Qué curioso mareo... –pensó el contador–. Y lo peor es...

Al levantarse e intentar dar un paso, se había visto obligado a caer de nuevo sobre el tronco. Sentía su cuerpo de plomo, sobre todo las piernas, como si estuvieran inmensamente hinchadas. Y los pies y las manos le hormigueaban.

–¡Es muy raro, muy raro, muy raro! –se repitió estúpidamente Benincasa, sin escudriñar, sin embargo, el motivo de esa rareza–. Como si tuviera hormigas... La corrección –concluyó.

Y de pronto la respiración se le cortó en seco, de espanto.

–¡Debe ser la miel!... ¡Es venenosa!... ¡Estoy envenenado!

Y a un segundo esfuerzo para incorporarse, se le erizó el cabello de terror; no había podido ni aun moverse. Ahora la sensación de plomo y el hormigueo subían hasta la cintura. Durante un rato el horror de morir allí, miserablemente solo, lejos de su madre y sus amigos, le cohibió todo medio de defensa.

–¡Voy a morir ahora!... ¡De aquí a un rato voy a morir!... ¡No puedo mover la mano!...

En su pánico constató, sin embargo, que no tenía fiebre ni ardor de garganta, y el corazón y pulmones conservaban su ritmo normal. Su angustia cambió de forma.

–¡Estoy parálítico, es la parálisis! ¡Y no me van a encontrar!...

Pero una visible somnolencia comenzaba a apoderarse de él, dejándole íntegras sus facultades, a la par que el mareo se aceleraba. Creyó así notar que el suelo oscilante se volvía negro y se agitaba vertiginosamente. Otra vez subió a su memoria el recuerdo de la corrección, y en su pensamiento se fijó como una suprema angustia la posibilidad de que eso negro que invadía el suelo...

Tuvo aún fuerzas para arrancarse a ese último espanto, y de pronto lanzó un grito, un verdadero alarido, en que la voz del hombre recobra la tonalidad del niño aterrado: por sus piernas trepaba un precipitado río de hormigas negras. Alrededor de él la corrección devoradora oscurecía el suelo, y el contador sintió, por bajo del calzoncillo, el río de hormigas carnívoras que subían.

Su padrino halló por fin, dos días después, y sin la menor partícula de carne, el esqueleto cubierto de ropa de Benincasa. La corrección que mero-deaba aún por allí, y las bolsitas de cera, lo iluminaron suficientemente.

No es común que la miel silvestre tenga esas propiedades narcóticas o paralizantes, pero se la halla. Las flores con igual carácter abundan en el trópico, y ya el sabor de la miel denuncia en la mayoría de los casos su condición; tal el dejo a resina de eucaliptus que creyó sentir Benincasa.

Horacio Quiroga, *Cuentos de la selva*, Buenos Aires, Losada, 1995.

Un expreso del futuro

Michel Verne

–Ande con cuidado –gritó mi guía–. ¡Hay un escalón!

Descendiendo con seguridad el escalón de cuya existencia se me informó, entré en una amplia habitación, iluminada por enceguedores reflectores eléctricos; el sonido de nuestros pasos era lo único que quebraba la soledad y el silencio del lugar.

¿Dónde me encontraba? ¿Qué estaba haciendo yo allí? ¿Quién era mi misterioso guía? No tenía respuestas. Una larga caminata nocturna, puertas de hierro que se abrieron y se cerraron con estrépitos metálicos, escaleras que se internaban (así me pareció) en las profundidades de la Tierra... Es todo lo que podía recordar. No tuve, sin embargo, mucho tiempo para pensar.

–Seguramente se preguntará usted quién soy –dijo mi guía–. El coronel Pierce, a sus órdenes. ¿Dónde está usted? Pues en Estados Unidos, en Boston... en una estación.

–¿Una estación?

—Así es; el punto de partida de la Compañía de Tubos Neumáticos de Boston a Liverpool.

Y con gesto pedagógico, el coronel señaló dos grandes cilindros de hierro, de aproximadamente un metro y medio de diámetro, que surgían del suelo, a pocos pasos de distancia.

Miré esos cilindros, que se incrustaban a la derecha en una masa de mampostería, y en su extremo izquierdo estaban cerrados por pesadas tapas metálicas, de las que se desprendía un racimo de tubos que se empotraban en el techo; al instante comprendí el propósito de todo esto.

¿Acaso no había leído yo, poco tiempo atrás, en un periódico norteamericano, un artículo que describía este extraordinario proyecto para unir Europa con el Nuevo Mundo mediante dos colosales tubos submarinos? Un inventor había declarado que el asunto ya estaba cumplido. Y ese inventor, el coronel Pierce, estaba ahora frente a mí.

Recompuse mentalmente aquel artículo periodístico.

El periodista se detenía en detalles sobre el emprendimiento. Afirmaba que eran necesarios más de tres mil millas de tubos de hierro, que pesaban más de trece millones de toneladas, sin contar los buques requeridos para el transporte de los materiales: 200 barcos de dos mil toneladas, que debían efectuar treinta y tres viajes cada uno. Esta “Armada de la Ciencia” llevaba el hierro hacia dos navíos especiales, a bordo de los cuales eran unidos los extremos de los tubos entre sí, envueltos por un triple tejido de hierro y recubiertos por una preparación resinosa, con el objeto de resguardarlos de la acción del agua de mar.

Pasado inmediatamente el tema de la obra, el periodista cargaba los tubos (convertidos en una especie de cañón de interminable longitud) con una serie de vehículos, que debían ser impulsados con sus viajeros dentro, por potentes corrientes de aire, de la misma manera en que son trasladados los despachos postales en París.

Al final del artículo se establecía un paralelismo con el ferrocarril, y el autor enumeraba con entusiasmo las ventajas del nuevo y osado sistema. En su opinión, al pasar por los tubos debería anularse toda alteración nerviosa, debido a que la superficie interior del vehículo había sido confeccionada en metal finamente pulido; la temperatura se regulaba mediante corrientes de aire, por lo que el calor podría modificarse de acuerdo con las estaciones; los precios de los pasajes resultarían sorprendentemente bajos, debido al poco

costo de la construcción y de los gastos de mantenimiento... Se olvidaba, o se dejaba de lado cualquier consideración referente a los problemas de la gravitación y del deterioro por el uso.

Todo eso recordé en aquel momento.

Así que aquella “Utopía” se había vuelto realidad ¡y aquellos dos cilindros que tenía frente a mí partían desde este mismísimo lugar, pasaban luego bajo el Atlántico, y finalmente alcanzaban la costa de Inglaterra!

A pesar de la evidencia, no conseguía creerlo. Que los tubos estaban allí, era algo indudable, pero creer que un hombre pudiera viajar por semejante ruta... ¡jamás!

–Obtener una corriente de aire tan prolongada sería imposible –expresé en voz alta aquella opinión.

–Al contrario, ¡absolutamente fácil! –protestó el coronel Pierce–. Todo lo que se necesita para obtenerla es una gran cantidad de turbinas impulsadas por vapor, semejantes a las que se utilizan en los altos hornos. Estas transportan el aire con una fuerza prácticamente ilimitada, propulsándolo a mil ochocientos kilómetros horarios... ¡casi la velocidad de una bala de cañón! De manera tal que nuestros vehículos con sus pasajeros efectúan el viaje entre Boston y Liverpool en dos horas y cuarenta minutos.

–¡Mil ochocientos kilómetros por hora! –exclamé.

–Ni uno menos. ¡Y qué consecuencias maravillosas se desprenden de semejante promedio de velocidad! Como la hora de Liverpool está adelantada con respecto a la nuestra en cuatro horas y cuarenta minutos, un viajero que salga de Boston a las 9, arribará a Liverpool a las 3:53 de la tarde. ¿No es este un viaje hecho a toda velocidad? Corriendo en sentido inverso, hacia estas latitudes, nuestros vehículos le ganan al Sol más de novecientos kilómetros por hora, como si trepan por una cuerda movediza. Por ejemplo, partiendo de Liverpool al medio día, el viajero arribará a esta estación a las 9:34 de la mañana... O sea, más temprano que cuando salió. ¡Ja! ¡Ja! No me parece que alguien pueda viajar más rápidamente que eso.

Yo no sabía qué pensar. ¿Acaso estaba hablando con un maniático?... ¿O debía creer todas esas teorías fantásticas, a pesar de las objeciones que brotaban de mi mente?

–Muy bien, ¡así debe ser! –dije–. Aceptaré que lo viajeros puedan tomar esa ruta de locos, y que usted puede lograr esta velocidad increíble. Pero una vez

que la haya alcanzado, ¿cómo hará para frenarla? ¡Cuando llegue a una parada todo volará en mil pedazos!

—¡No, de ninguna manera! —objetó el coronel, encogiéndose de hombros—. Entre nuestros tubos (uno para irse, el otro para regresar a casa), alimentados consecuentemente por corrientes de direcciones contrarias, existe una comunicación en cada juntura. Un destello eléctrico nos advierte cuando un vehículo se acerca; librado a su suerte, el tren seguiría su curso debido a la velocidad impresa, pero mediante el simple giro de una perilla podemos accionar la corriente opuesta de aire comprimido desde el tubo paralelo y, de a poco, reducir a nada el impacto final. ¿Pero de qué sirven tantas explicaciones? ¿No sería preferible una demostración?

Y sin aguardar mi respuesta, el coronel oprimió un reluciente botón plateado que salía del costado de uno de los tubos. Un panel se deslizó suavemente sobre sus estrías, y a través de la abertura así generada alcancé a distinguir una hilera de asientos, en cada uno de los cuales cabían cómodamente dos personas, lado a lado.

—¡El vehículo! —exclamó el coronel—. ¡Entre!

Lo seguí sin oponer la menor resistencia, y el panel volvió a deslizarse detrás de nosotros, retomando su anterior posición.

A la luz de una lámpara eléctrica, que se proyectaba desde el techo, examiné minuciosamente el artefacto en que me hallaba.

Nada podía ser más sencillo: un largo cilindro, tapizado con prolijidad; de extremo a extremo se disponían cincuenta butacas en veinticinco hileras paralelas. Una válvula en cada extremo regulaba la presión atmosférica, de manera que entraba aire respirable por un lado, y por el otro se descargaba cualquier exceso que superara la presión normal.

Luego de perder unos minutos en este examen, me ganó la impaciencia:

—Bien —dije—. ¿Es que no vamos a arrancar?

—¿Si no vamos a arrancar? —exclamó el coronel Pierce—. ¡Ya hemos arrancado!

Arrancado... Sin la menor sacudida... ¿Era posible? Escuché con suma atención, intentando detectar cualquier sonido que pudiera darme alguna evidencia.

¡Si en verdad habíamos arrancado, si el coronel no me había estado mintiendo al hablarme de una velocidad de mil ochocientos kilómetros por hora, ya debíamos estar lejos de tierra, en las profundidades del mar, con el inmenso oleaje de cresta espumosa por sobre nuestras cabezas; e incluso en ese

mismo instante, probablemente, confundiendo al tubo con una serpiente marina monstruosa, de especie desconocida, las ballenas estarían batiendo con furiosos coletazos nuestra larga prisión de hierro!

Pero no escuché más que un sordo rumor, provocado, sin duda, por la traslación de nuestro vehículo. Y ahogado por un asombro incomparable, incapaz de creer en la realidad de todo lo que estaba ocurriendo, me senté en silencio, dejando que el tiempo pasara.

Luego de casi una hora, una sensación de frescura en la frente me arrancó de golpe del estado de somnolencia en que había ido cayendo.

Alcé el brazo para tocarme la cara: estaba mojada.

¿Mojada? ¿Por qué estaba mojada? ¿Acaso el tubo había cedido a la presión del agua... una presión que obligadamente sería formidable, pues aumenta a razón de una “atmósfera” por cada diez metros de profundidad? ¿Habría irrumpido el océano sobre nosotros?

Fui presa del pánico. Aterrorizado, quise gritar... y me encontré en el jardín de mi casa, rociado generosamente por la violenta lluvia que me había despertado. Simplemente, me había quedado dormido mientras leía el artículo de un periodista norteamericano, referido a los extraordinarios proyectos del coronel Pierce... quien a su vez, mucho me temo, también había soñado.

Michel Verne, “An Express of the Future”, en *The Strand Magazine*, Londres, Noviembre de 1895 (traducción especial para esta edición).

Hamlet. Acto III, Escena I (fragmento)

William Shakespeare

HAMLET: Ser o no ser, esa es la cuestión.

¿Es más noble soportar con ánimo templado
Los golpes y dardos de la insultante fortuna,
O levantarse en armas contra un mar de adversidades,
Y enfrentándolas ponerles fin? Morir, dormir...

Nada más. Y pensar que durmiendo damos fin
Al dolor del corazón y a las mil desdichas naturales
Que son herencia de la carne. Es una consumación
Digna de anhelarse. Morir, dormir...
Dormir, tal vez soñar. ¡Ay! Ahí está el obstáculo:
Debe hacernos vacilar el pensar qué sueños puedan asaltarnos
En ese sueño de la muerte, cuando nos hayamos desprendido
De estas mortales ataduras. He ahí el motivo
Que da tan larga vida a la desgracia,
Porque ¿quién toleraría los azotes y el desdén del mundo,
La injusticia del tirano, las afrentas del soberbio,
El tormento del amor despreciado, la demora de la ley,
La insolencia del poder y el desprecio
Que el paciente mérito recibe del hombre indigno,
Pudiendo liberarse él mismo de sus males
Con un simple puñal? ¿Quién sobrellevaría las cargas
De una agotadora vida de gemidos y sudor
Si no fuera porque el temor a alguna cosa tras la muerte,
Ese ignoto país de cuyos confines
Ningún viajero vulva, confunde la voluntad,
Haciéndonos preferir las desgracias que sufrimos
Antes que lanzarnos sobre otras que desconocemos?
La conciencia, así, nos acobarda a todos,
Y así también el ímpetu natural de la resolución
Se desvanece bajo el de nuestras pálidas meditaciones,
Y empresas de gran envergadura e importancia
Tuercen su curso por culpa de este miramiento
Y pierden el título de acción. Pero, ¡silencio!,
La hermosa Ofelia. Ninfa, en tus plegarias
Recuerda todos mis pecados.

Sobre costo y calidad de la imagen de la guadaña

Sergio Raimondi

Un poema sería necesario en tanto fuese capaz,
dicen, de responder a esas preguntas esenciales
como la de, oh, la Muerte, asunto aparentemente
inevitable. Pongamos que sea así. Lo que interesa
sin embargo es la materia con que ha sido forjada
la hoja de la bendita guadaña. Siglos y más siglos
de golpes secos: tzacc, ifuera!, tzacc, ifuera!, tzacc.
El terminal la ve venir por el pasillo, se da vuelta
y pide un té mientras imagina un filo por mellado
ineficaz. Quizás se equivoque, y quizás mucho,
pero la imagen no es la de quien violenta bajará
el arma y hará rodar la cabeza, es la de quien afila,
sentada en un banco de madera en un cuchitril,
una y otra vez el metal contra la piedra esmeril
y las moscas, pensando en la relación entre esfuerzo
y paga, temerosa de exigir lo que le corresponde
y de ser reemplazada por quejosa en un santiamén.

Sergio Raimondi, *Poesía civil*, Bahía Blanca/Buenos Aires, VOX, 2001.

Sileno en la Estación del Ferrocarril

Sergio Raimondi

Acostado de lado, con un codo incómodo
apoyado en el cemento y la cabeza
tirada hacia atrás, duerme. Rodillas dobladas,
pies contra el culo, al aire la panza enorme,
boca abierta al cielo, chata nariz.
Esto es obra de dos o tres tetra-brik.
Si fuera de mármol estaría expuesto
en un museo de Roma, Londres o París
como ejemplo de arte helenístico.
Y no le molestarían las moscas.

Sergio Raimondi, *Poesía civil*, Bahía Blanca/Buenos Aires, VOX, 2001.

Sueño y reparación

Sergio Raimondi

Como ciertos motores de nafta, el operario
se alimenta de sopa, una porción de papas
hervidas, un sánduche de milanesa y dos
frutas que pueden ser naranjas o manzanas.
Todo esto sobre una bandeja de telgopor
envuelta en nylon. Además un vaso plástico
y una serie de jarras con jugo o agua
en forma regular dispersas sobre la mesa.
Si bien el menú no se repite en forma exacta
día a día, semana a semana, mes a mes,
ciertas vitaminas dominan la composición.
El paladar de cada uno de los comensales

se adapta a un sistema de sabores y pesos que varía según el grado de importancia de la empresa y la calidad de la licitación. Quienes se dedican a proveer las raciones saben sin duda que no conviene generar somnolencia (usualmente modorra o fiaca), aunque es posible que un sueño limitado de entre veinte y treinta minutos, la cabeza caída sobre el respaldar, sueltos los brazos a ambos lados de la silla, permita renovar las fuerzas del cuerpo con un plus de eficacia. Con una pala en la mano a punto de ser hundida en el montón de tierra, el operario se asemeja desde muy lejos a la máquina que hace lo mismo aunque con rapidez mayor y en mayor cantidad. El sol, la lluvia y la acción constante también debilitan el artefacto e imprimen marcas notables no solo en la carrocería sino en el sistema de transmisión y aún en el motor mismo; su siempre inminente vejez, sin embargo, se mide menos por progresivas deficiencias que por la aparición de un nuevo modelo de funcionalidad más amplia y costo más bajo.

Sergio Raimondi, *Poesía civil*, Bahía Blanca/Buenos Aires, VOX, 2001.

La colección Antón Chéjov

Hace unos días fui a visitar a mi amigo, un periodista llamado Misha Kovrov. Lo encontré sentado en el sofá, limpiándose las uñas y tomando té. Me ofreció una taza.

–Pero yo nunca tomo té sin pan –dije–. ¿No me darías un poco?

–¡Nunca! Si fueras mi enemigo jurado, podría servirte un poco de pan, pero a un amigo, ¡nunca!

–Qué raro. ¿Por qué?

–Voy a contarte por qué. Acércate.

Misha me llevó a su escritorio y abrió un cajón.

–Mira.

Miré adentro, pero no puede ver nada que valiera la pena mencionar. “No hay nada ahí. Solamente un poco de mugre... clavos, pedazos de diario, y algunos trapos”.

–Eso es precisamente lo que tenías que ver. Me llevó diez años coleccionar esos clavos y pedazos de trapo y cuerda. ¡Esta es una colección de suma importancia!

Misha agarró la basura y la esparció sobre una hoja de papel de diario.

–¿Ves este fósforo quemado? –me preguntó, señalando la punta de un fósforo común, levemente chamuscado–. Este es un fósforo bien interesante. Di con él el año pasado en un bollo que había comprado en lo de Sevastyanov. Casi me ahogo. Afortunadamente, mi mujer estaba en casa y me aporreó la espalda hasta que lo escupí, o el fósforo podría haberse quedado a vivir en mi garganta. Mira esta uña. ¿Será de la mano o del pie, qué te parece? Hace tres años la encontré en un bizcocho que había comprado en lo de Filippov. Ese engendro de la naturaleza no tenía brazos ni piernas ¡pero tenía uñas! Ah, y ese pedazo de trapo verde lo encontré hace cinco años en una salchicha que compré en una de las mejores carnicerías de Moscú. Esta cucaracha disecada nadaba en una sopa que tomé en el buffet de una estación de tren, y este clavo lo encontré en una albóndiga que me comí en ese mismo buffet. La cola de rata y el pedacito de cuero estaban en aquel mismo pan que compré en Filippov. El arenque este, del que ya quedan sólo las espinas, lo encontró mi esposa en una torta que le regalaron el día de su santo. Y esta bestia, que res-

ponde al nombre de chinche, me la trajeron en un jarro de cerveza en una cervecería alemana. Ah, y ese pedazo de guano casi me lo trago en una taberna mientras comía un pastel de pescado. Y así todo, mi amigo.

–¡Qué colección extraordinaria!

–Ya lo creo. Pesa alrededor de una libra y media y eso que no contiene todos los ítems que llegué a tragar y digerir sin darme cuenta. Yo diría que debo haber tragado unas buenas cinco o seis libras.

Misha recogió el periódico cuidadosamente, examinó con ternura su colección por un minuto largo, y después la devolvió al cajón. Tomé la taza, sorbí mi té, y me abstuve de volver a pedirle que me trajera algo de pan.

Anton Chéjov, *The Undiscovered Chekhov*, Nueva York, Seven Stories Press, 1998 (traducción especial para esta edición).

Las islas voladoras

Antón Chéjov

Capítulo I: La conferencia

–¡He terminado, caballeros! –dijo Mr. John Lund, joven miembro de la Real Sociedad Geográfica, mientras se desplomaba exhausto sobre un sillón. La sala de asambleas resonó con grandes aplausos y gritos de ¡bravo! Uno tras otro, los caballeros asistentes se dirigieron hacia John Lund y le estrecharon la mano. Como prueba de su asombro, diecisiete caballeros rompieron diecisiete sillas y torcieron ocho cuellos, pertenecientes a otros ocho caballeros, uno de los cuales era el capitán de La Catástrofe, un yate de 100.000 toneladas.

–¡Caballeros! –dijo Mr. Lund, profundamente emocionado–. Considero mi más sagrada obligación el darles a ustedes las gracias por la asombrosa paciencia con la que han escuchado mi conferencia de una duración de 40 horas, 32 minutos y 14 segundos... ¡Tom Grouse! –exclamó, volviéndose hacia su viejo

criado—. Despiértame dentro de cinco minutos. Dormiré, mientras los caballeros me disculpan por la descortesía de hacerlo.

—¡Sí, señor! —dijo el viejo Tom Grouse.

John Lund echó hacia atrás la cabeza, y estuvo dormido en un segundo.

John Lund era escocés de nacimiento. No había tenido una educación formal ni estudiado para obtener ningún grado, pero lo sabía todo. La suya era una de esas naturalezas maravillosas en las que el intelecto natural lleva a un innato conocimiento de todo lo que es bueno y bello. El entusiasmo con el que había sido recibido su parlamento estaba totalmente justificado. En el curso de cuarenta horas había presentado un vasto proyecto a la consideración de los honorables caballeros, cuya realización llevaría a la consecución de gran fama para Inglaterra y probaría hasta qué alturas puede llegar en ocasiones la mente humana.

“La perforación de la Luna, de uno a otro lado, mediante una colosal barrena”. ¡Este era el tema de la brillantemente pronunciada conferencia de Mr. Lund!

Capítulo II: El misterioso extraño

Sir Lund no durmió siquiera durante tres minutos. Una pesada mano descendió sobre su hombro y tuvo que despertarse. Ante él se alzaba un caballero de un metro, ocho decímetros, dos centímetros y siete milímetros de altura, flexible como un sauce y delgado como una serpiente disecada. Era completamente calvo. Enteramente vestido de negro, llevaba cuatro pares de anteojos sobre la nariz, un termómetro en el pecho y otro en la espalda.

—¡Sígame! —exclamó el calvo caballero con tono sepulcral.

—¿Dónde?

—¡Sígame, John Lund!

—¿Y qué pasará si no lo hago?

—¡Entonces me veré obligado a perforar a través de la Luna antes de que lo haga usted!

—En ese caso, caballero, estoy a su servicio.

—Su criado caminará detrás de nosotros.

Mr. Lund, el caballero calvo y Tom Grouse abandonaron la sala de asambleas, saliendo a las bien iluminadas calles de Londres. Caminaron durante largo tiempo.

—Señor —dijo Grouse a Mr. Lund—, si nuestro camino es tan largo como este

caballero, de acuerdo con la ley de la fricción, igastaremos nuestras suelas!

Los caballeros meditaron un momento. Diez minutos después, tras decidir que el comentario de Grouse tenía mucha gracia, rieron ruidosamente.

–¿Con quién tengo el honor de compartir mis risas, caballero? –preguntó Lund a su calvo acompañante.

–Tiene el honor de caminar, hablar y reír con un miembro de todas las sociedades geográficas, arqueológicas y etnográficas del mundo, con alguien que posee un grado *magna cum laude* en cada ciencia que ha existido y que existe en la actualidad, es miembro del Club de las Artes de Moscú, fideicomisario honorífico de la Escuela de Obstetricia Bovina de Southampton, suscriptor del *The Illustrated Imp*, profesor de magia amarillo-verdosa y gastronomía elemental en la futura Universidad de Nueva Zelanda, director del Observatorio sin Nombre, William Bolvanus. Lo estoy llevando, caballero, a...

(John Lund y Tom Grouse cayeron de rodillas ante el gran hombre, del que tanto habían oído, e inclinaron sus cabezas en señal de respeto.)

–... lo estoy llevando, caballero, a mi observatorio, a treinta y dos kilómetros de aquí. ¡Caballero! El silencio es una bella cualidad en un hombre. Necesito un compañero en mi empresa, la significación de la cual será capaz de comprender con tan solo los dos hemisferios de su cerebro. Mi elección ha recaído en usted. Tras su conferencia de cuarenta horas, es muy improbable que desee entablar conversación conmigo, y yo, caballero, no amo a nada tanto como a mi telescopio y a un silencio prolongado. La lengua de su servidor, empero, será detenida a una orden suya. ¡Caballero, viva la pausa! Lo estoy llevando... Supongo que no tendrá nada en contra, ¿no es así?

–¡En absoluto, caballero! Tan solo lamento que no seamos corredores y, por otra parte, el que estos zapatos que estamos usando valgan tanto dinero.

–Le compraré zapatos nuevos.

–Gracias, caballero.

Aquellos de mis lectores que estén sobre ascuas por el deseo de tener un mejor conocimiento del carácter de Mr. William Bolvanus pueden leer su asombrosa obra: *¿Existió la Luna antes del Diluvio?; y, si así fue, ¿por qué no se ahogó?* A esta obra se le acostumbra a unir un opúsculo, posteriormente prohibido, publicado un año antes de su muerte y titulado: *Cómo convertir el Universo en polvo y salir con vida al mismo tiempo*. Estas dos obras reflejan la personalidad de este hombre, notable entre los notables, mejor que pudiera hacerlo cualquier otra cosa.

Incidentalmente, estas dos obras describen también cómo pasó dos años en los pantanos de Australia, subsistiendo enteramente a base de cangrejos, limo y huevos de cocodrilo, y sin hacer durante todo este tiempo ni un solo fuego. Mientras estaba en los pantanos, inventó un microscopio igual en todo a uno ordinario, y descubrió la espina dorsal en los peces de la especie “Riba”. Al volver de su largo viaje, se estableció a unos kilómetros de Londres y se dedicó enteramente a la astronomía. Siendo como era un auténtico misógino (se casó tres veces y tuvo, como consecuencia, tres espléndidos y bien desarrollados pares de cuernos), y no sintiendo deseos ocasionales de aparecer en público, llevaba la vida de un esteta. Con su sutil y diplomática mente, consiguió que su observatorio y su trabajo astronómico tan solo fuesen conocidos por él mismo. Para pesar y desgracia de todos los verdaderos ingleses, debemos hacer saber que este gran hombre ya no vive en nuestros días; murió hace algunos años, oscuramente, devorado por tres cocodrilos mientras nadaba en el Nilo.

Capítulo III: Los puntos misteriosos

El observatorio al que llevó a Lund y al viejo Tom Grouse... (sigue aquí una larga y tremendamente aburrida descripción del observatorio, que el traductor del francés al ruso ha creído mejor no traducir para ganar tiempo y espacio). Allí se alzaba el telescopio perfeccionado por Bolvanius. Mr. Lund se dirigió hacia el instrumento y comenzó a observar la Luna.

–¿Qué es lo que ve, caballero?

–La Luna, caballero.

–Pero ¿qué es lo que ve cerca de la Luna, caballero?

–Tan solo tengo el honor de ver la Luna, caballero.

–Pero ¿no ve unos puntos pálidos moviéndose cerca de la Luna, caballero?

–¡Pardiez, caballero! ¡Veo los puntos! ¡Sería un asno si no los viera! ¿De qué clase de puntos se trata?

–Esos puntos tan solo son visibles a través de mi telescopio. ¡Pero ya basta! ¡Deje de mirar a través del aparato! Mr. Lund y Tom Grouse, yo deseo saber, tengo que saber, qué son esos puntos. ¡Estaré allí pronto! ¡Voy a hacer un viaje para verlos! Y ustedes vendrán conmigo.

–¡Hurra! –gritaron a un tiempo John Lund y Tom Grouse–. ¡Vivan los puntos!

Capítulo IV: Catástrofe en el firmamento

Media hora más tarde, Mr. William Bolvanus, John Lund y Tom Grouse estaban volando hacia los misteriosos puntos en el interior de un cubo que era elevado por dieciocho globos. Estaba sellado herméticamente y provisto de aire comprimido y de aparatos para la fabricación de oxígeno.* El inicio de este estupendo vuelo sin precedentes tuvo lugar la noche del 13 de marzo de 1870. El viento provenía del sudoeste. La aguja de la brújula señalaba oeste-noroeste. (Sigue una descripción, extremadamente aburrida, del cubo y de los dieciocho globos.) Un profundo silencio reinaba dentro del cubo. Los caballeros se arrebujaban en sus capas y fumaban cigarros. Tom Grouse, tendido en el suelo, dormía como si estuviera en su propia casa. El termómetro** registraba bajo cero. En el curso de las primeras veinte horas, no se cruzó entre ellos ni una sola palabra ni ocurrió nada de particular. Los globos habían penetrado en la región de las nubes.

Algunos rayos comenzaron a perseguirles, pero no consiguieron darles alcance, como era natural esperar tratándose de ingleses. Al tercer día John Lund cayó enfermo de difteria y Tom Grouse tuvo un grave ataque en el bazo. El cubo colisionó con un aerolito y recibió un golpe terrible. El termómetro marcaba -76° .

—¿Cómo se siente, caballero? —preguntó Bolvanus a Mr. Lund el quinto día, rompiendo finalmente el silencio.

—Gracias, caballero —replicó Lund, emocionado—; su interés me conmueve. Estoy en la agonía. Pero, ¿dónde está mi fiel Tom?

—Está sentado en un rincón, mascando tabaco y tratando de poner la misma cara que un hombre que se hubiera casado con diez mujeres al mismo tiempo.

—¡Ja, ja, ja, Mr. Bolvanus!

—Gracias, caballero.

Mr. Bolvanus no tuvo tiempo de estrechar su mano con la del joven Lund antes de que algo terrible ocurriese. Se oyó un terrorífico golpe. Algo explotó, se escucharon un millar de disparos de cañón, y un profundo y furioso sil-

* Gas inventado por los químicos. Dicen que es imposible vivir sin él. Tonterías. Lo único sin lo cual no se puede vivir es el dinero.

** Este instrumento existe en la realidad. (Notas del traductor del francés al ruso.)

bido llenó el aire. El cubo de cobre, habiendo alcanzado la atmósfera rarificada y siendo incapaz de soportar la presión interna, había estallado, y sus fragmentos habían sido despedidos hacia el espacio sin fin.

¡Este era un terrible momento, único en la historia del Universo!

Mr. Bolvanius agarró a Tom Grouse por las piernas, este último agarró a Mr. Lund por las suyas, y los tres fueron llevados como rayos hacia un misterioso abismo. Los globos se soltaron. Al no estar ya contrapesados, comenzaron a girar sobre sí mismos, explotando luego con gran ruido.

—¿Dónde estamos, caballero?

—En el éter.

—Hummm. Si estamos en el éter, ¿qué es lo que respiramos?

—¿Dónde está su fuerza de voluntad, Mr. Lund?

—¡Caballeros! —gritó Tom Grouse—. ¡Tengo el honor de informarles que, por alguna razón, estamos volando hacia abajo y no hacia arriba!

—¡Bendita sea mi alma, es cierto! Esto significa que ya no nos encontramos en la esfera de influencia de la gravedad. Nuestro camino nos lleva hacia la meta que nos habíamos propuesto. ¡Hurra! Mr. Lund, ¿qué tal se encuentra?

—Bien, gracias, caballero. ¡Puedo ver la Tierra encima, caballero!

—Eso no es la Tierra. Es uno de nuestros puntos. ¡Vamos a chocar con él en este mismo momento!

iiiBOOOM!!!

Capítulo V: La isla de Johann Goth

Tom Grouse fue el primero en recuperar el conocimiento. Se restregó los ojos y comenzó a examinar el territorio en el que Bolvanius, Lund y él yacían. Se despojó de uno de sus calcetines y comenzó a dar friegas con él a los dos caballeros. Estos recobraron de inmediato el conocimiento.

—¿Dónde estamos? —preguntó Lund.

—¡En una de las islas que forman el archipiélago de las Islas Voladoras! ¡Hurra!

—¡Hurra! ¡Mire allí, caballero! ¡Hemos superado a Colón!

Otras varias islas volaban por encima de la que les albergaba (sigue la descripción de un cuadro comprensible tan solo para un inglés). Comenzaron a explorar la isla. Tenía... de largo y... de ancho (números, números, ¡una epi-

demia de números!). Tom Grouse consiguió un éxito al hallar un árbol cuya savia tenía exactamente el sabor del vodka ruso. Cosa extraña, los árboles eran más bajos que la hierba (?). La isla estaba desierta. Ninguna criatura viva había puesto el pie en ella.

–Vea, caballero, ¿qué es esto? –preguntó Mr. Lund a Bolvanius, recogiendo un manojo de papeles.

–Extraño... sorprendente... maravilloso... –murmuró Bolvanius.

Los papeles resultaron ser las notas tomadas por un hombre llamado Johann Goth, escritos en algún lenguaje bárbaro, creo que ruso.

–¡Maldición! –exclamó Mr. Bolvanius–. ¡Alguien ha estado aquí antes que nosotros! ¿Quién pudo haber sido? ¡Maldición! ¡Oh, rayos del cielo, machaquen mi potente cerebro! ¡Dejen que le eche las manos encima, tan solo dejen que se las eche! ¡Me lo tragaré de un bocado!

El caballero Bolvanius, alzando los brazos, rió salvajemente. Una extraña luz brillaba en sus ojos.

Se había vuelto loco.

Capítulo VI: El regreso

–¡Hurra! –gritaron los habitantes de El Havre, abarrotando cada centímetro del muelle. El aire vibraba con gritos jubilosos, campanas y música. La masa oscura que los había estado amenazando durante todo el día con una posible muerte estaba descendiendo sobre el puerto y no sobre la ciudad. Los barcos se hacían rápidamente a mar abierto. La masa negra que había ocultado el sol durante tantos días chapuzó pesadamente (*pesamment*), entre los gritos exultantes de la multitud y el tronar de la música, en las aguas del puerto, salpicando la totalidad de los muelles. Inmediatamente se hundió. Un minuto después había desaparecido toda traza de ella, exceptuando las olas que cruzaban la superficie en todas direcciones. Tres hombres flotaban en medio de las aguas: el enloquecido Bolvanius, John Lund y Tom Grouse. Fueron subidos rápidamente a bordo de unas barquichuelas.

–¡No hemos comido en cincuenta y siete días! –murmuró Mr. Lund, delgado como un artista hambriento. Y relató lo sucedido.

La isla de Johann Goth ya no existía. El peso de los tres bravos hombres la había hecho repentinamente más pesada.

Dejó la zona neutral de gravitación, fue atraída hacia la Tierra, y se hundió en el puerto de El Havre.

Conclusión

John Lund está ahora trabajando en el problema de perforar la Luna de lado a lado. Se acerca el momento en que la Luna se verá embellecida con un hermoso agujero. El agujero será propiedad de los ingleses.

Tom Grouse vive ahora en Irlanda y se dedica a la agricultura. Cría gallinas y da palizas a su única hija, a la que está educando al estilo espartano. Los problemas científicos todavía le preocupan: está furioso consigo mismo por no haber pensado en recoger ninguna semilla del árbol de la Isla Voladora cuya savia tenía el mismo, el mismísimo sabor que el vodka ruso.

Anton Chéjov, *The Undiscovered Chekhov*, Nueva York, Seven Stories Press, 1998 (traducción especial para esta edición).

El hombre que calculaba (fragmento)

Malba Tahan

Hacía pocas horas que viajábamos sin detenernos cuando nos ocurrió una aventura digna de ser relatada, en la que mi compañero Beremiz, con gran talento, puso en práctica sus habilidades de eximio cultivador del Álgebra.

Cerca de un viejo albergue de caravanas medio abandonado, vimos tres hombres que discutían acaloradamente junto a un hato de camellos. Entre gritos e improperios, en plena discusión, braceado como posesos, se oían exclamaciones:

–¡Que no puede ser!

–¡Es un robo!

–¡Pues yo no estoy de acuerdo!

El inteligente Beremiz procuró informarse de lo que discutían.

–Somos hermanos, explicó el más viejo, y recibimos como herencia esos 35 camellos. Según la voluntad expresa de mi padre, me corresponde la mitad, a mi hermano Hamed Namur una tercera parte y a Harim, el más joven, solo la novena parte. No sabemos, sin embargo, cómo efectuar la partición y a cada reparto propuesto por uno de nosotros sigue la negativa de los otros dos. Ninguna de las particiones ensayadas hasta el momento nos ha ofrecido un resultado aceptable. Si la mitad de 35 es 17 y medio, si la tercera parte y también la novena de dicha cantidad tampoco son exactas, ¿cómo proceder a tal partición?

–Muy sencillo –dijo el hombre que calculaba–. Yo me comprometo a hacer con justicia ese reparto, mas antes permítanme que una a esos 35 camellos de la herencia este espléndido animal que nos trajo aquí en buena hora. En este punto intervine en la cuestión.

–¿Cómo voy a permitir semejante locura? ¿Cómo vamos a seguir el viaje si nos quedamos sin el camello?

–No te preocupes, bagdalí –me dijo en voz baja Beremiz–. Sé muy bien lo que estoy haciendo. Cédeme tu camello y verás a qué conclusión llegamos.

Y tal fue el tono de seguridad con que lo dijo que le entregué sin el menor titubeo mi bello jamal, que, inmediatamente, pasó a incrementar la cáfila que debía ser repartida entre los tres herederos.

–Amigos míos, dijo, voy a hacer la división justa y exacta de los camellos, que como ahora ven son 36.

Y volviéndose hacia el más viejo de los hermanos, habló así:

–Tendrás que recibir, amigo mío, la mitad de 35, esto es: 17 y medio. Pues bien, recibirás la mitad de 36 y, por tanto, 18. Nada tienes que reclamar puesto que sales ganando con esta división.

Y dirigiéndose al segundo heredero, continuó:

–Y tú, Hamed, tendrás que recibir un tercio de 35, es decir 11 y poco más. Recibirás un tercio de 36, esto es, 12. No podrás protestar, pues también tú sales ganando en la división.

Y por fin dijo al más joven:

–Y tú, joven Harim Namur, según la última voluntad de tu padre, tendrás que recibir una novena parte de 35, o sea 3 camellos y parte del otro. Sin embargo, te daré la novena parte de 36 o sea, 4. Tu ganancia será también notable y bien podrás agradecerme el resultado.

Y concluyó con la mayor seguridad:

–Por esta ventajosa división que a todos ha favorecido, corresponden 18 camellos al primero, 12 al segundo y 4 al tercero, lo que da un resultado $-18 + 12 + 4-$ de 34 camellos. De los 36 camellos sobran por tanto dos. Uno, como saben, pertenece al bagdalí, mi amigo y compañero; otro es justo que me corresponda, por haber resuelto a satisfacción de todos el complicado problema de la herencia.

–Eres inteligente, extranjero, exclamó el más viejo de los tres hermanos, y aceptamos tu división con la seguridad de que fue hecha con justicia y equidad.

Y el astuto Beremiz –el Hombre que Calculaba– tomó posesión de uno de los más bellos jamales del hato, y me dijo entregándome por la rienda el animal que me pertenecía:

–Ahora podrás, querido amigo, continuar el viaje en tu camello, manso y seguro. Tengo otro para mi especial servicio.

Y seguimos camino hacia Bagdad.

Malba Tahan, *El hombre que calculaba*, Barcelona, Verón Editor, 1972.

Leyenda del astrólogo árabe

Washington Irving

En tiempos antiguos, hace ya muchos siglos, había un rey moro llamado Aben-Habuz, que gobernaba el reino de Granada. Era un guerrillero ya retirado, es decir, que habiendo llevado en sus días juveniles una vida continuamente entregada al pillaje y a la pelea, por haberse hecho débil y achacoso, anhelaba ya tan solo la quietud y deseaba a toda costa vivir en paz con sus enemigos, durmiendo sobre los laureles y gozando tranquilamente la posesión de los Estados que había usurpado a sus vecinos.

Sucedió, sin embargo, que este razonable, pacífico y viejo monarca tuvo, a pesar suyo, que luchar con algunos jóvenes príncipes, ansiosos de pelear y alcanzar renombre, y enteramente dispuestos a pedirle estrecha cuenta de sus

usurpaciones. Ciertos territorios lejanos del reino, a los cuales trató cruelmente en los días de su mayor pujanza, se sintieron fuertes y con ánimos para sublevarse cuando le vieron achacoso, amenazando atacarle dentro de su misma capital. Viéndose, pues, rodeado de descontentos, y con el grave inconveniente de la posición topográfica de Granada, circundada de agrestes y escabrosas montañas que ocultan la aproximación de los enemigos, el infortunado Aben-Habuz vivió constantemente alarmado y vigilante, sin saber por qué lado se romperían las hostilidades.

De nada sirvió el que levantase atalayas en las montañas y acantonara guardias en todos los pasos, con órdenes terminantes de encender hogueras de noche y levantar humaredas de día si veían aproximarse algún enemigo; pues sus astutos contrarios, burlando todas estas precauciones, solían asomarse por algún oculto desfiladero, y assolaban el país en las mismas barbas del monarca, retirándose después cargados de prisioneros y de botín a las montañas. ¿Hubo nunca conquistador ya retirado y pacífico que se viese como él reducido a tan dura condición?

Cuando Aben-Habuz se hallaba contristado por estos tormentos y molestias llegó a su corte un antiguo médico árabe, cuya nevada barba le llegaba a la cintura; pero el cual, a pesar de sus señales evidentes de larga longevidad, había ido peregrinando a pie desde Egipto hasta Granada, sin otra ayuda que su báculo cubierto de jeroglíficos. Venía precedido de la aureola de la fama: se llamaba Ibrahim Eben Abu Ajib y se le creía contemporáneo de Mahoma, pues era hijo de Abu Ajib, el último compañero del Profeta. Cuando niño, siguió al ejército conquistador de Amrou al Egipto, y en aquel país habitó durante muchos años, estudiando las ciencias ocultas, y en particular la magia, con los sacerdotes egipcios.

Se decía también que había encontrado el secreto de prolongar la vida, y que por este medio había llegado a la larga edad de más de dos siglos; pero como no descubrió este secreto hasta muy entrado en años, solo consiguió perpetuar sus canas y sus arrugas.

Este extraordinario anciano fue bien recibido del monarca, el cual, como la mayor parte de los reyes octogenarios, comenzó a hacer a los médicos sus favoritos. Quiso instalarlo en su palacio, pero el astrólogo prefirió una cueva que había en la falda de la colina que dominaba a Granada, y que es la misma sobre la cual se halla la Alhambra. Hizo ensanchar la caverna de tal modo que

formaba un espacioso y vasto salón, con un agujero circular en el techo, que parecía un pozo, por el cual miraba el firmamento y observaba las estrellas, aun en medio del día. También cubrió las paredes del salón con jeroglíficos egipcios, símbolos cabalísticos y figuras de estrellas con sus constelaciones, y proveyó su vivienda de instrumentos fabricados bajo su dirección por los más hábiles artistas de Granada, pero cuyas ocultas propiedades eran de él solamente conocidas.

En muy poco tiempo llegó a ser el sabio Ibrahim el consejero favorito del rey, el cual le consultaba cuando se veía en alguna tribulación. Estando una vez Aben-Habuz lamentando la injusticia de sus convecinos y quejándose de la perpetua vigilancia que se veía obligado a observar para guardarse de sus invasiones, el astrólogo, luego que aquel concluyó de hablar, permaneció un rato en silencio, y le dijo después:

–Sabe, ioh rey!, que cuando yo estaba en Egipto vi una gran maravilla inventada por una sacerdotisa pagana de la antigüedad. En una montaña que domina la ciudad de Borsa, y mirando al gran valle del Nilo, había una figura que representaba un carnero y encima de él un gallo, ambos fundidos en bronce y dispuestos de manera que giraban sobre un eje. Cuando el país estaba amenazado por alguna invasión, el carnero señalaba en dirección del enemigo y el gallo cantaba, y de este modo presentían el peligro los habitantes de la ciudad y conocían la dirección de donde venía, pudiendo prepararse con tiempo para defenderse.

–¡Gran Dios! –exclamó el atribulado Aben-Habuz–. ¡Qué tesoro sería para mí un carnero semejante, que me hiciese la misma señal en medio de esas montañas que me rodean, y un gallo como aquel que cantase cuando se acercara el peligro! ¡Allah Akbar! ¡Y qué tranquilo dormiría en mi palacio con tales centinelas en lo alto de mi torre!

El astrólogo esperó por un momento a que concluyese sus exclamaciones el rey, y continuó:

–Después que el virtuoso Amrou (¡cuyos restos descansan en paz!) concluyó la conquista de Egipto, permanecí algún tiempo entre los ancianos sacerdotes de aquel país, estudiando los ritos y ceremonias de aquellos ídólatras, procurando instruirme en las ciencias ocultas, por cuyo conocimiento alcanzaron aquellos tanto renombre. Estando sentado cierto día a orillas del Nilo conversando con un venerable sacerdote, me señaló las enormes pirámides

que se levantan como montañas en medio del desierto: “Todo lo que te podemos enseñar –me dijo– no es nada comparado con la ciencia que se encierra en esas portentosas edificaciones. En el centro de la pirámide que está en medio hay una cámara mortuoria en la que se conserva la momia del Gran Sacerdote que contribuyó a levantar esta estupenda construcción, y con él está enterrado el maravilloso *Libro de la Sabiduría*, que contiene todos los secretos del arte mágico. Este libro le fue dado a Adán después de su caída, y se ha ido heredando de generación en generación hasta el sabio rey Salomón, quien, con su ayuda, construyó el templo de Jerusalén. Cómo vino a poder del que construyó las pirámides, solamente lo sabe Aquel para quien no existen secretos”. Cuando oí estas palabras de labios del sacerdote egipcio mi corazón ardió en deseos de poseer tal libro. Como disponía de un gran número de soldados de nuestro ejército conquistador y de bastantes egipcios, comencé a agujerear la sólida masa de la pirámide, hasta que, después de mucho trabajar, encontré uno de sus pasadizos interiores, siguiendo el cual, e internándome en un confuso laberinto, llegué al corazón de la pirámide, a la misma cámara sepulcral donde yacía desde muchos siglos la momia del Gran Sacerdote. Rompí la caja exterior que lo guardaba, deslicé sus muchas fajas y vendajes, y por fin encontré en su seno el precioso libro. Lo cogí con mano trémula y salí presuroso de la pirámide, dejando la momia en su oscuro y tenebroso sepulcro, aguardando allí el día de la resurrección y juicio final.

–¡Hijo de Abu Ajib! –exclamó Aben-Habuz–, tú eres un gran viajero y has visto cosas maravillosas, pero ¿de qué me sirve, ¡triste de mí!, el *Libro de la Sabiduría* del sabio Salomón?

–Vas a saberlo, ¡oh rey! Con el estudio que hice de este libro me instruí en todas las artes mágicas, y cuento con la ayuda de un genio para llevar a cabo mis planes. El misterio del talismán de Borsa me es tan conocido, que puedo hacer uno como aquel, y aun con más grandes virtudes.

–¡Oh sabio hijo de Abu Ajib! –prorrumpió Aben-Habuz–. Más falta me hace ese talismán que todas las atalayas de las montañas y los centinelas de las fronteras. Dame tal salvaguardia y dispón de todas las riquezas de mi tesorería.

El astrólogo se puso inmediatamente a trabajar para satisfacer cumplidamente los deseos del monarca. Levantó una gran torre en lo más alto del palacio real (que estaba entonces situado en la colina del Albaicín), construida con piedras del Egipto, y extraídas –según se cuenta– de una de las pirámides. En lo alto de

la torre había una sala circular con ventanas que miraban a todos los puntos del cuadrante, y delante de cada una de estas colocó unas mesas sobre las cuales se hallaban formados, lo mismo que en un tablero de ajedrez, pequeños ejércitos de caballería e infantería tallados en madera, con la figura del soberano que gobernaba en aquella dirección. En cada una de estas mesas había una pequeña lanza del tamaño de un punzón, y en ellas, grabados, ciertos caracteres caldeos. Este salón estaba siempre cerrado con una puerta de bronce, cuya cerradura era de acero, y la llave la guardaba constantemente el rey.

En la parte más alta de la torre colocó una figura de bronce representando a un moro a caballo que giraba sobre un eje, con su escudo en el brazo y su lanza elevada perpendicularmente. La cara de este jinete miraba hacia la ciudad, como si la tuviese custodiando; pero, si se aproximaba algún enemigo, la figura señalaba en aquella dirección y blandía la lanza en ademán de acometer.

Cuando el talismán estuvo concluido del todo, Aben-Habuz se impacientaba por experimentar sus virtudes, y deseaba tanto una invasión como antes suspiraba por la tranquilidad. Sus deseos se vieron satisfechos bien pronto, pues cierta mañana temprano el centinela que guardaba la torre trajo la noticia de que el jinete de bronce señalaba hacia la Sierra de Elvira y que su lanza apuntaba directamente hacia el Paso de Lope.

—¡Que las tropas y tambores toquen a las armas y que toda Granada se ponga a la defensiva!— dijo Aben-Habuz.

—¡Oh rey!—le contestó el astrólogo—. No alarmes a tu ciudad ni pongas a tus guerreros sobre las armas, pues no necesito de ninguna fuerza para librar-te de tus enemigos. Manda que se retiren tus servidores y subamos solos al salón secreto de la torre.

El anciano Aben-Habuz subió la escalera apoyándose en el brazo del centenario Ibrahim Eben Abu Ajib, y abriendo la puerta de bronce penetraron dentro. La ventana que miraba hacia el Paso de Lope estaba abierta.

—Hacia aquella dirección—dijo el astrólogo— está el peligro; acércate, ¡oh rey! y observa el misterio de la mesa.

El rey Aben-Habuz se acercó a lo que parecía un tablero de ajedrez con figuras de madera, y con gran sorpresa suya vio que todas ellas estaban en movimiento: los caballos se espantaban y encabritaban, los guerreros blandían sus armas, y se oía el débil sonido de tambores y trompetas, el choque de armas y el relincho de corceles, pero todo tan apenas perceptible como el

zumbido de las abejas o el ruido de los mosquitos al oído del que duerme en el verano tendido a la sombra de un árbol en las horas de calor.

–He aquí, ioh rey! –dijo el astrólogo–, la prueba de que tus enemigos están todavía en el campo. Deben estar atravesando aquellas montañas por el Paso de Lope. Si quieres llevar el pánico y la confusión entre ellos y obligarlos a que se retiren sin efusión de sangre, golpea estas figuras con el asta de esta lanza mágica; pero si quieres que haya sangre y carnicería, hiédeles con la punta.

El rostro del pacífico Aben-Habuz se cubrió con un tinte lívido, y, tomando la pequeña lanza con mano temblorosa, se acercó vacilando a la mesa, mostrando con su barba trémula su estado de exaltación:

–¡Hijo de Abu Ajib! –exclamó–, creo que va a haber alguna sangre.

Así diciendo, hirió con la lanza mágica algunas de las diminutas figuras y tocó a otras con el asta, con lo cual unas cayeron como muertas sobre la mesa, y las demás, volviéndose las unas contra las otras, trabaron una confusa pelea, cuyo resultado fue igual por ambas partes.

Costó no poco trabajo al astrólogo el contener la mano de aquel monarca pacífico y oponerse a que exterminase completamente a sus enemigos; por último, pudo conseguir el que se retirase de la torre y que enviase avanzadas por el Paso de Lope.

Volvieron aquellas con la noticia de que un ejército cristiano se había internado por el corazón de la sierra casi hasta Granada, y que había habido entre ellos una desavenencia, haciendo repentinamente armas unos contra los otros, hasta que, después de una gran carnicería, se retiraron a sus fronteras.

Aben-Habuz enloqueció de alegría al ver la eficacia de su talismán.

–Al fin –dijo– podré gozar de una vida tranquila, y tendré a todos mis enemigos bajo mi poder. ¡Oh sabio hijo de Abu Ajib! ¿Qué podré otorgarte en premio de una cosa tan maravillosa?

–Las necesidades de un anciano y un filósofo, ioh rey! son escasas y bien sencillas; solamente deseo que me proporciones los medios, y con esto solo me contento, para que pueda poner habitable mi cueva.

–¡Cuán noble es la templanza del verdadero sabio! –exclamó Aben-Habuz, regocijándose interiormente por tan exigua recompensa.

Llamó, pues, a su tesorero, y le dio orden de entregar a Ibrahim las cantidades necesarias para arreglar y amueblar su cueva.

El astrólogo dispuso que abriesen otras varias habitaciones en la roca viva, de modo que formasen piezas contiguas con el salón astrológico, y las decoró y amuebló después con lujosas otomanas y divanes, haciendo cubrir las paredes con ricos tapices de seda de Damasco.

–Yo soy viejo –decía–, y no puedo por más tiempo descansar en un lecho de piedra, y estas húmedas paredes necesitan el que se tapicen.

También se hizo construir baños, con toda clase de perfumes y aceites aromáticos.

–El baño –añadía– es necesario para contrarrestar la rigidez de la edad y devolver al organismo la frescura y flexibilidad que perdió con el estudio.

Mandó colgar por todas las habitaciones infinidad de lámparas de plata y cristal, en las que ardía cierto aceite odorífero preparado con una receta que también encontró en los sepulcros de Egipto. Este aceite era perpetuo y esparcía un resplandor tan dulce como la templada luz del día.

“Los rayos del sol –pensaba el astrólogo– son demasiado abrasadores y fuertes para los ojos de un anciano, y la luz de una lámpara es más a propósito para los estudios de un filósofo.”

El tesorero del rey Aben-Habuz se lamentaba de las grandes cantidades que se le pedían diariamente para amueblar aquella vivienda y, por último, elevó al rey sus quejas; pero como la palabra real estaba empeñada, se encogió el monarca de hombros, y le dijo:

–No hay más que tener paciencia; este viejo tiene el capricho de habitar en un retiro filosófico como el interior de las Pirámides y las vastas ruinas de Egipto; pero todo tiene su fin en el mundo, y también lo tendrá la decoración de su vivienda.

El rey tenía razón: la vivienda quedó por fin concluida, formando un suntuoso palacio subterráneo.

–Ya estoy contento –dijo Ibrahim Eben Abu Ajíb al tesorero–; ahora voy a encerrarme en mi celda para consagrar todo el tiempo al estudio. No deseo ya nada más que una pequeña bagatela para distraerme en los intermedios del trabajo mental.

–¡Oh sabio Ibrahim! Pide lo que quieras, pues tengo orden de proveerte de todo lo que necesites en tu soledad.

–Me agradaría tener –dijo el filósofo– algunas bailarinas.

–¡Bailarinas!... –exclamó sorprendido el tesorero.

–Sí, bailarinas –replicó gravemente el sabio–; con unas pocas hay bastante, porque soy viejo, filósofo de costumbres sencillas y hombre contentadizo; pero que sean jóvenes y hermosas, para que pueda recrearme en ellas, pues mirando la juventud y la hermosura se reanima la vejez.

Mientras el filósofo Ibrahim Eben Abu Ajib pasaba la vida hecho un sabio en su vivienda, el pacífico Aben-Habuz libraba prodigiosas campañas simuladas desde su torre. Era muy cómodo para el pacífico anciano el guerrear sin salir de su palacio, entreteniéndose en destruir ejércitos como si fueran enjambres de mosquitos.

Durante mucho tiempo dio rienda suelta a su placer y aun escarneció e insultó con mucha frecuencia a sus enemigos para obligarles a que le atacasen; pero aquellos se hicieron poco a poco prudentes por los continuos descalabros que sufrían, hasta que al fin ninguno se aventuraba a invadir sus territorios. Por espacio de muchos meses permaneció la figura ecuestre de bronce indicando paz y con su lanza elevada a los aires, tanto que el buen anciano monarca comenzó a echar de menos su favorita distracción, agriándose su carácter con la monótona tranquilidad.

Al fin, cierto día el guerrero mágico giró de repente, y, bajando su lanza, señaló hacia las montañas de Guadix. Aben-Habuz subió precipitadamente a su torre, pero la mesa mágica, que estaba en aquella dirección, permanecía quieta y no se movía ni un solo guerrero. Sorprendido por este detalle, envió un destacamento de caballería a recorrer las montañas y registrarlas minuciosamente, de cuya comisión volvieron los exploradores a los tres días.

–Hemos registrado todos los pasos de las montañas –le dijeron–, pero no hemos encontrado ni lanzas ni corazas. Todo lo que hemos encontrado durante nuestra exploración ha sido una joven cristiana de singular hermosura, que dormía a la caída de la tarde junto a una fuente, y a la que hemos traído cautiva.

–¡Una joven de singular hermosura! –exclamó Aben-Habuz con los ojos chispeantes de júbilo–. ¡Qué la conduzcan a mi presencia!

La hermosa joven le fue presentada; iba vestida con el lujo y adorno que se usaba entre los hispanogóticos en el tiempo de las conquistas de los árabes; las negras trenzas de sus cabellos estaban entretejidas con sargas de riquísimas perlas, luciendo en su frente joyas que rivalizaban con la hermosura de sus ojos, pendiendo de su cuello una cadena de oro que terminaba en una lira de plata.

El brillo de sus negros y refulgentes ojos fueron chispas de fuego para el viejo Aben-Habuz, cuyo corazón era aún susceptible de enardecerse. La gentileza de aquel talle le hizo perder el seso, y, frenético y fuera de sí, le preguntó:

–¡Oh hermosísima mujer! ¿Quién eres? ¿Cómo te llamas?

–Soy hija de un príncipe cristiano, dueño y señor ayer de su reino y hoy reducido al cautiverio después de haber sido sus ejércitos aniquilados como por arte mágica.

–Cuidado, ioh rey! –dijo interrumpiéndola Ibrahim Eben Abu Ajib–, que esta joven parece ser una de esas hechiceras del Norte, de que todos tenemos noticias, que suelen tomar formas seductoras para engañar a los incautos. Me parece que adivino sus maleficios en los ojos y en sus ademanes; este es, sin duda, el enemigo que indicaba el talismán.

–¡Hijo de Abu Ajib –replicó el rey–, tú serás muy sabio y muy previsor en todo lo que me ocurra; no lo niego; pero no eres muy experto en asuntos de mujeres! En esa ciencia me las apuesto con todo el mundo, aun con el sapientísimo rey Salomón con todas sus mujeres y concubinas. Respecto a esta joven, no veo en ella nada maléfico: es hermosa en verdad y mis ojos encuentran suma complacencia recreándose en sus encantos.

–Escucha, ioh rey! –le dijo el astrólogo–: te he proporcionado muchas victorias por medio de mi mágico talismán, pero nunca he participado del botín; dame, pues, en buena hora esa cautiva para que me distraiga en mi soledad pulsando la lira de plata. Si es (como sospecho) una hechicera, yo le proporcionaré un antídoto contra sus maleficios.

–¡Cómo!... ¿Más mujeres? –le contestó Aben-Habuz–. ¿No tienes ya bastantes bailarinas para que te diviertan?

–Sí; tengo bastantes bailarinas, es cierto; pero no tengo ninguna cantora. Me agradaría tener mis ratos de música, que me solazasen e hiciesen descansar mi imaginación cuando está fatigada por el estudio.

–¡Vete al diablo con tus peticiones! –exclamó el rey, agotada ya su paciencia–. Esta joven la tengo destinada para mí. Siento tanto deleite con ella como David, padre del sabio Salomón, con la compañía de Abisag la sulamita.

Los reiterados ruegos e insistencias del astrólogo agriaron más la terminante negativa del monarca, separándose ambos muy despechados. El sabio se retiró a su cueva para devorar el desaire, no sin que antes de irse le aconsejara repetidas veces al rey que no se fiase de su peligrosa cautiva; pero

¿dónde se ha visto viejo enamorado que oiga consejos? Aben-Habuz dio rienda suelta a su pasión, y todos sus cuidados consistían en hacerse amable a los ojos de la gótica beldad; y, aunque no tenía juventud que le hiciese simpático, era poderoso, y los amantes viejos son generalmente generosos. Revolvió el Zacatín de Granada comprando los más preciados productos orientales: sedas, alhajas, piedras preciosas, exquisitos perfumes, cuanto el Asia y el África producen de espléndido y rico, otro tanto le regaló a la hermosa cautiva. También inventó mil clases de espectáculos y festines para divertirla: conciertos, bailes, torneos, corridas de toros; Granada en aquella época ofrecía una perpetua diversión.

La princesa cristiana miraba todo este esplendor sin asombrarse, como si estuviese acostumbrada a la pompa y magnificencia, y recibía todos los obsequios como un homenaje debido a su rango, o más bien a su hermosura, pues estaba más pagada de su belleza que de su elevada posición. Había más: parecía complacerse secretamente en incitar al monarca a que hiciese dispendios que mermasen su tesoro, estimando su extravagante generosidad como la cosa más baladí del mundo. A pesar de la constancia y esplendidez del viejo amante, nunca pudo este vanagloriarse de haber interesado su corazón; y si bien ella jamás le puso mal semblante, tampoco le sonreía, y cuando él le declaraba su amorosa pasión, ella le correspondía tocando su lira de plata. Había, sin duda alguna, cierta magia en los acordes de aquella lira, pues instantáneamente producían un efecto letal en el anciano; un sopor irresistible se empezaba a apoderar de él, y concluía por quedar sumido en él profundamente; mas cuando despertaba, se encontraba extraordinariamente ágil y curado para tiempo de sus amores. Esto le contrariaba sobremanera, aunque sus letargos iban acompañados de plácidos ensueños, pues sus sentidos se iban embotando; y, por otro lado, mientras el regio amante pasaba todos los días en este estado de estupor e imbecilidad, en Granada se censuraban sus choceces, creciendo cada día más las quejas y rumores del pueblo por las prodigalidades y despilfarros que le costaban las fatales canciones de aquella favorita.

Entretanto, los peligros arreciaban, y contra ellos el famoso talismán llegó a ser ineficaz. Estalló una insurrección en la misma capital; el palacio de Aben-Habuz fue asediado por la muchedumbre armada, resuelta a atentar contra su vida y contra la de la funesta cristiana favorecida. El apagado espíritu guerrero renació súbitamente en el pecho del monarca, y poniéndose a la cabeza de sus

guardias, hizo una salida y dispersó briosamente a los insurrectos, con lo que ahogó la sublevación en su origen.

Quando se restableció la calma, buscó al astrólogo, que aún continuaba retraído en su cueva, devorando el amargo recuerdo de su negativa.

Aben-Habuz se le acercó en tono conciliador y le dijo:

–¡Oh sabio hijo de Abu Ajib! Bien me anunciaste los peligros de la bella cautiva; dime, tú que evitas el peligro con tanta facilidad, qué debo hacer para librarme de él en adelante.

–Abandona inmediatamente a la joven infiel, que es la causa de todo.

–¡Antes dejaría mi reino! –dijo con firmeza Aben-Habuz.

–Estás en peligro de perder lo uno y lo otro –le replicó el astrólogo.

–No seas duro y desconfiado, ioh profundísimo filósofo! Considera la doble aflicción de un monarca y un amante, y excogita algún medio para librarme de los desastres que me amenazan. Nada me importa ya la grandeza ni el poder; solamente anhelo el descanso, y quisiera encontrar algún tranquilo retiro donde huyera del mundo, de los cuidados, de las pompas y desengaños, y donde dedicara mis últimos días a la tranquilidad y al amor.

El astrólogo lo miró por unos momentos, frunciendo sus pobladas cejas.

–¿Y qué me darías si te proporcionara el retiro que deseas?

–Tú mismo elegirás la recompensa, y, si está en mi mano, la tienes concedida por quien soy.

–¿Has oído, ioh rey!, hablar alguna vez del jardín del Irán, admiración de la Arabia Feliz?

–He oído hablar de ese jardín, que se cita en el Corán en el capítulo titulado *La aurora del día*. He oído también contar cosas maravillosas de ese jardín a los peregrinos que vienen de la Meca; pero las creo fabulosas como muchas de las que cuentan los viajeros que han visitado remotos países.

–No desacredites, ioh rey!, las narraciones de los viajeros –dijo gravemente el astrólogo–, porque encierran preciosos conocimientos traídos desde los confines de la tierra. Todo cuanto se dice del palacio y del jardín del Irán es cierto; yo mismo lo he visto con mis propios ojos. Escucha lo que a mí me sucedió, que en ello encontrarás cosa parecida a la que tú deseas.

En mi juventud, cuando yo no era más que un pobre árabe errante del desierto, cuidaba de los camellos de mi padre. Atravesando cierto día el desierto de Aden, uno de ellos se me separó de la caravana y se perdió. Yo lo bus-

qué durante algunos días, pero todo fue inútil, hasta que, ya rendido, me tendí una tarde bajo una palmera, junto a un pozo ya casi del todo seco. Cuando desperté me encontré a las puertas de una ciudad; entré en ella y vi que había suntuosas calles, plazas y mercados; pero todo en silencio y sin habitantes. Anduve errante hasta que descubrí un suntuoso palacio, y en él un jardín adornado de fuentes y estanques, alamedas y flores, y árboles cargados de delicadas frutas; pero no se veía allí alma viviente. Sobrecogido por tanta soledad, me apresuré a salir, y, cuando iba por la puerta de la ciudad, volví la vista hacia el mismo sitio, pero ya no vi nada más que el silencioso desierto que se extendía ante mi vista.

Por aquellos alrededores me encontré con un anciano derviche, muy versado en las tradiciones y secretos de aquel país, y le conté extensamente cuanto me había sucedido. “Ese es –me dijo– el famoso jardín del Irán, una de las portentosas maravillas del desierto. Solo aparece raras veces a algún que otro viajero como tú, fascinándole con el panorama de sus torres, palacios y cercas de jardines poblados de árboles cargados de exquisitas frutas que se desvanecen después, no quedando otra cosa que el solitario desierto. El origen de este jardín fue que en tiempos pasados, cuando este país estuvo habitado por los Additas, el rey Sheddad, hijo de Ad y bisnieto de Noé, fundó aquí una rica ciudad. Cuando estuvo concluida y vio su magnificencia, se enorgulleció su corazón, y determinó edificar un palacio con jardines que rivalizasen con los del paraíso celestial que describe el Corán; pero la maldición de Allah cayó sobre él por su presunción. Él y sus vasallos fueron aniquilados, y su espléndida ciudad con el palacio y los jardines quedaron encantados para siempre y ocultos a la vista de los humanos, excepción hecha de alguna que otra vez en que suelen verse, para que quede perpetuo recuerdo a los hombres de su pecado.”

Esta historia, ioh rey!, y las maravillas que vi, quedaron tan impresas en mi imaginación, que, cuando estuve en Egipto algunos años después y poseía el libro del sabio Salomón, determiné volver a visitar el jardín del Irán. Lo hallé, en efecto, con ayuda de mi ciencia, y tomé posesión del palacio de Sheddad, permaneciendo algunos días en aquella especie de paraíso. El genio que guardaba aquellos sitios, obediente a mi mágico poder, me reveló el encantamiento con cuya ayuda se construyó aquel jardín, qué poder se había conjurado contra su existencia y por qué había quedado invisible. Un palacio y un jardín como este, ioh rey!, puedo construirte aquí mismo, en la montaña que domi-

na la ciudad. ¿No conozco todos los secretos de la magia? ¿No poseo el *Libro de la Sabiduría* del sabio Salomón?

–¡Oh sabio hijo de Abu Ajib! –exclamó Aben-Habuz, frenético de ansiedad–. ¡Tú eres un gran viajero que ha visto y estudiado cosas maravillosas! Hazme un palacio como ese y pídemelo lo que quieras, aunque sea la mitad de mi reino.

–¡Bah!... –replicó el astrólogo–; ya sabes que soy un viejo filósofo que me contento con poca cosa. La única recompensa que te pido es: que me regales la primera bestia, con su correspondiente carga, que entre por el mágico pórtico del palacio.

El monarca aceptó con júbilo tan modesta condición, y el astrólogo comenzó su obra. En la cumbre de la colina, y por encima precisamente de su cueva subterránea, hizo construir un gran atrio o barbacana, en el centro de una inexpugnable torre.

Había primero un vestíbulo o porche exterior, y dentro el atrio, guardado con macizas puertas. Sobre la clave del portal esculpió el astrólogo con su propia mano una gran llave; y en la otra clave del arco exterior del vestíbulo, que es más alto que el del portal, grabó una gigantesca mano. Estos signos eran poderosos talismanes, ante los cuales pronunció ciertas palabras en una lengua desconocida.

Cuando esta obra estuvo concluida del todo se encerró por dos días en su salón astrológico, ocupándose en secretos encantamientos, y al tercero subió a la colina, pasando el día en ella. A horas bastante avanzadas de la noche se retiró de allí y se presentó a Aben-Habuz, diciéndole:

–Al fin, ¡oh rey!, he llevado a cabo mi obra. En lo alto de la colina hay el palacio más delicioso que jamás pudo concebir la mente humana ni desear el corazón del hombre. Está formado de suntuosos salones y galerías, de deliciosos jardines, frescas fuentes y perfumados baños; en una palabra, toda la montaña se ha convertido en un paraíso. Está protegido, como el jardín del Irán, por poderosos encantamientos que lo ocultan a la vista y pesquisas de los mortales, excepto a la de aquellos que poseen el secreto de su talismán.

–¡Basta! –exclamó Aben-Habuz alborozado–. Mañana al amanecer subiremos a tomar posesión.

El dichoso monarca durmió muy poco aquella noche. Apenas los primeros rayos del sol empezaron a iluminar los nevados picos de Sierra Nevada cuan-

do montó a caballo, acompañado de algunos fieles servidores, y subió el estrecho y pendiente camino que conducía a lo alto de la colina. A su lado, y en un blanco palafrén, cabalgaba la princesa hispanogoda, resplandeciendo su vestido de pedrería y pendiente de su cuello la lira de plata. El astrólogo caminaba a pie al otro lado del rey, apoyándose en su báculo sembrado de jeroglíficos, pues nunca montaba ninguna cabalgadura.

Aben-Habuz quiso contemplar las torres del palacio brillando por encima del mismo, y los abovedados terrados de los jardines extendiéndose por las alturas, pero no veía nada.

–Este es el misterio y la salvaguardia del palacio –dijo el astrólogo–; nada se divisa hasta que se pasa el umbral del vestíbulo encantado y se entra dentro de él.

Cuando llegaron a la barbacana se detuvo el astrólogo y señaló al rey la mágica mano y la llave grabada sobre el portal y sobre el arco.

–Estos son –le dijo– los amuletos que guardan la entrada de este paraíso. Hasta que aquella mano se baje y coja la llave no habrá poder mortal ni mágico artificio que pueda causar daño al señor de estas montañas.

Aben-Habuz hallábase embobado y absorto de admiración ante aquellos mágicos talismanes, cuando el palafrén de la princesa avanzó algunos pasos y penetró en el vestíbulo hasta el mismo centro de la barbacana.

–He aquí –gritó el astrólogo– la recompensa que me prometiste: la primera bestia con su carga que entrase por la puerta mágica.

Aben-Habuz se sonrió, creyendo que hablaba en broma el viejo astrólogo; pero, cuando comprendió que lo decía formalmente, tembló de indignación su blanca barba.

–¡Hijo de Abu Ajib! –le replicó airado– ¿qué engaño es este? Bien sabes el significado de mi promesa: la primera bestia con su carga que entre en este portal. Toma la mula más resistente de mis caballerizas, cárgala con los objetos preciosos de mi tesoro, y es tuya; pero no intentes llevarte a esa cautiva, delicias de mi corazón.

–¿Para qué quiero las riquezas? –le contestó el astrólogo con menosprecio–; ¿no tengo el *Libro de la Sabiduría* del sabio Salomón, y por medio de él puedo disponer de los secretos tesoros de la tierra? La princesa me pertenece por derecho; la palabra real está empeñada, y yo reclamo la joven como cosa mía.

La princesa observaba desdeñosamente desde el palafrén, sonriéndose al

ver la disputa de aquellos dos vejetes sobre la posesión de su juventud y hermosura. La cólera del monarca pudo más que su discreción, y le dijo:

–¡Miserable hijo del desierto! Tú serás sabio en todas las artes, pero es menester que me reconozcas por tu señor, y no pretendas jugar con tu rey.

–¡Mi señor!... ¡Mi señor!... –añadió sarcásticamente el astrólogo–. ¡El monarca de un montecillo de tierra pretende dictar leyes al que posee los secretos de Salomón! Pásalo bien, Aben-Habuz; gobierna tus estadillos y disfruta en ese paraíso de locos, que yo, entretanto, me reiré a costa tuya en mi filosófico retiro.

Esto diciendo, cogió la brida del palafrén y, golpeando la tierra con su báculo, se hundió con la hermosa princesa en el centro de la barbacana. Cerrose enseguida la tierra, no quedando huella de la abertura por donde habían desaparecido.

Aben-Habuz quedó mudo de asombro durante un gran rato; pero, desaturdiéndose después, ordenó que cavasen mil trabajadores con picos y azadones en el sitio por donde había desaparecido el astrólogo; pero por más que pretendían cavar todo era inútil, el seno de la montaña se resistía a sus esfuerzos, y cuando profundizaban un poco, la tierra se cerraba de nuevo. En vano también buscó la entrada de la cueva que conducía al palacio subterráneo del astrólogo, al pie de la colina, pues nada se encontró. Donde antes había una caverna no se veía ya sino la sólida superficie de una dura roca; al desaparecer Ibrahim Eben Abu Ajib concluyó la virtud de su talismán: el jinete de bronce quedó fijo con la cara vuelta a la colina y señalando con su lanza el sitio por donde el astrólogo desapareció, como si se ocultase allí algún mortal enemigo de Aben-Hamuz.

De vez en cuando se oía débilmente el sonido de un instrumento y los acentos de una voz femenina en el interior de la montaña. Cierta día trajo noticia al rey un campesino de que en la noche anterior había encontrado un agujero en la roca, por el cual se metió hasta llegar a un salón subterráneo, donde vio al astrólogo recostado en un espléndido diván, dormitando a los acordes de la lira argentina de la princesa, que parecía ejercer mágico influjo sobre sus sentidos.

Aben-Habuz buscó el agujero de la roca, pero ya se había cerrado. Intentó por segunda vez desenterrar a su rival, pero todo fue inútil, pues el encantamiento de la mano y la llave era poderosísimo para que los hombres pudie-

sen contrarrestarlo. En cuanto a la cumbre de la montaña, permaneció en adelante yermo y escabroso el sitio que debió ocupar el palacio y el jardín, y el prometido paraíso quedó oculto a la mirada de los mortales por arte mágica, o fue una fábula del astrólogo. La gente opta crédulamente por esto último, y unos lo llaman “La locura del rey”, y otros “El paraíso de los locos”.

Para colmo de las desdichas de Aben-Habuz, los enemigos circunvecinos a quienes había provocado y escarnecido a su gusto mientras poseyó el secreto del mágico talismán, al saber que ya no estaba protegido por ninguna influencia mágica, invadieron su territorio por todas partes, y el resto de su vida lo pasó el malaventurado monarca atormentado por alborotos y disturbios.

En fin: Aben-Habuz murió, y lo enterraron ha ya luengos siglos. La Alhambra se construyó después sobre esta célebre colina, realizándose en gran parte los portentos fabulosos del jardín del Irán. La encantada barbacana existe todavía, protegida, sin duda, por la mágica mano y por la llave, formando actualmente la *Puerta de la Justicia*, que constituye la entrada principal de la fortaleza. Bajo esta puerta –según se dice– permanece todavía el viejo astrólogo en su salón subterráneo, dormitando en su diván, arrullado por los acordes de la lira de plata de la encantadora princesa.

Los centinelas inválidos que hacen la guardia en la puerta suelen oír en las noches de verano el eco de una música, e, influidos por su soporífico poder, se quedan dormidos tranquilamente en sus puestos; y es más: se hace en aquel sitio tan fuertemente irresistible el sueño, que aun aquellos que vigilan de día se quedan dulcemente dormidos en los bancos, siendo, en suma, aquel sitio la fortaleza militar de toda la cristiandad en que más se duerme. Todo lo cual –según cuentan las antiguas leyendas– seguirá ocurriendo de siglo en siglo, y la princesa continuará cautiva en poder del astrólogo, y este, asimismo, permanecerá en su sueño mágico hasta el día del juicio final, a menos que la histórica mano empuñe la llave y deshaga el encantamiento de esta colina.

Inventó el teléfono

Edgardo Pígoli

inventó el teléfono
seguro de que esa mujer lo llamaría.
no llamó. nada que hacer.
borró la línea
y se puso a bailar.

Edgardo Pígoli, *La Chinezca*, Buenos Aires, Ediciones del Dock, 1998.

Guía del matrimonio

Oscar Wilde

A pesar del título, un tanto alarmante (*Cómo ser feliz aun estando casado o Guía del matrimonio, por un licenciado de la universidad matrimonial*), este libro merece ser recomendado con vivo interés a todo el mundo.

En cuanto a las autoridades citadas por el autor, son casi infinitas y van desde Sócrates hasta el director de Scotland Yard.

Aparece el clásico pillo solterón que hablaba del matrimonio como de un “entretenimiento inofensivo” y aconsejaba a uno de sus jóvenes amigos que se “casase pronto y con frecuencia”; al doctor Johnson, que proponía que el matrimonio fuese concertado por el *lord* canciller, sin que las partes interesadas tuvieran voz ni voto en el asunto; al labrador del condado de Sussex que preguntaba: “¿Por qué tengo que dar la mitad de mis víveres a una mujer para que ponga a cocer la otra mitad?”; y a *lord* Verulam, que opinaba que los solteros desempeñaban mejor las funciones públicas.

Y, en realidad, el matrimonio es el único tema sobre el cual todas las mujeres están de acuerdo y todos los hombres en desacuerdo. Sin embargo, nuestro autor es, evidentemente, de la misma opinión que aquella damisela escocesa que, advertida por su padre de que el matrimonio era cosa muy solemne,

respondió: “Ya lo sé, padre mío; pero es más solemne aún quedarse solterona”.

Se lo puede considerar como al campeón de la vida conyugal. En realidad hay un buen capítulo sobre los hombres predestinados al matrimonio y aunque se aparte, y con razón a nuestro juicio, de la opinión expuesta hace poco tiempo por una o dos señoras en la tribuna de los Derechos de la Mujer, según las cuales Salomón debía su sabiduría a la enorme cantidad de mujeres que tenía; destaca a John Stuart Mill, a Bismarck y a *lord* Beaconsfield como ejemplos de hombres cuyo éxito puede explicarse por la influencia de sus respectivas esposas. Una vez el arzobispo Whately definió a la mujer como “un ser que no reflexiona y que atiza el fuego empezando por arriba”. Pero desde su tiempo la educación superior de las mujeres ha cambiado considerablemente su situación. Las mujeres han sentido siempre una emotiva simpatía por aquellos a quienes aman. Girton y Newman han hecho que esa simpatía pueda ser intelectual. En nuestros días es preferible para un hombre estar casado, y los hombres deben renunciar a ejercer en la vida conyugal esa tiranía a la cual tanto se aferraban antes y que nos tememos que persiste aún, aquí y allá.

—¿Te gustaría ser mi mujer, Mabel? —decía un niño.

—Sí —contestó Mabel irreflexivamente.

—Pues haz el favor de quitarme las botas.

Nuestro autor presenta también, a propósito de los votos conyugales, observaciones muy sensatas y anécdotas divertidísimas. Nos cuenta cómo un nervioso prematuro, confundiendo las ceremonias del bautismo con las del matrimonio, contestó a la pregunta de si consentía en tomar por esposa a su futura: “Renuncio a todas ellas”. Y cómo un aldeano de Hampshire, al entregar el anillo, dijo a su novia: “Con mi cuerpo te lavo y con mis rebaños en su redil, te concedo el tuteo”. Y cómo otro a quien preguntaban si tomaba a su futura por legítima esposa, respondió con tímida indecisión: “Sí, quiero; pero de todos modos preferiría a su hermana”. Y cómo una vieja señora escocesa a quien, con motivo de la boda de su hija, preguntaba una antigua amiga si debía felicitarla por el acontecimiento, respondió: “Sí, después de todo, es muy satisfactorio. La verdad es que Jeanette odia a ese buenazo, pero ya sabe usted que siempre hay algo que decir en este mundo”.

Lo cierto es que hay infinitas historias muy donosas en este libro, que hacen su lectura agradableísima, y contiene, además, buenos consejos, admirables por todos conceptos.

Actualmente, muchos recién casados se estrenan en la vida con una terrible colección de tinteros *doublé*, cubiertos de falsos ónices, o con un verdadero museo de saleros.

Creo muy recomendable este libro para los recién casados. Es una guía completa de un paraíso terrenal, y su autor puede ser considerado como el Murray de la pareja o el Baedeker de la dicha.

Oscar Wilde, *Ensayos y artículos*, Barcelona, Edicomunicación, 1999.

Huevos

Verónica Viola Fisher

Las cigüeñas jóvenes que llegan
no ocupan nidos vacíos
Van al ataque de otros
hogares ocupados por familias,
los arrebatan o mueren. Hijas perdidas
tal vez, que vuelven a vengarse
inadaptadas pajaritas de papel
la mayoría, débiles.

Después de muertas, renacen buenas
y se ocupan de viajar cargando niños
rosados, normales, niñas también.
Si el llanto cesa y los bebés ríen
son abandonados
o el destino coloca cables
de alta tensión donde queda la cigüeña
como un avión de guerra o bien
como una equilibrista
dormida sobre la cuerda. Entonces,

la bebé moquea en su última respuesta.
A mí me trajo un cuervo,
hembra y yo en venganza
le comí los ovarios.
Ahora pone huevos.

Poema cedido por la autora.

Notas para un agitador

Verónica Viola Fischer

cuando era pequeño se le cayó un piano
en la nuca, desde ese día sus vértebras
suenan cada vez que baila
sobre la silla eléctrica: no muestra arrepentimiento
con palabras, no entona
baladas de protesta

Se dedicó a grabar sonatas
de guerra, percusión ósea contra
tiritar de dientes. La electricidad es buena
compañera dice ahora
encerrado a perpetua,
que enciende la tele
de la paz rosada o la casa
de un moderno enjambre de patrañas, enfermo
el penado yace quieto, en silencio.

De la música del cuerpo proviene
una verdad indisoluble pero si hubiera
caído una hoja

filosa sobre su nuca, ¿qué palabras
escribiría nunca?

Un niño pregunta a otro
cuando el mar se agita, habla?
Shh... le contesta su amiguito
al igual que las olas
y callan

Poema cedido por la autora.

Cenizas

Alejandra Pizarnik

Hemos dicho palabras,
palabras para despertar muertos,
palabras para hacer un fuego,
palabras donde poder sentarnos
y sonreír.

Hemos creado el sermón
del pájaro y del mar,
el sermón del agua,
el sermón del amor.

Nos hemos arrodillado
y adorado frases extensas
como el suspiro de la estrella,
frases como olas,
frases con alas.

Hemos inventado nuevos nombres
para el vino y para la risa,
para las miradas y sus terribles
caminos.

Alejandra Pizarnik, *Las aventuras perdidas*, Buenos Aires, Sur, 1958.

Ficción pampa (selección) Gabriel Yeannoteguy

hay un mundo que habla de sí sin parar, sin oír
hay un mundo que habla de sí sin parar
hay un mundo que habla de sí sin parar, sin oír
hay un mundo que habla de sí sin parar

hay un mundo

un mundo sordo que habla de sí sin parar
sí, sin parar

hay un mundo que habla de sí sin parar, sin oír que hay un mundo que
habla de sí sin parar

el cadete se posa y el mundo le habla
mi madre pernocta y el mundo susurra*
la monja declina y el mundo le chista
el europeo pasea y el mundo suspira
mi abuela se muere y el mundo le grita:

hay un mundo!

un mundo sordo que habla de sí sin parar
sí, sin parar

* "siempre al que duerme, susurrarle", dice el manual de este mundo que habla.

hay un mundo que habla de sí sin parar, sin oír que hay un mundo que habla de sí sin parar

Bien,
en este mundo sordo y gritón
mi madre es un cadete europeo
mi abuela una monja
ambas por el mundo
se hablan de distintas cosas, en alemán del volga u otras lenguas
ellas tienen dos: una para el hijo, otra para el padre

mi tío no las entiende, mi abuelo murió antes de poder siquiera

y yo acá, tratando de traducir del alemán, que no entiendo,
un hablar pausado, rítmico
en medio de la hecatombe, el tedio –huracán disecándose–,
tratando de traducir, acá,
despliego, para deshablar la sordera, mi sordera sorda
y espero
espero que en europa se mueran por fin todas las monjas
y que en este mundo nadie más grite a los muertos: “¡que se mueran!”
y mucho menos: “¡que vivan!”

hay un mundo que habla de sí sin parar, sin oír que hay un mundo que habla de sí sin parar

Poemas inéditos cedidos por el autor.

Guerra

Martín Rodríguez

Todo era huir de la madre.
De la muerte de la madre,
la madre muerta,
morir con la madre,
resucitar entre sus piernas
crucificado, deseoso el que huye de la muerte de la madre
porque es su propia muerte en sustancia, el que
huye de la locura de la madre,
de sus voces en el sueño,
de sus pasos en el corral.

Todo era huir.
Todo era resucitar.
Todo era calcinarse al sol, junto a un palo.

Poema inédito cedido por el autor.

N.N. tuvo a n.n., soltó

Martín Rodríguez

N.N. tuvo a n.n., soltó
al cuerpo de n.n., lo se
paró. la repetición doble
de una letra perdida.
N.N. en las peores condiciones
n.n. minúscula cerrada
en la pronunciación hermética, cerrado
el lenguaje hermético al sistema
de circulación de una idea. N.N.

encerrado por puntos, un cuerpo encerrado,
una forma mayúscula de encierro
que propone el sistema de lenguaje, 'n' de nada
uniéndose por puntos.

VOX, Bahía Blanca, N° 8, 1999.

No hay señal, corte

Martín Rodríguez

no hay señal, corte
de luz en casa, en todo el
barrio, cinco o seis segundos
de silencio hasta que alguien
dice: prendan las velas que hay
en la cómoda. yo veía la tele
y se apagó todo de golpe, la licuadora
frenó sus hélices sobre la fruta
carnosa, el ruido animal
de mi perro respirando
me miraba
con los ojos rojos en la oscuridad
pasos y detenimiento, cinco o
seis segundos hasta que alguien, una
voz reestableció el orden
de seguir, hubo una orden de seguir, siempre
hay, pero los movimientos ahora eran trabados,
torpes, como si ese silencio, no sé, digo:
¿quiénes éramos en la oscuridad
respondiendo a una orden?

VOX, Bahía Blanca, N° 8, 1999.

Peatones

Franz Kafka

Cuando uno sale de noche a caminar por una calle, y un hombre, que vemos desde muy lejos -porque la calle es empinada y hay luna llena-, corre hacia nosotros, no lo detenemos, ni siquiera si es débil y andrajoso, ni siquiera si alguien corre detrás de él gritando; lo dejamos pasar.

Porque es de noche, y no tenemos la culpa de que la calle sea empinada y la luna llena; además, tal vez esos dos organizaron una cacería para entretenerse, tal vez huyen de un tercero, tal vez el primero es perseguido a pesar de su inocencia, tal vez el segundo quiere matarlo y no queremos ser cómplices del asesinato, tal vez ninguno de los dos sabe nada del otro, y van corriendo cada uno por su cuenta hacia la cama, tal vez son noctámbulos, tal vez el primero esté armado.

Y finalmente, de todos modos, ¿no podemos acaso estar cansados, no hemos bebido tanto vino? Nos alegramos de haber perdido de vista también al segundo.

Franz Kafka, *Erzählungen*, Leipzig, Reclam, 1996 (traducción especial para esta edición).

Un mensaje imperial

Franz Kafka

El Emperador –así dicen– te ha enviado un mensaje. A ti, el solitario, el más mísero de sus súbditos, la sombra que ha huido a la más lejana lejanía, microscópica ante el sol imperial, justamente a ti, te ha enviado un mensaje desde su lecho de muerte. Hizo arrodillar al mensajero junto a su lecho y le susurró el mensaje al oído; tan importante le parecía, que se lo hizo repetir en su propio oído. Confirmó la exactitud de lo repetido asintiendo con la cabeza. Y ante la muchedumbre reunida para contemplar su muerte –todas las paredes que interceptaban la vista habían sido derribadas, y sobre la amplia y elevada curva de la gran escalinata formaban un círculo los grandes del Imperio–, ante todos, ordenó al mensajero que partiera. El mensajero partió al instante; un hombre robusto e incansable; extendiendo uno y otro brazo, se abre paso a través de la multitud; cuando encuentra un obstáculo, señala el signo del sol sobre su pecho; avanza mucho más fácilmente que nadie, pero la multitud es vasta; sus alojamientos son infinitos. Si ante él se abriera el campo libre, cómo volaría, qué pronto oirías el glorioso sonido de sus puños contra tu puerta. Pero, en cambio, cuán inútiles son sus esfuerzos; todavía sigue abriéndose paso a través de las cámaras del palacio central; no terminará de atravesarlas nunca; y si terminara, no habría avanzado mucho; todavía tendría que esforzarse para descender las escaleras; y si lo consiguiera, no habría avanzado mucho; tendría que cruzar los patios; y después de los patios el segundo palacio circundante; y nuevamente las escaleras y los patios; y nuevamente un palacio; y así durante miles de años; y cuando finalmente atravesara la última puerta –pero esto nunca, nunca puede suceder–, todavía le faltaría cruzar la capital, el centro del mundo, donde su escoria se amontona prodigiosamente. Nadie podría abrirse paso a través de ella, y menos todavía con el mensaje de un muerto. Pero tú te sientas junto a tu ventana, y te lo imaginas, cuando cae la noche.

Franz Kafka, *Erzählungen*, Leipzig, Reclam, 1996 (traducción especial para esta edición).

Vestidos

Franz Kafka

Muchas veces, cuando veo vestidos que con sus múltiples pliegues, vuelos y adornos oprimen bellamente hermosos cuerpos, pienso que no conservarán mucho tiempo esa tersura, que pronto exhibirán arrugas imposibles de planchar, polvos tan profundamente confundidos con el encaje, que ya no se los podrá sacudir, y que nadie querrá ser tan ridículo y tan desdichado que use el mismo costoso vestido de la mañana a la noche.

Pero encuentro jóvenes bastante hermosas que dejan ver variados y atractivos músculos y delicados huesos y tersa piel y sutiles masas de cabello, y que, sin embargo, día tras día aparecen con esa especie de disfraz natural, y se apoyan siempre en la misma mano y reflejan en su espejo el mismo rostro.

Solo a veces, de noche, cuando vuelven tarde de alguna fiesta, sus vestidos parecen en el espejo raídos, deformados, sucios, ya vistos por demasiada gente y casi impresentables.

Franz Kafka, *Erzählungen*, Leipzig, Reclam, 1996 (traducción especial para esta edición).

Un hemisferio en una cabellera

Charles Baudelaire

Déjame respirar largo tiempo, largo tiempo, el perfume de tus cabellos; hundir mi rostro en ellos como lo hunde el sediento en el agua de una fuente, y agitarlos con mi mano, como un pañuelo oloroso, para sacudir recuerdos en el aire otoñal.

¡Si supieras todo lo que yo veo, todo lo que yo siento, todo lo que yo oigo en esa tu cabellera! Mi alma viaja por el perfume como la de los otros hombres por la música.

Tus cabellos contienen todo un sueño, lleno de arboladuras y velámenes; contienen grandes mares en los que los monzones me llevan hacia climas encantadores, donde el espacio es más azul y más profundo, donde la atmósfera es perfumada por los frutos, por el follaje y por la piel humana.

En el mar de tu cabellera entreveo un puerto hormigueante de cantos melancólicos, de hombres fuertes de todas las naciones y de naves de todas formas, que recortan sus finas arquitecturas complicadas en un firmamento inmenso donde el eterno calor se pavonea.

En las caricias de tu cabellera vuelvo a encontrar las languideces de las largas horas pasadas en un diván del camarote de un hermoso navío, medidas por el balanceo imperceptible del puerto, entre las macetas de flores y las alcarrazas refrescantes.

En el ardiente hogar de tu cabellera respiro el olor de tabaco mezclado con el opio y el azúcar; en la noche de tu cabellera veo resplandecer el infinito del sereno cielo de los trópicos; en las playas aterciopeladas de tu cabellera me embriago con los olores combinados de la brea, el almizcle y el aceite de coco.

Déjame morder durante largo tiempo tus guedejas espesas y morenas. Cuando mordisqueo tus cabellos elásticos y rebeldes me parece que devoro recuerdos.

Charles Baudelaire, *El Spleen de París*, en *Paraísos artificiales*, Buenos Aires, Losada, 1992.

Los autores

Akutagawa, Ryunosuke. Nació en Tokio en 1892 y se suicidó en 1927. Perteneciente a la generación japonesa denominada "neo-realista", que surgió a fines de la Primera Guerra Mundial, escribió mayormente cuentos, entre los que se destaca "Rashōmon" (1915), llevado al cine por Akira Kurosawa.

Almafuerte. Seudónimo del poeta argentino Pedro Bonifacio Palacios, nacido en San Justo (provincia de Buenos Aires) en 1854 y fallecido en La Plata en 1917. Fue maestro y director de escuelas durante la presidencia de Domingo Faustino Sarmiento. Lo dominante en su producción es la exaltación de las clases desposeídas, que él llamaba "la chusma de mis amores". Algunas de sus obra son: *Lamentaciones* (1906), *Evangélicas* (1915), *Poesías* (1918) y *Discursos* (1919).

Ambrosetti, Juan B. Nació en Gualeguay, provincia de Entre Ríos, el 22 de agosto de 1865 y falleció en Buenos Aires en 1917. Discípulo del naturalista Eduardo Holmberg, quien lo impulsó al estudio de las ciencias naturales, se interesó por la historia, la paleontología y por el folclore nacional. Además, fue el hombre que inició los estudios arqueológicos con carácter científico en nuestro país. Siendo una de las figuras de la ciencia más importantes del país, fue designado Doctor *honoris causa* por la Universidad de Buenos Aires, en 1910. Su obra escrita incluye desde la recopilación de leyendas hasta el estudio lingüístico, pasando por trabajos sobre la utilización de metales en la zona de los valles calchaquies.

Apollinaire, Guillaume. A pesar de ser considerado uno de los grandes vanguardistas franceses por haberse nacionalizado en 1916, Apollinaire nació en Roma el 26 de agosto de 1880 bajo el nombre de Wilhelm Apollinaris de Kostrowitzky. Escribió prosa y poesía, entre la que se destacan sus famosos caligramas. Fue el primero en utilizar el término *surrealismo* (1917) que daría nombre a la escuela de arte dirigida por André Bretón. En 1914 fue a la guerra como voluntario y recibió un tiro en la cabeza, del que se estaba recuperando cuando en 1918 murió víctima de una pandemia conocida como la "gripe española".

Baudelaire, Charles Pierre. Poeta, crítico y traductor francés nacido en 1821, fue uno de los poetas más influyentes del siglo XIX. Para algunos, padre del movimiento simbolista; para otros, síntesis del romanticismo. Retrató como ningún otro la ciudad moderna. Entre sus obras se destacan: *Paraísos artificiales* (1860), *Las flores del mal* (1857), obra por la que fue procesado, y el póstumo *Pequeños poemas en prosa o Spleen de París* (1868). Enfermo, después de una larga agonía de más de un año, murió en 1867.

Bermani, Ariel. Es narrador y poeta. Nació en Lomas de Zamora, provincia de Buenos Aires, en 1967. Algunos de sus cuentos, artículos y poemas fueron publicados en revistas y en diversas antologías. Su novela *Leer y escribir* recibió la Segunda Mención en el Premio Clarín de Novela 2003. Obtuvo, por su *nouvelle* inédita *Mercado*, la Segunda Mención Honorífica en el Concurso de Novela Corta "Julio Cortázar", organizado por el Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires en noviembre de 2004. Por *Veneno* recibió el Premio Emecé 2006. Publicó las novelas *Leer y escribir* (Interzona, 2006) y *Veneno* (Emecé, 2006).

Bierce, Ambrose. Nacido en Estados Unidos en 1842, es considerado el sucesor natural de los grandes cuentistas fundadores de la literatura norteamericana: Edgar Allan Poe, Nathaniel Hawthorne, Herman Melville. Fue un maestro en la creación de tensas atmósferas que desembocan en un repentino horror físico.

Participó de la Guerra de Secesión norteamericana, en donde se ambientan muchos de sus relatos. Sin embargo, quizá su obra más famosa es *Diccionario del diablo* (1906). En 1913 viajó a México, país que se encontraba convulsionado por las revoluciones, y desapareció.

Buarque, Chico. (Río de Janeiro, 1944) Conocido como uno de los grandes músicos brasileños —junto con Caetano Veloso, Gilberto Gil, Vinicius de Moraes y Tom Jobim, entre otros— es también escritor y poeta, dramaturgo y novelista. Su oposición a la dictadura de su país le valió el arresto y posterior exilio en 1969. Al ser muy fuerte la censura, en sus canciones debía encriptar lo que quería decir o escribir metafóricamente para engañar a los censores. Tal es el caso de canciones como "Cálize" o "A pesar de você", que se convirtió en un himno antidictatorial. Cuenta con más de cuarenta discos y siete novelas, seis obras de teatro, seis participaciones en películas y todavía sigue produciendo. Su último disco, *Carioca*, fue lanzado al mercado en 2006.

Caeiro, Alberto. Heterónimo del poeta portugués Fernando Pessoa.

Chéjov, Antón. Escritor, dramaturgo y médico ruso nacido en 1860, considerado uno de los grandes maestros del relato breve (acerca del que dijo: "Es extraño: ahora tengo la manía de la brevedad: nada de lo que leo, mío o ajeno, me parece lo bastante breve"). Mientras estudiaba medicina, empezó a escribir relatos humorísticos y caricaturas de la vida rusa para sostener a su familia. Logró en su obra una de las más acertadas descripciones de la Rusia zarista previa a la revolución de 1905. En 1880, atendiendo a sus pacientes, contrajo tuberculosis y convivió con ella varios años, hasta que murió en 1904 en Alemania. Es autor, entre otros títulos, de *La gaviota* (1887) y *La dama del perrito* (1899).

Conrad, Joseph. Nació, con el nombre de Józef Teodor Konrad Korzeniowski de Nalecz, en Polonia el 3 de diciembre de 1857 y tiempo después se nacionalizó inglés. Tuvo una infancia traumática, ya que su padre, un aristócrata empobrecido, fue arrestado en la ocupación rusa y enviado a Siberia, mientras que su madre murió poco después de tuberculosis en el exilio. Conrad vivió una peligrosa vida aventurera entre el tráfico de armas y las conspiraciones políticas. Algunas de estas experiencias (como los crímenes del colonialismo) fueron temas para novelas como *El corazón de las tinieblas* (1899) o *Nostromo* (1904). Murió en agosto de 1924. En su lápida se encuentran inscritos unos versos de Edmund Spenser: "El sueño tras el esfuerzo, / tras la tempestad el puerto, / el reposo tras la guerra, / la muerte tras la vida harto complacen".

Contursi, Pascual. Poeta, autor teatral y cantor de tango, nació en 1888 en Chivilcoy (provincia de Buenos Aires) y murió, enfermo de demencia, en 1932. Algunas de sus composiciones fueron "De vuelta al bulín", "La han visto con otro", "Flor de fango", "Ventanita de arrabal" y "El motivo".

Cortázar, Julio. Nació en Bruselas, en 1914. Fue uno de los escritores argentinos más reconocidos. *Rayuela* (1963), *Las armas secretas* (1959) o *Bestiario* (1951) son libros clave en la literatura nacional. Cuestionado por la izquierda (por su partida a Francia un importante crítico argentino llegó a decirle: "señorita en París") y por la derecha (por su adhesión incondicional a la Revolución cubana), Cortázar mostró un compromiso político que se reflejó en algunas de sus obras como *Último round* (1960), *Fantomas contra los vampiros multinacionales* (1977), *Libro de Manuel* (1973) o *La raíz del ombú* (1980). También fue un excelente traductor (de la obra de Poe, entre otras). Murió en París en 1984.

Del Campo, Estanislao. Nació en Buenos Aires en 1834. Trabajó como empleado en comercios, fue secretario de la Cámara de Diputados y más tarde comenzó a incursionar en política, en el Partido Mitrista. Fue diputado y, al término de su mandato, ejerció el cargo de oficial mayor en el Ministerio de Gobierno de la Provincia de Buenos Aires. Sin embargo, se lo recuerda por ser un exponente de la literatura gauchesca, más concretamente por el *Fausto* (1866). Murió joven, en 1880.

De L'Isle Adam, Villiers. Nació en Francia en 1838 y murió en 1889. Su obra abarca la poesía, el teatro y la narrativa, y se orienta en gran parte hacia lo fantástico. Dotado de un vigoroso poder expresivo, es capaz de conferir a sus obras un estilo torturado, a la vez violento y profundamente lírico. Entre su producción, cabe destacar: *Isis* (1862), *Cuentos crueles* (1883), *La Eva futura* (1886), *Historias insólitas* (1888) y *Nuevos cuentos crueles* (1888).

Dickens, Charles. (1812-1870) Narrador inglés. En su extensa obra se combinan el humor, la ironía, la crítica social y una aguda descripción de gentes y lugares, tanto reales como imaginarios. Algunas de sus mejores y más conocidas obras son: *Oliver Twist* (1837-1839), *La tienda de antigüedades* (1840-1841), *Barnaby Rudge* (1841), *Martin Chuzzlewit* (1843-1844), *Dombey e hijo* (1846-1848), *Tiempos difíciles* (1854) e *Historia de dos ciudades* (1859).

Dickinson, Emily. (1830-1886) Poeta estadounidense, cuya obra la ha colocado junto a grandes de las letras norteamericanas, como Edgar Allan Poe, Ralph Waldo Emerson y Walt Whitman. Emily Dickinson pasó la mayor parte de su vida recluida en una habitación en la casa de su padre en Amherst y, excepto algunos poemas ("A Valentine", "The Snake" y "Success"), su obra permaneció inédita y oculta hasta después de su muerte.

Fischer, Verónica Viola. Esta poeta nació en Buenos Aires en 1974. Escribió y publicó varios libros de poesía: *Hacer sapito* (Nusud, 1995 y 2005), *A boca de jarro* (2003) y *Arveja negra* (Vox, 2005).

Goethe, Johann Wolfgang von. (Francfort am Main, 1749; Weimar, 1832.) Fue increíblemente prolífico en sus oficios. Además de novelista, dramaturgo y poeta, fue funcionario del Estado en la ciudad de Weimar, científico, geólogo, anatomista, físico, historiador de ciencias, pintor, director de teatro, arquitecto, economista, botánico, diseñador, minero y filósofo. Entre su también prolífica obra, figuran: *Werther* (1774), *Aportes a la óptica* (1792), *Los años de aprendizaje de Wilhelm Meister* (1795), *Fausto* (1807), *Las afinidades electivas* (1809), *Viajes italianos* (1816), y *Poesía y verdad* (1811-1831).

Güiraldes, Ricardo. Poeta, cuentista y novelista argentino, nacido en el seno de una familia patricia en Buenos Aires en 1886. En 1926 da a conocer su obra más conocida, *Don Segundo Sombra*, que significó una renovación de la novela regionalista. Entre sus otras obras se encuentran: *El cencerro de cristal* (1915), *Cuentos de muerte y de sangre* (1915), *Raucha* (1917), *Rosaura* (1922), *Xamaica* (1923), *Poemas solitarios* (1928), *Poemas místicos* (1928) y *El sendero* (1932).

Hawthorne, Nathaniel. (1804-1864). Es considerado uno de los escritores claves en el nacimiento de la literatura norteamericana. Es conocido por sus cuentos cortos y siniestros (*Historias dos veces contadas*, 1837) y sus novelas, entre las que se destaca *La letra escarlata* (1850).

Irving, Washington. (1783-1859). En 1809 publica *Historia de Nueva York*, considerada la primera contribución importante a la literatura cómica estadounidense. Sus

historias más conocidas son "Rip Van Winkle" y *La leyenda del jinete sin cabeza*, que en 2000 fue llevada al cine por Tim Burton. Algunas de sus obras son: *Cuentos de la Alhambra* (1832), *El libro de apuntes de Geoffrey Crayon* (1820), *Bracebridge Hall* (1822), *Crónica de la conquista de Granada* (1829) y *Cuentos del antiguo Nueva York* (1835).

Kafka, Franz. (1883-1924). Escritor checo, conocido por sus cuentos y novelas de climas asfixiantes, absurdos y desesperantes. Su escritura es excepcional al punto de haber suscitado la creación del adjetivo "kafkiano". Casi toda su obra se conoció póstumamente gracias a su amigo Max Brod, que desobedeció el mandato de quemar todos sus papeles. Escribió novelas como *El proceso* (1925), *El castillo* (1926), *América* (1927) o *La metamorfosis* (1915); relatos como "En la colonia penitenciaria" (1914) o "La condena" (1912) y la serie de textos recogidos en *Contemplaciones* (1913), pero también sus diarios y su correspondencia fueron publicados (*Cartas a Felice*, *Cartas a Milena*, etcétera) y merecieron atentos lectores.

Mansfield, Katherine. Nació en Nueva Zelanda en 1888 y murió en Francia en 1923. Fue una de las más originales cuentistas del siglo XX. Entre sus títulos más difundidos se encuentran: *La fiesta en el jardín* (1922), *En la bahía* (1921) y *Felicidad* (1920).

Masliah, Leo. Montevideo, 1954. Es compositor, cantautor y escritor. Editó más de 20 discos y, como escritor, lleva la misma cantidad de libros editados, entre novelas, cuentos y obras de teatro. Algunos de ellos son: *La tortuga* (1990), *La décima pista* (1995), *No juegues con fuego porque lo podés apagar* (1998), *Líneas* (1999) y *Carta a un escritor latinoamericano y otros insultos* (2000).

Maupassant, Guy de. Nació en Fécamp, Francia, en 1850 y murió en Passy en 1893. Es un prolífico autor de cuentos y relatos (escribió más de 300). Aunque su primer cuento publicado, "Bola de cebo" (1880), es de corte realista, sus cuentos fantásticos con toques terroríficos fueron más conocidos y admirados, al punto de ser comparados con los del maestro norteamericano Edgar Allan Poe.

Medrano, María. (Buenos Aires, 1971.) Publicó *Despeinada* (Libros de Tierra firme, 1997) y *U.3* (Ediciones Del Diego, 1998 y 2001), y compiló la antología de poesía escrita por mujeres presas en la Unidad Penitenciaria N° 31 de Ezeiza: *Yo no fui* (Voy a salir y si me hiere un rayo, 2005 y 2006) con subsidio del Instituto Goethe. Es directora editorial del sello Voy a salir y si me hiere un rayo (www.simehiereunrayo.com.ar). Desde 2002 coordina talleres de poesía en la Casa de la Poesía de Buenos Aires y en las cárceles de mujeres de Ezeiza.

Muñoz, Alberto. (Buenos Aires, 1951.) Poeta, músico, dramaturgo y guionista. Su obra es vasta. Entre sus libros figuran: *Acordeón a piano* (1984), *Terra balestra* (1985), *Tratado de verdugos* (1989), *Misa negra* (1992), *También los jabalíes enloquecen* (1998), y *Camiones* (2001). Integró el grupo poético La Epopeya, junto a Eduardo Mileo y Javier Cófreces. Participó en innumerables discos y trabajos de teatro musical, como *La compañía mágica del circo* (1980), *Abel cazador de Caín* (1998), *Academia de baile Orestes* (1998), *Ten, los diez mandamientos* (2000). Como guionista de TV escribió para "Magazine For Fai" y "Okupas".

Oesterheld, Héctor Germán. Nació en Buenos Aires en 1919. Comenzó a hacerse conocido con tiras de historietas como *Bull Rockett* y *Sargento Kirk*, entre otras. Trabajó con los grandes dibujantes de su época: Alberto Breccia, Hugo Pratt, Paul Campani y Francisco Solano López. Su obra más conocida, *El eternauta*, comenzó a publicarse en la revista *Hora Cero Semanal* el 3 de septiembre de 1957. Otros de sus personajes de historieta más recordados son *Mort Cinder* y *Sherlock Time*. Fue secuestrado y desaparecido por la dictadura militar en 1977, y se presume que murió en cautiverio un año después.

Pessoa, Fernando. Nació en Lisboa en 1888 y murió en el mismo lugar en 1935. Es uno de los mayores escritores de la lengua portuguesa. A Pessoa se lo recuerda especialmente por la invención de sus heterónimos. Estos, a diferencia de los seudónimos, son personalidades poéticas completas. Sus heterónimos más conocidos son Álvaro de Campos, Ricardo Reis, Alberto Caeiro y Bernardo Soares.

Pígoli, Edgardo. Nació en Buenos Aires en 1966. Es licenciado en Letras (UBA), y trabaja enseñando literatura en colegios secundarios, Historia del Cine Argentino y Latinoamericano en la Universidad del Cine (FUC), y Teoría de los Medios y la Cultura en la carrera de Técnico en Edición (UBA). Sus libros de poemas son *Último habitante* (1993), *La Chinezta* (1998) y *Branquia* (2006).

Pizarnik, Alejandra. (1936-1972.) Es reconocida como una de las más brillantes poetas del siglo XX, por la potencia y el estilo de su escritura. Sus poemas le valieron el reconocimiento internacional. Algunos de sus libros son: *La tierra más ajena* (1955), *La última inocencia* (1956), *Las aventuras perdidas* (1958), *Árbol de diana* (1962), *Los trabajos y las noches* (1965), *Extracción de la piedra de locura* (1968), *El infierno musical* (1971) y *Textos de sombra* (publicado póstumamente en 1982).

Poe, Edgar Allan. (1809-1949.) Escritor estadounidense. Fue poeta, crítico y narrador, pero se lo recuerda especialmente por su talento como cuentista y por ciertos datos oscuros en su vida personal, como su adicción al opio y el haberse casado con su prima, mucho menor que él. Sus cuentos resultan claves para considerar géneros como la

ciencia ficción ("La verdad sobre el caso del señor Valdemar", 1845), el policial ("Los crímenes de la calle Morgue", 1841; "La carta robada", 1844; y "El misterio de Marie Rogêt", 1843) y el terror ("Ligeia", 1838; "El tonel de amontillado", 1846; "El gato negro", 1843; "La caída de la casa Usher", 1839; y tantos otros). También son célebres su poema "El cuervo" (1845) y su ensayo "Filosofía de la composición" (1846).

Prévert, Jacques. Nació en 1900 en Neuilly-sur-Seine, periferia de París, y murió en abril de 1977 en Normandía. Participó de muy joven del movimiento surrealista, del que fue expulsado en 1928 por su máximo exponente, André Bretón. Es conocido sobre todo por su obra poética, entre la que se destaca el conocido libro *Pároles* (1946) –del que se vendieron más de dos millones de ejemplares–, pero también fue guionista de famosas películas de la época como *Quai des brumes* (1938), *Le jour se lève* (1939), *Remorques* (1940) y *Lumière d'été* (1942).

Quevedo, Francisco de. Nació en Madrid en 1580 y murió en 1645. Sus obras abarcan la literatura, la política, la filosofía, la crítica literaria y más. En lo literario, Quevedo se vale de la sátira y la burla para mostrar su crítica al mundo que lo rodea, atacando los defectos morales y la hipocresía social, no sin ciertas dosis de amargura y pesimismo. Su poesía amorosa es considerada entre las más importantes del siglo XVII.

Quiroga, Horacio. Cuentista, dramaturgo y poeta. Nació en 1878 en Salto, Uruguay. Su vida estuvo signada por la tragedia: accidentes fatales y suicidios de familiares y amigos lo persiguieron hasta que decidió suicidarse ingiriendo cianuro en 1937, a los 58 años de edad. Algunos de sus libros más conocidos son: *El crimen de otro* (1904), *Cuentos de amor de locura y de muerte* (1917), *Cuentos de la selva* (1918) y *Anaconda* (1921).

Raimondi, Sergio. Poeta. Nació en Bahía Blanca, en 1968. Publicó *Catulito* (Vox, 1999), con versiones del poeta latino Catulo; y *Poesía civil* (Vox, 2001). Poemas suyos aparecieron en el *Diario de Poesía* y en la antología *Poesía en la Fisura*. Es coordinador del Museo del Puerto de Ingeniero White, y profesor de Literatura Contemporánea en la Universidad Nacional del Sur.

Reis, Ricardo. Heterónimo del poeta portugués Fernando Pessoa.

Rimbaud, Arthur. (1854-1891.) Escribió entre los quince y los dieciocho años toda su obra poética, que revolucionó la literatura de su época y fundó la poesía moderna. Inexplicablemente, después de esa edad, renunció a la escritura y se hizo explorador y traficante de armas en Abisinia (la actual Etiopía). Sus libros: *El barco ebrio* (1871), *Una temporada en el infierno* (1873) e *Iluminaciones* (1874).

Rodríguez, Martín. Nació en 1978 en Buenos Aires. Escribió y publicó varios libros de poesía: *Agua Negra* (Siesta 1998), *Natatorio* (Siesta, 2001), *El conejo* (Ediciones del Diego, 2001), *Lampión* (Siesta, 2004; primer premio del Fondo Nacional de las Artes), *Maternidad Sardá* (Vox, 2005) y *Paniagua* (Gog y Magog, 2005). Se lo puede leer también en su blog: www.revolucion-tinta-limon.blogspot.com.

Saki. Seudónimo de Hector Hugh Munro, quien nació en Birmania en 1870 y fue criado en Inglaterra por su abuela y sus tías solteras con rigor y severidad. Ellas inspiraron muchos de sus personajes. Es considerado uno de los maestros del cuento corto, con una tendencia a la sátira y la crítica social como principal arma de escritura. Combatió en la Primera Guerra Mundial y murió en el campo de batalla, en Francia, en 1916. Sus hermanos se encargaron de publicar algunas de sus obras inéditas: *Los juguetes de la paz* (1919) y *El huevo cuadrado* (1924). Entre sus libros figuran *Las crónicas de Clovis* (1911) y *Animales y superanimales* (1914), que incluye los dos relatos que integran esta antología.

Schweblin, Samantha. Nació en Buenos Aires, en 1978. En 2001 obtuvo el primer premio del Fondo Nacional de las Artes y el primer premio del Concurso Nacional Haroldo Conti. *El núcleo del disturbio* (Planeta, 2002) es su primer libro. Participó en las antologías *Cuentos argentinos* (Siruela, 2004), *La joven guardia* (Norma, 2005) y *Una terraza propia* (Norma, 2006), y en otras compilaciones realizadas por centros culturales (C.C. Gral. San Martín, C.C. Ricardo Rojas, etcétera). Actualmente está terminando su segundo libro de cuentos.

Shakespeare, William. (1564-1616.) Dramaturgo, poeta y actor, es considerado el escritor más importante en lengua inglesa y uno de los más célebres de la literatura universal. Sus obras han sido traducidas a más de setenta idiomas y sus piezas dramáticas siguen representándose por el mundo entero. Varias de ellas fueron llevadas al cine, y citadas y versionadas reiteradamente desde distintas artes. Probablemente sea su tremenda potencia para seguir generando relecturas uno de los aspectos más destacados de la escritura de Shakespeare. *Romeo y Julieta* (1595), *Sueño de una noche de verano* (1595), *El mercader de Venecia* (1597), *Hamlet* (1601), *Otelo* (1602), *El rey Lear* (1605) y *Macbeth* (1606) figuran entre sus obras más conocidas.

Swift, Jonathan. Nació en Dublín en 1667 y murió declarado "loco" en 1745. Fue un escritor satírico e irónico; su obra constituye una de las críticas a la sociedad y la condición humana más contundentes e ingeniosas: "el fin que me propongo en todos mis trabajos es vejar al mundo antes que divertirlo", escribió en 1725. Algunas de sus obras más representativas son: *Una modesta proposición* (1729), *Los viajes de Gulliver* (1726) e *Historia de una bañera* (1704).

Tahan, Malba. Es el seudónimo de Julio César de Mello y Souza (1895-1974), un profesor de Matemática brasileño que escribió la famosa obra *El hombre que calculaba* (1972), donde se cuentan las aventuras de un curioso matemático persa llamado Beremiz Samir, que va viajando y resolviendo matemáticamente problemas que parecen no tener solución.

Twain, Mark. Nació en Missouri en 1835 bajo el nombre de Samuel Langhorne Clemens. Fue reportero, conferencista y novelista. Si bien su obra es realmente vasta, pasó a la posteridad por su novela *Las aventuras de Huckleberry Finn* (1884), de la cual Ernest Hemingway dijo: "es la fuente de toda la literatura norteamericana moderna". Otros escritos conocidos son: *Las aventuras de Tom Sawyer* (1876), *Diario de Adán y Eva* (1906), *Un yanqui en la corte del Rey Arturo* (1889) y *Príncipe y mendigo* (1882).

Verne, Michel. (1861-1925.) Escritor francés, hijo del célebre Jules Verne. Tras el intento de asesinato de Jules Verne por parte de su sobrino Gastón en 1886, las relaciones entre Michel y su padre empezaron a mejorar. En bancarota y desempleado, Michel vivía gracias a aportes económicos de su padre, cuando este le pidió que desarrollara una idea en una novela de estilo similar al suyo. El experimento salió bien y a partir de entonces Michel se ocupó a menudo de reescribir o modificar manuscritos de su padre rechazados por su editor. La colaboración fue tan fructífera que siguió incluso más allá de la muerte de Jules: Michel Verne se encargó de la edición póstuma de los manuscritos de su padre y, durante muchos años, obras enteramente escritas por él se atribuyeron a su padre. Es el caso del cuento incluido en esta antología. A partir de 1914, Michel Verne encaró también la adaptación cinematográfica de la obra de su padre.

Wilde, Oscar. (Dublín, 1854; París, 1900.) Fue novelista, poeta, crítico literario y dramaturgo. Exponente del esteticismo, cuya principal característica era la defensa del arte por el arte, fue un brillante crítico social. Entre sus obras más frecuentadas se cuentan: *El retrato de Dorian Gray* (1891), *El fantasma de Canterville* (1887), *La importancia de llamarse Ernesto* (1895) y *Balada de la cárcel de Reading* (1898).

Yeannoteguy, Gabriel. Buenos Aires, 1978. Actor, escritor, dramaturgo, murguero y guionista. Libros publicados: *La serie del agua* (Artefato, Montevideo, 2003) y *Apuntes definitivos sobre literatura*, en coautoría con el equipo NQSTB (Santiago Arcos, Buenos Aires, 2005). Pueden leerse más textos suyos en *CorreoExtremaFicción* (<http://extremaficcion.zoomblog.com/>) y la revista *El interpretador* (www.elinterpretador.net), entre otras publicaciones.